Col. 522
Top. 201.551

SUR

REVISTA BIMESTRAL

LITERATURA JAPONESA MODERNA

Colaboraciones de OCTAVIO PAZ ★ DONALD KEENE ★ ISHIKAWA TAKUBOKU ★ TANIZAKI JUNICHIRO ★ AGUTAGAWA RYONOSUKE ★ SHIGA NAOYA ★ YOKOMITSU RIICHI ★ KAWABATA YASUNARI ★ DAZAI OSAMU ★ HAYASHI FUMIKO ★ ANDO ICHIRO ★ HAGIWARA SAKUTARO ★ KITAGAWA FUYUHIKO ★ KITAHARA HAKUSHU ★ KUSANO SHIMPEI ★ MIYAZAMA KENJI ★ NAKAHARA CHUYA ★ NAKANO SHIGEHARU ★ TACHIHARA MICHIZO ★ TAKAMURA KOTARO ★ TAKENAKA IKU ★ TANARA KATSUMI ★ YOSANO AKIKO ★ MISHIMA YUKIO ★ JUAN PEDRO FRANZE.

249

NOVIEMBRE Y DICIEMBRE DE 1957

BUENOS AIRES

CORREO ARGENTINO SUC. 58 (B) TARIFA REDUCIDA CONCESION 3291

SUR

FUNDADA EN 1931

Y DIRIGIDA POR

VICTORIA OCAMPO

•

Redacción y Administración
SAN MARTÍN 689
BUENOS AIRES
T. E. 31 - 3220 y 32 - 2879

Jefe de Redacción
JOSE BIANCO

COMITÉ DE COLABORACIÓN

ERNEST ANSERMET
ADOLFO BIOY CASARES
ALBERTO LUIS BIXIO
JORGE LUIS BORGES
CARLOS ALBERTO ERRO
WALDO FRANK
ALBERTO GIRRI
ALFREDO GONZÁLEZ GARAÑO
EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA
RAIMUNDO LIDA
EDUARDO MALLEA
EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA
H. A. MURENA
SILVINA OCAMPO
MARÍA ROSA OLIVER
ALFONSO REYES
FRANCISCO ROMERO
ERNESTO SÁBATO
JULES SUPERVIELLE
GUILLERMO DE TORRE

CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCIÓN

Número suelto . . . . . $ 20.—

SUSCRIPCIÓN ANUAL

Argentina y países limítrofes:
Anual ..... $ 100.—
Número suelto: $ 20.—

Otros países:
Anual ..... 6 dólares
Número suelto: U$S 1.—

S1CJ.15.1.1 22
H0008048
BIBLIOTECA NACIONAL
FECHA - 7 OCT 1998
COLECC Nº 522
Top. 201.551

1932 1957

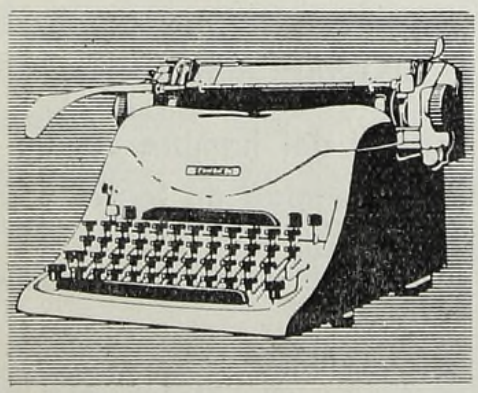
Aún cuando las máquinas OLIVETTI, se conocen en nuestro pais desde hace varias decadas se cumplen ahora

25 años

de la constitución de OLIVETTI ARGENTINA S A. que luego de una intensa labor comercial, instaló una sólida industria argentina de máquinas de escribir

olivetti

entra en una nueva etapa, poniendo los cimientos de una planta fabril que colocará a la Argentina, en la primera fila de los productores de máquinas de sumar y çalcular eléctricas y a mano

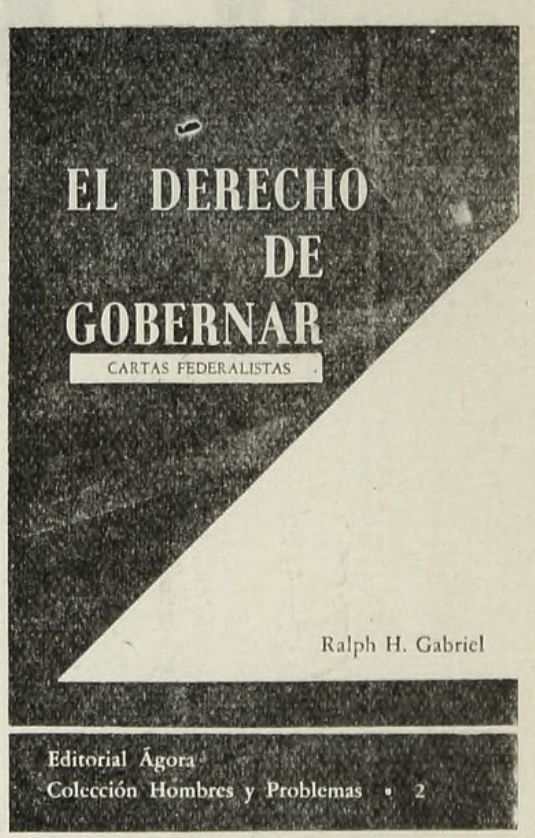


BIBLIOTECA NACIONAL
COMPRA
Proveedor Alberto Rossi
Buenos Aires Precio $ 12000
Fecha - 7 OCT 1998

Olivetti Argentina S.A.C.I.
BUENOS AIRES - San Martin 550 T E. 31 3061

El Clásico Libro Sobre Constitucionalismo

Estas páginas constituyen, a no dudarlo, un documento de extraordinaria validez y actualidad, fuente consultada a través de más de un siglo y medio de existencia y profundo tratado de ciencia política, "para la comprensión del pasado y para la adopción de decisiones en el presente", según palabras de R. H. Gabriel, que prologa la edición de "El derecho de gobernar".



Colección Hombres y Problemas

$ 35.- y $ 40.- m/arg. el ejemplar

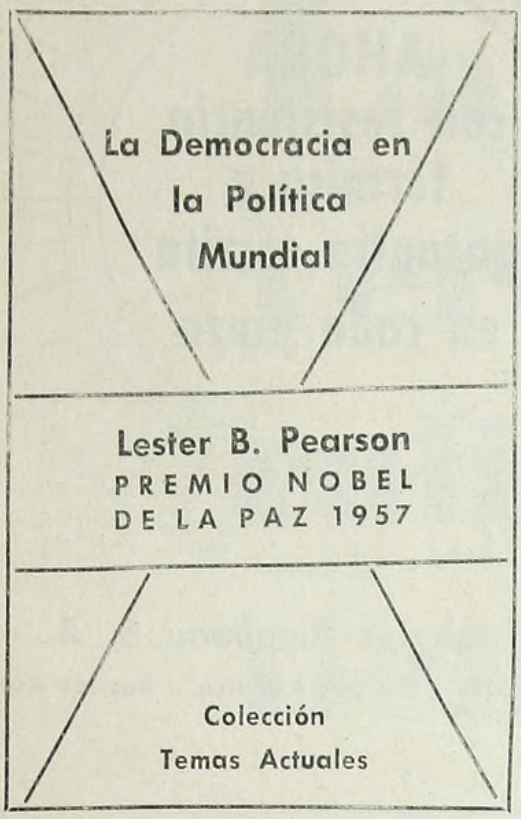
1. **George N. Shuster:** Con mi silencio hablo. La historia del Cardenal Mindzsenty. (5ª edición en prensa).
2. **Ralph Gabriel:** El derecho de gobernar. (Cartas Federalistas).
3. **HUNGRÍA:** Informe de la Comisión Especial de las Naciones Unidas.

DE PRÓXIMA DISTRIBUCIÓN:

4. **Carl J. Friedrich:** La nueva imagen del hombre común.
5. **Alfred G. Meyer:** El Marxismo. Su unidad de teoría y práctica.
6. **Pennington Haile:** El águila y el oso.

EDITORIAL AGORA - J. Salguero 267 / 69

SU "POCKET" *mensual*



Los libros
más económicos
de Latinoamérica

- CIENCIAS
- ECONOMIA
- ACTUALIDADES
- POLITICA

128 páginas ilustradas
con tapas a todo color

$ 10.- m/argentina el ejemplar

Ultimos títulos publicados:

$ 8.- y $ 10.- m/arg. el ejemplar

14. **Massimo Salvadori:** Democracia Liberal.
15. **George B. Carson Jr.:** Prácticas Electorales en la U.R.S.S.
16. **I. Eberle:** Descubrimientos Médicos Modernos.
17. **L. B. Pearson:** La Democracia en la Política Mundial. (Premio Nobel de la Paz 1957).
18. **Carleton Pearl:** Energía Atómica.
19. **Laszlo Beke:** Diario de Budapest.
20. **Chester Williams:** Crímenes Soviéticos.
21. **James Michener:** El Puente de Andau.

EDITORIAL AGORA - J. Salguero 267 / 69

La vajilla fina ¡más económica!

Nuevo

RIGOPAL

marfil y verde nilo

Producida por los fabricantes de vidrio marca "Pyrex"



Cristalerías Rigolleau S. A.

Moreno 570 - Sección Artística - Buenos Aires



IMPRENTA LOPEZ

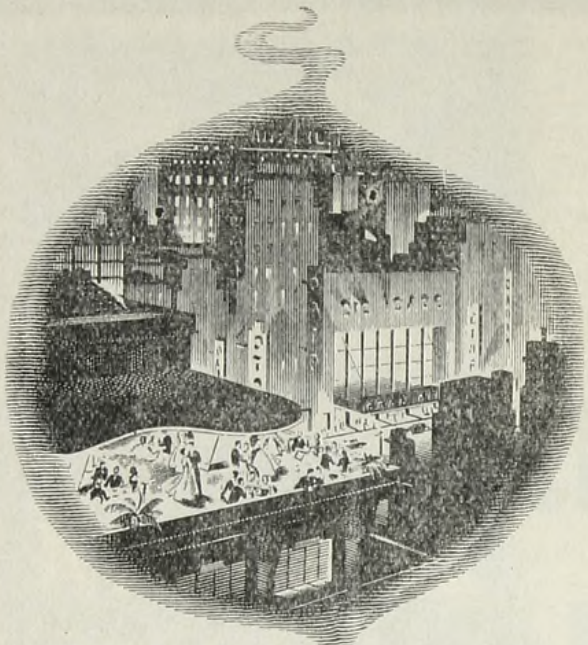
GRANDES TALLERES GRAFICOS

PERU 666 TELEF. 33-8344 BUENOS AIRES

La verdadera calidad tiene etiqueta de

Harrods

Florida 877 - (R 5.)



Cómo el hombre
acortó la noche



En la lucha que sostiene el hombre, desde hace siglos, para prolongar las horas de luz, ha tenido activa participación el petróleo, presente en múltiples elementos de la iluminación moderna. A la aplicación del petróleo en ese campo, como en muchos otros, contribuye el trabajo de los Laboratorios de Investigación Esso.

Esso

ESSO SOCIEDAD ANONIMA
PETROLERA ARGENTINA

acaban de aparecer

El oficio de poeta

Cesare Pavese

Se reúnen en este libro dos ensayos de Cesare Pavese que se refieren directamente a la poesía y aquellos que, por enfocar problemas de la cultura y el hombre de nuestro tiempo, se encuentran íntimamente vinculados, no sólo a la actividad poética, sino a todas las formas de la creación contemporánea ..... $ 34.—

El escritor y su sombra

Gaëtan Picon

En este volumen se procura demostrar la posibilidad (y la necesidad) de una búsqueda estética capaz de determinar las condiciones y las estructuras de las cuales depende lo que confusamente llamamos valor o eficacia de la obra. El lector encontrará aquí, no ya el desarrollo de una teoría, sino el testimonio de una experiencia que se va transformando en una conciencia viviente de la obra de arte ..... $ 58.—

editorial

nueva visión

Cerrito 1371 T. E. 42-1347

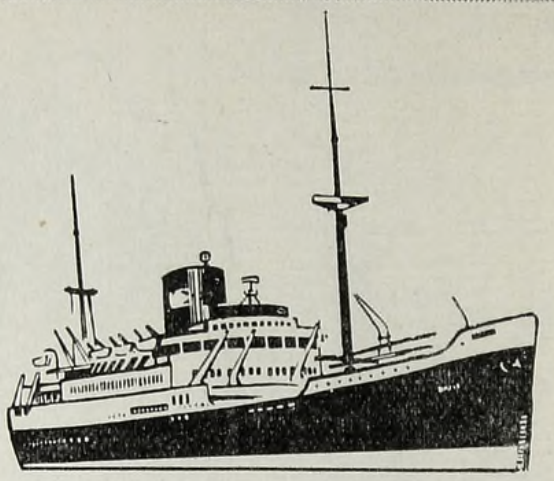
petróleo, crisol de razas...



En todos los lugares del mundo, bajo todos los cielos, semejantes a un crisol de razas y abarcando todas las actividades, está presente el petróleo en cada uno de sus derivados. Uno de los múltiples factores de esa grandiosa expresión lo representa la Organización Mundial de Shell con sus Centros de Investigaciones, donde se crean múltiples productos de reconocida calidad, y cuyas innumerables aplicaciones significan: trabajo para los pueblos, adelantos para la humanidad y desarrollo para las economías: Máxima contribución de Shell al progreso y a la civilización.

SHELL

SHELL ARGENTINA LTD.



A TRAVES DEL MUNDO

con las

MODERNAS MOTONAVES DE

RIL

ROYAL INTEROCEAN LINES

Por negocios o por placer, utilice
el rápido servicio de pasajeros a:

SUD AFRICA
MAURITIUS
MALAYA
SINGAPUR
HONGKONG
MANILA
JAPON

Agentes para el Río de La Plata:

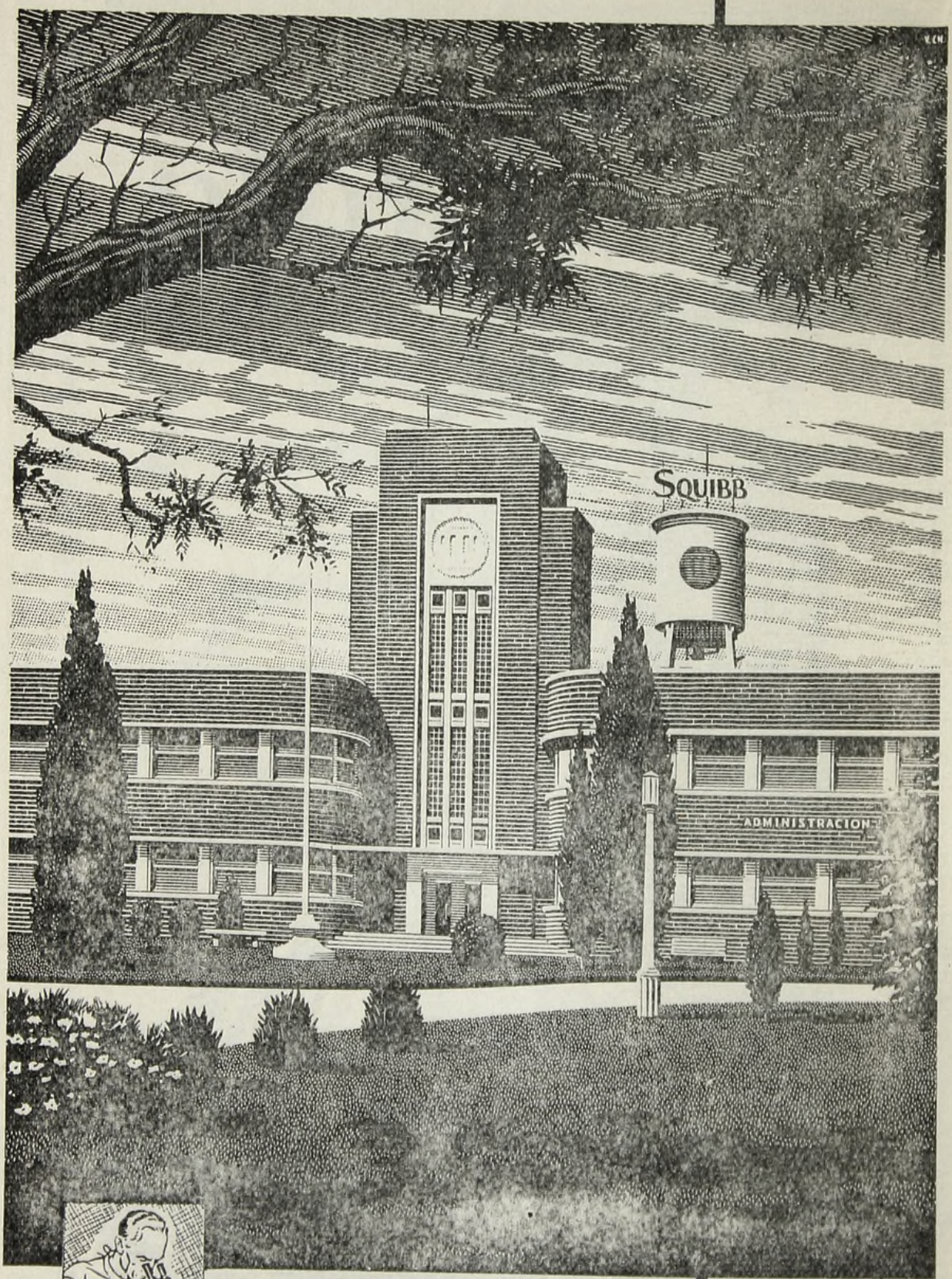
AGENCIA MARITIMA DODERO S. A.

Tucumán 421 - Bs. Aires - T. E. 31-2565

Sábanas Grafa

La marca está en el orillo







SQUIBB

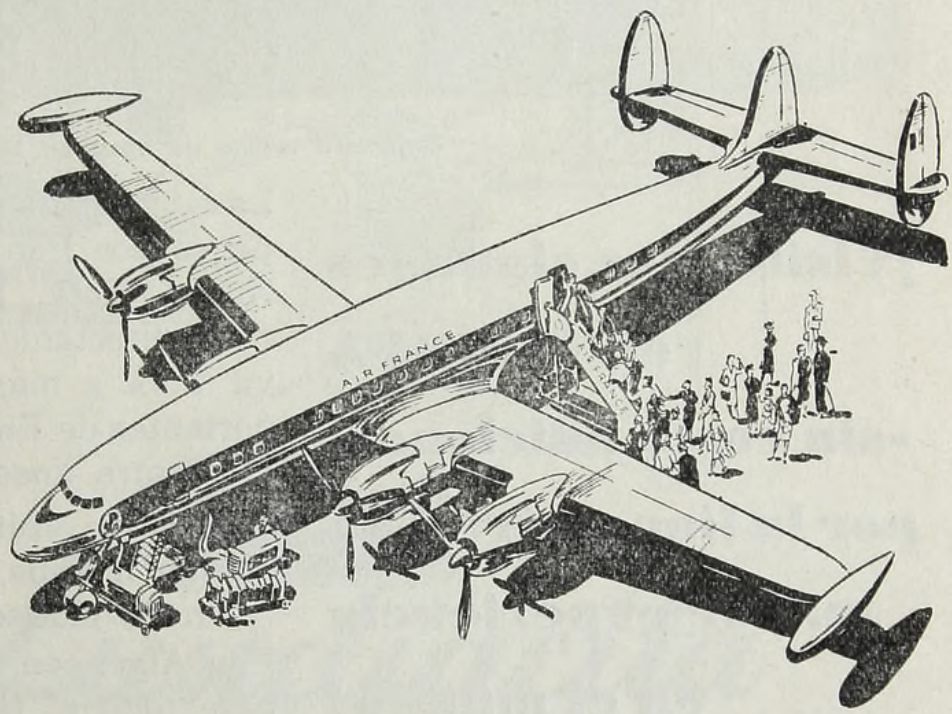
A la vanguardia
en la elaboración e investigación de antibióticos.

"A la vanguardia del progreso"

Super G

Super GARANTIA DE EXPERIENCIA

EL SUPER G es el avión más experimentado en el Atlántico Sur, que ha realizado ya más de 1000 travesías sin escala RIO-DAKAR.
Gracias a sus 38 años de experiencia a sus 6000 técnicos y gracias a la calidad de los aviones que utiliza, AIR FRANCE se sitúa en lugar preeminente en la estadística de seguridad mundial



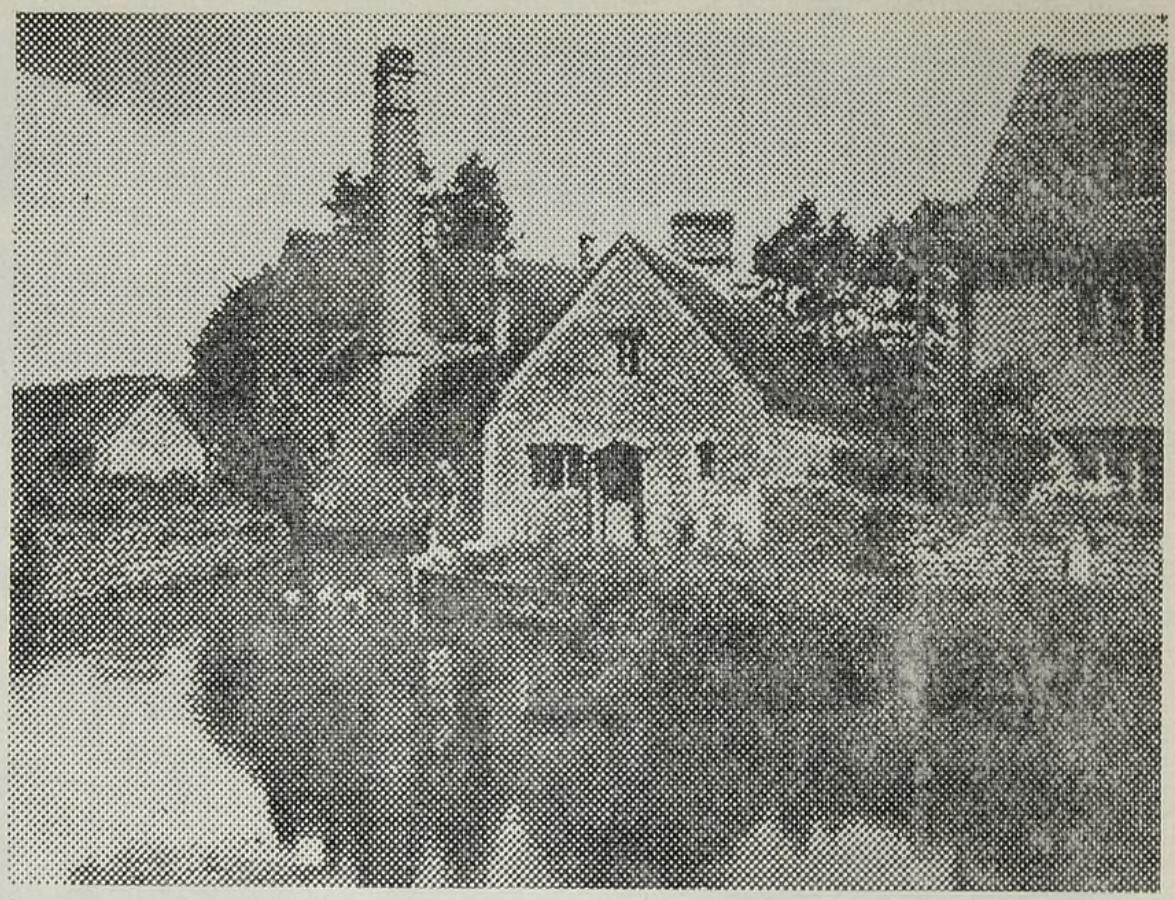
Y no olvide que, en todos sus vuelos **AIR FRANCE,** le ofrece camas verdaderas, para que ud. pueda descansar como en su propia casa.

AIR FRANCE

LA RED MAS EXTENSA DEL MUNDO

Informes: CANGALLO 549 - T. E. 30 - 1525

y en su agencia de viajes



Pintoresco molino de agua en Slaughter, Inglaterra.

¡Visite más ciudades en EUROPA -sin costo adicional- por la línea aérea de mayor experiencia en el mundo!

La mejor manera de ir a Europa es por Pan American vía Nueva York. Pan American vuela directamente desde Nueva York a más ciudades importantes de Europa que cualquier otra línea aérea.

Y si desea visitar más ciudades en Europa, aproveche el "plan de ciudades extras" de Pan American. Haga escala y pase todo el tiempo que desee, dentro del período de validez de su boleto, en una o todas las ciudades de la ruta.

Consulte a su Agente de Viajes o a:

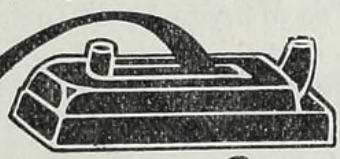
PAN AMERICAN

Cía. de Aviación Pan American Argentina S. A. C. F. e I.

Avda. Pte. Roque S. Peña 788 - Buenos Aires - T. E. 45-0111

bibliotecas





Lundiacita

En la medida que aumentan sus libros usted puede ir agregando estantes

VARIEDAD DE MEDIDAS

FABRICANTES

CITA S. A.

EXPOSICION Y VENTAS
DIAGONAL NORTE Esq. CERRITO

NOVEDADES

ALBERTO MORAVIA, *Cuentos romanos* ..... $ 70.—

Extraordinario y amenísimo libro de Moravia —reconocido como su obra maestra en el cuento—, donde vuelve a mostrar su penetración psicológica, su poder descriptivo y su estilo tan personal.

PABLO ROJAS PAZ, *Lo pánico y lo cósmico* ..... $ 35.—

Reflexiones sobre problemas espirituales y del lenguaje y evocaciones de Erasmo, Cervantes, Poe, Mallarmé, etc.

SCHELLING, *Bruno* ..... $ 30.—

Una de las obras fundamentales de un clásico de la filosofía idealista y máximo pensador del romanticismo alemán.

CARLOS VAZ FERREIRA, *Los problemas de la libertad* ..... $ 40.—

El autor sostiene en este libro la independencia de los problemas de la libertad y los del determinismo, y la solución afirmativa de los primeros.

GABRIEL MIRÓ, *El obispo leproso* (Bca. Contemporánea número 272) ..... $ 30.—

La mejor novela del gran estilista español, que continúa la serie de sus *Obras Completas* en esta Editorial.

NUEVAS EDICIONES

JEAN-PAUL SARTRE, *Teatro* II: *El diablo y Dios* (2ª ed.) .. $ 32.—
FEDERICO GARCÍA LORCA, *Poeta en Nueva York* (6ª ed.) .. $ 45.—
MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS, *Hombres de Maíz* (3ª ed.) ..... $ 60.—
JOHN DEWEY, *La ciencia de la educación* (5ª ed.) ..... $ 25.—

BIBLIOTECA CONTEMPORÁNEA

ANTONIO MACHADO, *Juan de Mairena* I y II (núms. 17 y 18; 3ª ed.), c/u. ..... $ 20.—
ALDOUS HUXLEY, *Viejo muere el cisne* (núm. 108; 3ª ed.) $ 30.—
FEDERICO GARCÍA LORCA, *Mariana Pineda* (núm. 115; 3ª ed.) $ 15.—
FEDERICO GARCÍA LORCA, *Bodas de sangre* (núm. 141; 3ª ed.) $ 15.—
FEDERICO GARCÍA LORCA, *Canciones* (núm. 151; 3ª ed.) .... $ 15.—
GABRIELA MISTRAL, *Tala* (núm. 184; 3ª ed.) ..... $ 20.—
NICOLÁS GUILLÉN, *Sóngoro cosongo* (núm. 235; 3ª ed.) .. $ 15.—

Visite nuestra exposición y solicite catálogos

EDITORIAL LOSADA S. A.

ALSINA 1131 BUENOS AIRES

URUGUAY CHILE PERÚ COLOMBIA



LO MAS LOGICO:

A JAPON

por *Canadian Pacific*

con sólo 4 escalas



"LOUNGEAIRE"

¡SIN COSTO ADICIONAL!
En su primera de Lujo EMPRESS CPA ofrece este exclusivo sillón reclinable.

- ✦ SANTIAGO
- ✦ LIMA
- ✦ MEXICO
- ✦ VANCOUVER



Y "MAS ESPACIO EN EL ESPACIO"

AVIONES EQUIPADOS CON **RADAR**

Camareras japonesas en el tramo Vancouver-Tokio!

Consulte a su Agente de viajes

Canadian Pacific AIRLINES

ALAS DEL SISTEMA DE VIAJES MAS GRANDE DEL MUNDO

Avda. Córdoba 656 - T. E. 31-9224/25/26
Buenos Aires

ARGENTINA - CHILE - PERU - MEXICO - AMERICA DEL NORTE - JAPON - HONG-KONG - HAWAI - FIJI - AUSTRALIA - NUEVA ZELANDIA - EUROPA

Asociación
de Exportadores de
Hierro y Acero del Japón

(ACEREX-JAPÓN)
Oficinas en Buenos Aires:

Avenida Callao 569 T. E. 45-2007 y 45-2910

Sus asociados industriales han suministrado a la Argentina, en cinco años, 1.227.940 toneladas de aceros, en forma de palanquillas, slabs, chapas, etc., cuya excelente calidad ha sido reconocida por el consumidor argentino.

GRANDES NOVEDADES KRAFT
5 LIBROS EXTRAORDINARIOS

UN DIOS COTIDIANO, por DAVID VIÑAS.
Distinguido con el primer premio del Concurso Kraft 1957 para la Novela Argentina, este libro es un relato de fascinante atracción por la complejidad del problema que trata y por sus grandes valores literarios.

EL ÚLTIMO HURRA, por EDWIN O'CONNOR.
Ésta es la historia de la inmigración irlandesa en América. Escrita con verdadera simpatía por los hijos de la bella Irlanda y con espontáneo buen humor, es una novela deliciosa y conmovedora.

CORO DE ÁNGELES, por ROBERT PENN WARREN.
Valeroso, crudo y realista relato de uno de los más impresionantes episodios de la historia de la humanidad: la trata de los negros esclavos en América del Norte, que lucharon hasta conseguir la ansiada libertad.

VIDA, MEMORIAS DE FERNÁNDEZ MORENO.
El ilustre poeta, autor de "Buenos Aires, Ciudad, Pueblo y Campo", escribe en estas "Memorias", reflexiones e impresiones que abarcan el curso de toda su vida.

En prensa:

VILLA MISERIA TAMBIÉN ES AMÉRICA, por BERNARDO VERBITZKY.
Libro de trazos recios y pinceladas conmovedoras, recomendado por el Jurado del Concurso Kraft 1957 para su publicación.

EDITORIAL GUILLERMO KRAFT LTDA.
Reconquista 319 Librería: Florida 681

LA GRAN ENCICLOPEDIA DE LA SALUD
NUEVO DICCIONARIO MEDICO

LAROUSSE

Redactado por eminentes especialistas, pone a disposición de un público culto todo lo que es preciso saber para conocerse bien y proteger a los suyos. Su incomparable documentación abarca - con claridad y rigor científico - desde los cuidados más elementales hasta las más atrevidas técnicas contemporáneas.

UNA OBRA TRASCENDENTAL PARA TODO HOGAR

UTIL: en todos los casos de urgencia y para colaborar eficazmente con el médico.

EXACTA: por sus minuciosas descripciones de los órganos, síntomas, medicamentos, etc.

PRACTICA: por su ordenamiento alfabético que permite obtener instantáneamente la respuesta adecuada.

En dos importantes volúmenes magníficamente encuadernados y un novedoso suplemento anatómico de láminas transparentes superpuestas. Miles de ilustraciones fieles y explícitas en negro y colores.

EDITORIAL LAROUSSE - CORDOBA 400 - Bs. As.
Sírvanse enviarme información detallada y folleto de muestra del Nuevo Diccionario Médico Larousse en 2 tomos.
Nombre y Apellido .....
Dirección .....
Localidad .....



EDITORIAL LAROUSSE
CORDOBA 400
BUENOS AIRES



CRITERIO

Aparece 2 veces por mes

REVISTA DE CULTURA

Suscripción anual $ 100.—

Alsina 840 Buenos Aires

T. E. 34 - 1309

de 13 a 18.30 (sábados, 9 a 12)

Cuadernos Americanos

LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO

Publicación bimestral en la que colabora lo más distinguido de la intelectualidad hispanoamericana.

PRECIOS:	Por ejemplar	Por suscripción (6 números)
México	$ 12.—	$ 60.—
Otros países de América	Dls. 1.25	Dls. 6.50
Europa y otros Continentes	„ 1.50	„ 8.00

Ejemplares atrasados, precio convencional.

Servimos suscripciones directamente dentro y fuera del país.

Los pedidos pueden dirigirse a la Av. República de Guatemala 42-2 o al Apartado Postal Nº 965, México 1, D. F. Rep. Mexicana.

¿Cuántos Libros de esta Selección Faltan en su Biblioteca?

"MADAME LYNCH" — María Concepción L. de Chaves.

El amor de un joven diplomático, Francisco Solano López, más tarde caudillo del Paraguay, por una muchacha irlandesa culta y ambiciosa, que no pudo vencer con su sonrisa a la sociedad hostil que la rodeaba, nos muestra en esta ágil biografía el cariño entrañable de Alicia Elena Lynch hacia el mariscal López, presente también en el instante aciago de su muerte. Un volumen de 660 páginas $ 75.—.

"TIEMPO DE VIVIR Y TIEMPO DE MORIR" — Erich María Remarque.

Con un tema tan caro a sus alegatos pacifistas, el autor de "Sin novedad en el frente", "Arco de Triunfo", etc., vuelve a retomarlo para ofrecernos la expresión de sus sentimientos más acendrados. Es la segunda guerra mundial que está finalizando con la derrota de Alemania; en el alma de uno de estos soldados casi derrotados, moralmente se va produciendo una transformación, no ser más cómplice del monstruoso crimen de la guerra, al volver al frente ejercitará su bondad ante cuatro prisioneros a quienes libera para recibir en cambio la muerte por la espalda. Un volumen de 436 páginas $ 45.—.

"YUCATAN MAGICO" — Lilo Linke.

Sobre el golfo de Méjico, meta de conquistadores, piratas y aventureros sin ley, una mujer con un rifle en bandolera, se interna en la selva donde le esperan sorprendentes acontecimientos y revelaciones, que nos transmite con tal verismo y emoción que resulta muy difícil postergar por un momento su lectura. Un volumen de 235 páginas $ 50.—.

"EL VIENTO EN LAS VELAS" — Jacques Perret.

Jacques Perret, soldado en la segunda guerra mundial, fué hecho prisionero y logró evadirse, para no abandonar su participación activa enrolándose en las filas de los "maquis". Terminada la contienda se dedica al periodismo y a las letras, pudiendo citarse de su prolífica producción "Vente á Part", 1951, "Histoires Sous le Vent", etc., para culminar en "El viento en las velas", proeza estética y una de las más auténticas obras maestras de la actualidad. Un volumen de 304 páginas $ 40.—

"ROJO Y AZUL" — Fernando Real.

En dos amigos se simboliza el drama de muchos españoles, falangista uno, republicano el otro. La contienda civil los sorprende y los separa, pero en los dos bandos alienta una idea, una esperanza que está por encima de todas las bajezas y ruindades y ese anhelo es el que en última instancia evita que sean arrollados por la vorágine.
Un volumen de 303 páginas $ 40.—.

Ediciones

PEUSER

San Martín y Cangallo - Florida 750 - Florida 205
Rivadavia 2718 - Lima 1686 - Boedo 735
LA PLATA - ROSARIO - MENDOZA - CORDOBA - RIO CUARTO
y librerías de todo el país

BUNKA

Revista de la cultura japonesa

Nº 1

Junio de 1957

S. E. TAKAJIRO INOUE: *Mensaje.*

MITSUO TANAKA: *El órgano del Instituto Argentino-Japonés que se esperaba.*

MANUEL MUJICA LÁINEZ: *Encuentro con Mikimoto, el Rey de las Perlas.*

KASUYA SAKAI: *Gigaku: las máscaras más antiguas que se conservan.*

OSVALDO SVANACINI: *Haiku, poema de 17 sílabas.*

YUKIO MISHIMA: *La Princeso Aoi.*

Publicación del

INSTITUTO ARGENTINO-JAPONÉS DE CULTURA

Moreno 1140, 2º piso — T. E. 37 - 6774

Buenos Aires

DAVAR

Revista Literaria

Sumario del Nº 72

(Setiembre-Octubre de 1957)

MARTÍN BUBER: Cambio de carácter y experimento social en Israel.
PABLO RUBEN FIHMAN: Lo bíblico en Gabriela Mistral.
ISAAC SHNEERSON: Emancipación de los judíos de Rusia.
ARNOLD MANDEL: El verdadero misterio de Israel.
HARRY L. POPPERS: Jasidismo y Judaísmo.
LIONEL KOCHAN: El antisemitismo de H. G. Wells.
BERNARDO VERBITSKY: A 50 años del primer libro de Banchs. Homenaje a Rodolfo Mondolfo.
PABLO PALANT: El joven Samuel Eichelbaum.
ALFONSO FRANCISCO RAMIREZ: Leyendas y Proverbios del Talmud.
NATÁN LERNER: La luz perpetua.

Suscripción a 6 números:		Precio por ejemplar:	
Socios	$ 40.—	Socios	$ 7.—
No socios . .	$ 50.—	No socios . . .	$ 9.—

Editada por la Sociedad Hebraica Argentina

SARMIENTO 2233 — BUENOS AIRES

DYLAN THOMAS

CON DISTINTA PIEL

El *Artista cachorro* se ha transformado en el adolescente, es el joven que se va golpeando contra las aristas duras, despiadadas de la realidad cotidiana.

A través de esta serie de estampas, en la que los recuerdos de la juventud alucinada del poeta son trasmutados por su casi mágico dominio del idioma, DYLAN THOMAS señala que en cada experiencia vital el hombre va dejando la piel que lo recubre para emprender con otra la siguiente aventura.

En cada encontronazo con la realidad el artista deja hecha jirones la caparazón —cada vez más dura— con que protege su alma lacerada y *con distinta piel* reemprende la odisea del diario existir.

EN TODAS LAS LIBRERÍAS

JACOBO MUCHNIK - EDITOR

FLORIDA 336 - BUENOS AIRES

C U A D E R N O S

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

REVISTA BIMESTRAL

Nº 27

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ: *Poema inédito.*
FEDERICO DE ONÍS:
JERÓNIMO MALLO: *Estudios sobre Ortega.*
ROBERT CRAFT: *Conversación con Stravinsky.*
MILOVAN DJILAS: *La tiranía sobre el espíritu.*
BORIS SOUVARINE. *Octubre de 1917.*
Crónicas de Creta, Argentina, Venezuela, etc.

Otros textos de:

JORGE CARRERA ANDRADE, F. DÍEZ DE MEDINA, SALVADOR DE MADARIAGA, MORGAN PHILLIPS, ALFONSO REYES, etc.

Solicite un ejemplar gratuito a:

CUADERNOS

23, rue de la Pépinière. París (8) Francia

Suscripciones en Argentina: Librería Madrid, Bmé. Mitre 950, B. Aires



Revista TIEMPO de AMERICA

Crítica de libros *información*
fotografías *reproducciones*

Adquiérala en kioscos y librerías

CANGALLO 439 BUENOS AIRES
Of. 509

Sumario del Nº 2 (Febrero de 1957)

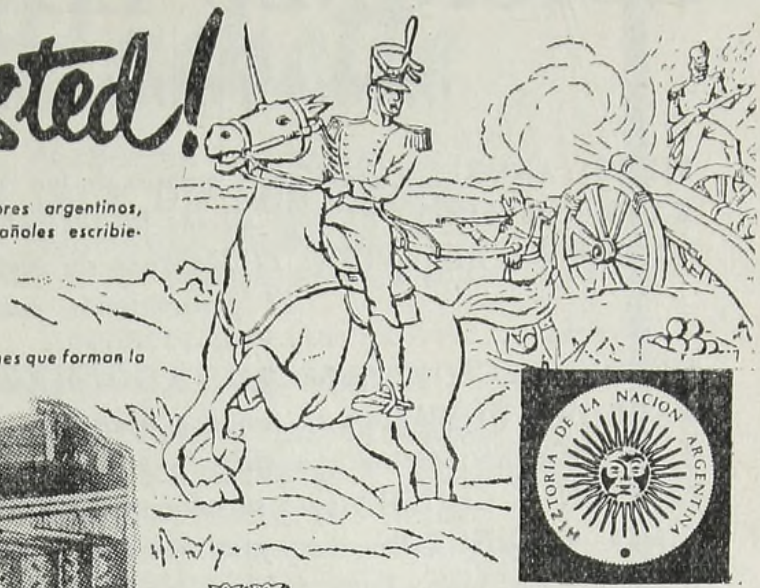
LEWIS MUMFORD: Las transformaciones del hombre.
ALBERTO SARTORIS: Importancia y trascendencia del funcionalismo en la arquitectura europea contemporánea.
JUAN CARLOS PAZ: Ferruccio Busoni, orientador y poeta.
LUCIO MENDIETA Y NÚÑEZ: Función social de las artes plásticas.
GERMAN ARCINIEGAS: Nerón, espejo de demagogos.
JACOBO PRINCE: De la comuna de 1919 a la insurrección contra la dictadura bolchevique.
MIGUEL ANGEL ANGUEIRA: De si el cooperativismo puede evitar la guerra.
BOLESLAO LEWIN: La supuesta participación jesuítica en la rebelión de Tupac Amarú.
EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA: Rogativa exculpatoria.
RAÚL GUSTAVO AGUIRRE: Dylan Thomas.
VÍCTOR ITURRALDE: El cine, nuevo campo de experiencias estéticas.

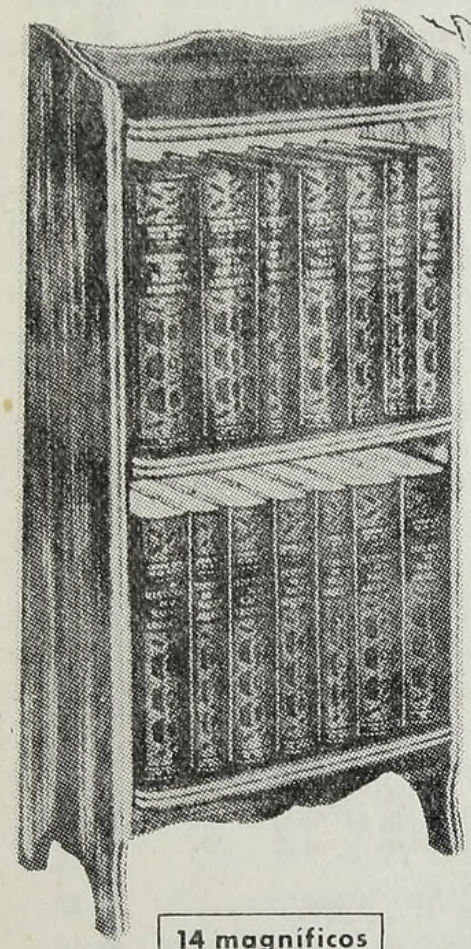
Para Usted!

98 famosos historiadores argentinos, americanos y españoles escribieron las

8200 páginas de las

14 magníficos volúmenes que forman la





Historia de la Nación Argentina

Publicada con el auspicio de la ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, bajo la dirección del Dr. Ricardo Levene, en una

Edición Monumental de "EL ATENEO"

Una historia magistral, amena ¡insuperable!

Téngala en su biblioteca mediante las facilidades que le brinda

LIBRERIA **"EL ATENEO"** EDITORIAL

Departamento de Créditos

14 magníficos volúmenes
formato 18 x 24 cms.

encuadernados en cuerina con lomos grabados en oro fino. Se entregan en un elegante mueble desarmable.

$

Sres. Librería "EL ATENEO" Editorial
FLORIDA 340 • BUENOS AIRES • CORDOBA 2099

Sírvanse remitirme folleto y condiciones de venta de la "HISTORIA DE LA NACION ARGENTINA"

Nombre.....

Apellido.....

Domicilio.....

Localidad.....F. C. N.....

EDICIONES LEVIATAN

OBRAS PUBLICADAS

PIERRE ANDREU: *Grandeza y errores de los curas obreros* $ 38.—
RAYMOND ARON: *El opio de los intelectuales* ..... „ 55.—
SIMONE DE BEAUVOIR: *El Marqués de Sade* ..... „ 26.—
„ „ „ *El pensamiento político de la derecha* ..... „ 28.—
HENRY BERGSON: *Introducción a la Metafísica* ..... „ 26.—
BARROWS DUNHAM: *El hombre contra el mito* ..... „ 40.—
J. C. CHAVES: *Castelli, adalid de Mayo* ..... „ 55.—
GORDON V. CHILDE: *Qué sucedió en la Historia* ..... „ 42.—
SIR A. EDDINGTON: *La expansión del Universo* ..... „ 32.—
MIRCEA ELIADE: *Yoga, inmortalidad y libertad* ..... „ 85.—
NICOLÁS EVREINOV: *El teatro en la vida* ..... „ 34.—
ELIE FAURE: *La función del cine* ..... „ 28.—
PIERRE FRESNAY: *Yo soy un comediante* ..... „ 28.—
JUAN C. GHIANO: *Testimonio de la novela argentina*.... „ 30.—
DANIEL GUERIN: *Kinsey y la sexualidad* ..... „ 28.—
BERNARDINO C. HORNE: *Primer ensayo de colonización social Argentina* (la colonia San José, Entre Ríos. 1857/1957) ..... „ 40.—
PAUL LANGEVIN: *Introducción a la relatividad* ..... „ 32.—
PAUL LABERENNE: *El origen de los mundos* ..... „ 36.—
LUCIEN LEVY-BRUHL: *La mentalidad primitiva* ..... „ 55.—
LUDWIG MARCUSE: *Pesimismo, un estado de la madurez* „ 34.—
M. MERLEAU-PONTY: *Humanismo y terror* ..... „ 35.—
M. MERLEAU-PONTY: *Las aventuras de la dialéctica* .. „ 45.—
LEÓN MOUSSINAC: *Tratado de puesta en escena* ..... „ 45.—
LUIS ORDAZ: *El teatro en el Río de la Plata* ..... „ 65.—
ADOLFO PRIETO: *Sociología del público argentino* .... „ 28.—
RODOLFO PUIGGROS: *De la Colonia a la Revolución* „ 48.—
MICHAEL REDGRAVE: *Los medios expresivos del actor* .. „ 28.—
ROMAIN ROLLAND: *Gandhi* ..... „ 32.—
BERTRAND RUSSELL: *Matrimonio y moral* ..... „ 35.—
JEAN VILAR: *De la tradición teatral* ..... „ 28.—

Distribuidor exclusivo

EDICIONES SIGLO VEINTE

JUNCAL 1131 BUENOS AIRES (R. A.)

EDICIONES Hachette

COLECCIÓN "DIORAMA"

LA ISLA DE LOS LOCOS

Por ANDRÉ SOUBIRAN

Volumen de 360 páginas. Precio $ 65.—

COLECCIÓN "CLÍO"

EXPLORADOR MAYA

John Lloyd Stephens y las Ciudades Perdidas de América Central y Yucatán

Por VÍCTOR WOLFGANG VON HAGEN

Volumen de 364 páginas. Con ilustraciones y mapas. Precio $ 100.—

COLECCIÓN "EL MIRADOR"

VIDA DE CEZANNE

Por HENRI PERRUCHOT

Volumen de 372 páginas. Con ilustraciones. Precio $ 70.—

COLECCIÓN "SABER"

EL LENGUAJE OLVIDADO

Introducción a la comprensión de los sueños, mitos y cuentos de hadas

Por ERICH FROMM

Volumen de 216 páginas. Precio $ 60. —

BIBLIOTECA "HACHETTE" DE FILOSOFÍA

HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

I. EL PENSAMIENTO ANTIGUO

Por E. PAOLO LAMANNA

Prólogo de RODOLFO MONDOLFO

Volumen de 416 páginas. Precio $ 75.—

COLECCIÓN "EL PASADO ARGENTINO"

El Sainete Criollo

Selección, Estudio Preliminar y Notas de TULIO CARELLA

Volumen de 440 páginas. Precio $ 75.—

HACHETTE - BUENOS AIRES

RIVADAVIA 739 - 34/7819 - BUENOS AIRES

VENTA ESPECIAL

HASTA EL 31 DE ENERO DE 1958

1, 2, 3, 5, 36, 37, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 167, 173, 176, 199, 201, 202, 203, 204, 205, 207/8, 215/16, 219/20, 224, 228, 230, 231, 232, 233, 236.

Estos números se venden cada uno a . . $ 5.—

●

REVISTA SUR

SAN MARTIN 689 **T. E. 31 - 3220**

BUENOS AIRES

SUR

LECTURA DE POEMAS FRANCESES Y ARGENTINOS

Álbum de ocho discos de poemas Argentinos leídos por sus autores ..... $ 300.—

(Jorge Luis Borges - Francisco Luis Bernárdez - Eduardo González Lanuza - Ricardo Molinari - Silvina Ocampo - Vicente Barbieri - Alberto Girri - H. A. Murena)

Álbum de tres discos de poemas Franceses leídos por Victoria Ocampo ..... $ 100.—

(Baudelaire - Mallarmé - Verlaine - Musset)

(Los textos de los poemas van impresos en las tapas de los álbumes)

EN VENTA EN:

IRIBERRI, Florida 450, Buenos Aires
PISCITELLI, San Martín 450, Buenos Aires
RICORDI, Florida 677, Buenos Aires
ROMERO & FERNÁNDEZ, Santa Fe 1050, Bs. Aires.

Y EN:

SAN MARTÍN 689 BUENOS AIRES

WILLIAM FAULKNER

REQUIEM PARA UNA RECLUSA

ADAPTACION DE

ALBERT CAMUS

Albert Camus ha elegido para demostrar sus excepcionales condiciones de hombre de teatro, la adaptación al escenario de la novela *Requiem for a Nun* de William Faulkner.

Laureado este año con el Premio Nobel de Literatura, Camus expone con impresionante lucidez la sombría pasión del novelista norteamericano, que en 1949 recibiera también la más alta recompensa a que puede aspirar un hombre de letras.

Traducción de Victoria Ocampo.

$ 32.—

EDITORIAL **SUR** S. R. L.

SAN MARTÍN 689 T. E. 31-3220

BUENOS AIRES

JEAN GIONO

EL CASO DOMINICI

★

El famoso juicio criminal contra el campesino francés que dió muerte a un matrimonio de nobles ingleses, que despertó tantas conjeturas, examinado desde un punto de vista psicológico. Traducción de Manuel Peyrou.

$ 24.—

★

EDITORIAL SUR S. R. L.

SAN MARTÍN 689 T. E. 31 - 3220

BUENOS AIRES

WERNER BOCK

MOMENTO Y ETERNIDAD

La moderna literatura alemana presentada a través de la personalidad de sus autores.

$ 45.—

EDITORIAL SUR S. R. L.
SAN MARTÍN 689 T. E. 31-3220
BUENOS AIRES

PREMIO NOBEL 1957

LA PESTE

DE

ALBERT CAMUS

Quinta edición de esta obra ya clásica del existencialismo y de la novelística francesa, por la que su autor recibiera el más alto premio al que puede aspirar un hombre de letras . . $ 40.—

OTRAS OBRAS DEL AUTOR:

BODAS, 2ª edición . . . $ 30.—
EL VERANO, 2ª edición . $ 20.—

EDITORIAL SUR S. R. L.

SAN MARTÍN 689 T. E. 31-3220

BUENOS AIRES

VICTORIA OCAMPO

TESTIMONIOS

QUINTA SERIE

1950 - 1957

Esta nueva serie de *Testimonios*, título ya clásico con que VICTORIA OCAMPO ordena una parte de su labor, permite a los lectores seguir paso a paso el recorrido espiritual, artístico y, sobre todo, humano de esta testigo fiel de nuestra época. A ninguna literatura mejor que a la suya le conviene la denominación de palabra escrita. Leer a VICTORIA OCAMPO es hablar de VICTORIA OCAMPO; es compartir sus simpatías, sus entusiasmos, sus indignaciones; es discutir con ella, pero siempre sobre la base de un tácito y fundamental acuerdo.

$ 80.—

EDITORIAL **SUR** S. R. L.

SAN MARTÍN 689 T. E. 31 - 3220

BUENOS AIRES

SUR

NÚMERO 249 NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE 1957

INTRODUCCIÓN

El invierno pasado, en Nueva York, volví a ver a Victoria Ocampo, tras varios años de ausencia, en casa de nuestro común amigo Edmundo Lasalle. La casa de Edmundo es hospitalaria y allí encontramos a otro amigo, Donald Keene. La literatura japonesa debe a Donald varios libros de crítica, en los que el amor no estorba, sino guía, a una inteligencia lúcida; y la lengua inglesa le debe las mejores traducciones del japonés —sin excluir las de Ezra Pound y con la excepción, acaso, de las memorables versiones de Arthur Waley. Pronto Victoria y Donald decidieron que Sur *debería consagrar un número a la literatura japonesa contemporánea; y ese mismo día decidieron que yo debería escribir, para los lectores hispanoamericanos, una suerte de presentación. Contagiado por su entusiasmo, acepté. Y ahora me encuentro ante el papel en blanco, sin saber exactamente qué decir.*

Mi perplejidad viene de lo siguiente: en el fondo se trata de contestar a esta pregunta ¿por qué dedicar un número de Sur *a la literatura japonesa? Las respuestas que se me ocurren son muy variadas: Natsume Soseki y Tanizaki Junichiro son dos grandes novelistas que muestran, una vez más, que el verdadero realismo no es mero costumbrismo ni pretexto para incurrir en un lenguaje inepto y tartamudo, como aseguran algunos obstinados; los cuentos de Akutagawa Ryunosuke merecen figurar en una de esas antologías con que nos sorprenden, cada tres o cuatro años, Borges y Bioy Casares; Dazai Osamu es un escritor que conquistaría la admiración de José Bianco; nada me gustaría más que traducir y llevar a la escena algunas de las piezas*

breves de Mishima Yukio, poesía directa y destructora, mezcla explosiva de humor y tradición del No. . . *Todas estas respuestas tienen un defecto común: no valen nada si el lector no conoce los textos; y, una vez conocidos, son inútiles. Así, pues, lo mejor sería despojarse de toda pretensión crítica y limitarse a decir: creo que la literatura japonesa contemporánea está viva —más viva, desde luego, aunque sea varios siglos más vieja, que la de España o Portugal; más viva, también, que la de Hispanoamérica; tan viva, en fin, como las de Francia, Italia, Inglaterra o Estados Unidos.*

Pero quizá podría agregar algo más: pienso en la vieja disputa entre nacionalismo literario y "cosmopolitismo", que tanto y tan inútilmente ha preocupado a varias generaciones de críticos hispanoamericanos.

Aunque nunca lo han acogido como modelo, Japón podría ser muy bien el arquetipo de nuestros literatos nacionalistas. País dueño de una cultura nativa, tenazmente aferrado a sus tradiciones, a sus clásicos y a su escritura, es un ejemplo de fidelidad a lo propio. Allá todo el mundo, del Emperador hacia abajo, escribe poemas tanka *y* haiku; *muchachos y muchachas danzan, en el solsticio de primavera o en el de otoño, las mismas danzas de hace siglos; el teatro* No *aún tiene adeptos y el* Kabuki *es un espectáculo popular; los escritores, en fin, lejos de practicar la "evasión" y "dar la espalda a su pueblo", han creado una literatura que tiene el sabor de la tierra, el agua, el aire y el cielo de su patria. La verdad, por desgracia, es otra. La cultura japonesa tradicional —desde la escritura hasta la religión y la filosofía— es el fruto de una larga, inteligente e ininterrumpida imitación de China. En algunos casos —el budismo, la escultura, la filosofía, las técnicas de meditación, etc.— se trata de adaptaciones chinas de ideas y prácticas hindúes. Esta voluntaria imitación no fué un estorbo sino un estímulo para los grandes autores japoneses del pasado. Quizá los chinos no tienen un novelista comparable a la señora Murasaki ni un poeta dramático como Seami; y, sin embargo, la originalidad de estos dos autores no impide que sus obras contengan continuas alusiones a los clásicos chinos, del mismo modo que algunos de los mejores* hai-ku *de Basho no son sino recreaciones de poemas de Po-chu-i. La verdad es que ninguna gran literatura ha sido casta; la castidad es estéril, según se ve en el ejemplo del casticismo español, que ha empobrecido a España.*

En la época moderna las influencias extranjeras han sido más variadas y violentas, aunque acaso menos profundas. Desde hace cerca de cien años, los japoneses han imitado a Occidente con el mismo entusiasmo con que, en el siglo VII, sus antepasados adoptaron el budismo. Y así, el más alejado y remoto de los países de Extremo Oriente, el más tradicional y encerrado en sí mismo, es también el que está más cerca de nosotros. Japón es ya un

país occidental —y no sólo por los progresos de la técnica y de la ciencia, sino porque su destino ya es inseparable del de la civilización moderna. Y ese destino no lo sufre pasivamente (como la mayoría de las naciones hispanoamericanas y muchas de Asia, África y aun de Europa) sino que es uno de sus protagonistas, uno de sus "héroes - villanos" y, asimismo, una de sus víctimas. Pero una víctima que no forma parte del coro, sino que ha participado activamente en la representación. Y esto es lo que quería decir cuando afirmé que la literatura japonesa está viva: sus escritores no repiten los gestos sin sentido de una tradición muerta, ni tampoco gesticulan maquinalmente, con ideas y trajes prestados; las ideas y las formas estéticas de que se sirven son ya suyas por un acto de conquista espiritual. Una conquista que no es una anexión o usurpación de lo ajeno, sino una libre aceptación hecha de gozo y sufrimiento. No es extraño, por tanto, que uno de los temas más persistentes de los japoneses modernos —como Akutagawa y Dazai Osamu— sea el del derrumbe de los valores tradicionales: cristianismo y budismo, filosofía idealista europea y sabiduría confuciana. Los mejores entre los japoneses se dan cuenta de que viven a la intemperie; y en esto coinciden —no por imitación, sino por semejanza de destino histórico— con los mejores de los europeos. De ahora en adelante el hombre tendrá que bastarse a sí mismo y crear su propia casa terrenal. Una casa en la que quepan todos los hombres. Y de ahí que la literatura moderna del Japón sea a un tiempo extraña y familiar. No es otra la misión de la literatura: familiarizarnos con lo extraño, con lo ajeno; y, asimismo, mostrarnos la extrañeza, el misterio, la "otredad" insalvable de lo más próximo y cercano. Pues esa "otredad" es la del hombre mismo, siempre separado de sí, dividido en su ser, siempre buscando reunirse consigo mismo.

OCTAVIO PAZ

LA LITERATURA JAPONESA MODERNA

HACE unos pocos años, cuando William Faulkner visitó el Japón por primera vez, lo esperaban en el aeropuerto un grupo de ávidos periodistas. En seguida le preguntaron qué opinaba de la literatura japonesa. Faulkner, visiblemente perplejo, tenía idea de haber leído en una ocasión una novela japonesa, pero había olvidado el título, el autor y el

argumento. Los periodistas, decepcionados, se vieron obligados a cambiar de tema.

No es excepcional la ignorancia de Faulkner acerca de la literatura japonesa; pocos escritores occidentales contemporáneos podrían responder con mayor precisión. La gran novela del siglo XI, *El cuento de Genji*, no obstante haber sido magníficamente traducida al inglés hace unos treinta años, aún no se considera indispensable en la biblioteca de un hombre culto. Las comedias No, de obsesionante belleza, se recuerdan sobre todo por el juego de palabras (que nunca parece fatigar a la gente) entre No y el vocablo de negación occidental; y a la poesía *haikai*, si bien imitada de cuando en cuando en Occidente, pocas veces se la toma en serio. Hasta las gentes que decoran sus casas con estampas japonesas y otras *japonaiseries*, rara vez llegan a interesarse en la literatura japonesa.

En Occidente, pese a los esfuerzos de los traductores y de unos pocos entusiastas, la apreciación de los clásicos de la literatura japonesa está en una etapa elemental. El epíteto acostumbrado para calificarlo es "exquisito", alabanza que limita la literatura japonesa a lo menudo e insustancial. Los críticos occidentales, cuando se refieren al arte de la novela, no sienten la imperiosa necesidad de disculparse por no incluir ejemplos japoneses, a pesar de que no sólo *El cuento de Genji* es la novela más antigua, sino también una de las más importantes. Si se les pregunta por qué, contestan generalmente que la novela japonesa está fuera de las tradiciones occidentales, que es demasiado antigua y que tiene muy pocos problemas en común con los nuestros. Sin embargo, estos mismos críticos, cuando se les pregunta por qué no incluyen en sus trabajos novelas japonesas modernas, contestan paradójicamente: "Son, apenas, algo más que imitaciones de la literatura europea".

La idea de que los japoneses son una "raza de imitadores" está tan firmemente arraigada en muchas mentes occidentales que ya se ha vuelto un hábito considerar la literatura japonesa moderna como una serie de meros "ejercicios de imitación", tal como lo ha dicho recientemente un crítico inglés. Lo que "imitación" significa en la práctica es que las novelas japonesas modernas y otras obras literarias se han unido en la actualidad a la principal corriente literaria del mundo, circunstancia que, lejos de regocijar a quienes se quejaban de la oscuridad de la literatura japonesa tradicional, se alega como otro vergonzoso ejemplo de la proclividad japonesa para remedar culturas ajenas. Esta actitud no se limita a la literatura. En Tokio, por ejemplo, los turistas quedan invariablemente desilusionados al comprobar que la arquitectura es por completo moderna, que la gente usa ropas occidentales y anda en automóvil y en ómnibus. El japonés,

al percibir este chasco del occidental, es demasiado bien educado para replicarle: "¿Esperaba usted que construyéramos pagodas para instalar en ellas nuestros ministerios y nuestras fábricas? ¿Esperaba usted que nuestros oficinistas usaran túnicas de seda con mangas que arrastran hasta el piso? ¿Esperaba usted que las calles estuvieran llenas de palanquines?" También podría preguntar al crítico que considera la moderna literatura japonesa como una mera imitación: "¿Esperaba usted que escribiéramos sobre la niebla entre los pinos y los capullos de cerezo que tapizan el suelo cuando estamos tan enterados como usted de las teorías de Freud y de Marx?"

Sin duda, al participar en la más activa e importante corriente literaria del siglo XX, los escritores japoneses modernos han perdido algo de su antigua herencia; muchos, en realidad, admitirían que nada de lo escrito antes de la Restauración Meiji de 1868 les concierne de verdad. Aun aquellos que intentan las formas y los temas clásicos deben hacerlos aceptar por sus lectores (y por sí mismos), infundiendo a sus trabajos las motivaciones de la moderna psicología. No vemos por qué los japoneses tienen menos derecho que otra gente para utilizar los descubrimientos de la psicología moderna, o por qué su adopción hace que la literatura japonesa sea más "imitativa" que la de otros países.

Esto no quiere decir que no haya habido imitaciones. Durante los primeros veinte años de la Restauración Meiji —el acontecimiento más importante de la historia japonesa moderna—, los japoneses no podían menos de imitar la literatura occidental a medida que la iban conociendo. Después de dos siglos y medio del aislamiento que se impusieron a sí mismos, las tradiciones literarias nativas estaban exhaustas y no había ni siquiera posibilidades de redescubrir sus excelencias sin recibir fértiles estímulos del exterior. Antes de que pudiera crearse una literatura japonesa específicamente moderna, el japonés tenía que dominar las únicas técnicas literarias modernas: las occidentales. Es digno de elogio —y no, por cierto, reprobable— que los japoneses, de todos los escritores asiáticos, sean los únicos que hayan logrado crear una literatura verdaderamente moderna.

No era tarea fácil, pues no sólo llevaba implícito el aprendizaje de nuevos métodos para expresar emociones, sino el más básico problema de aprender a sentir esas mismas emociones. El escritor japonés tenía que convertirse en un individuo, en el sentido occidental, antes de poder convertirse en un escritor moderno. Bajo la dominación despótica que prevaleció en el Japón por muchos siglos, la importancia y la santidad del individualismo era desconocida. El ocasional rebelde al conformismo era un excéntrico que elige vivir en un árbol, no un Rousseau que comprueba sus diferencias con otros seres humanos. Un poeta fatigado de cantar los cirue-

los en flor o las matizadas hojas otoñales, podía, como un capricho, encomiar el mosquito o la rana, pero no se le hubiera ocurrido decir como Lope de Vega:

¡Oh libertad preciosa
No comparada al oro,
Ni al bien mayor de la espaciosa tierra;
Más rica y más gozosa
Que el precioso tesoro
Que el mar del sur entre su nácar cierra!

Hasta el grito de amor del corazón de un poeta estaba generalmente expresado por una fraseología tan convencional y petrificada que sonaba a falso. El concepto occidental del amor romántico fué una de las difíciles lecciones que tuvieron que dominar los escritores japoneses. La historia más familiar del Occidente, la del joven y la muchacha que se enamoran y por fin se casan (y viven felices para siempre) estaba virtualmente ausente de la literatura japonesa. El matrimonio tenía pocos armónicos románticos; el objeto usual del ardor de un joven era una prostituta, no una ruborizada doncella. Para que los novelistas japoneses pudieran escribir una historia "moderna" de amor tenían que crear en el Japón que describían esa atmósfera imprescindible al amor romántico.

La literatura japonesa del siglo que precedió a la Restauración Meiji no sólo carecía de la variedad occidental del amor romántico: era notablemente deficiente en temas de carácter político, social y (en general) intelectual. A la censura impuesta por el régimen se debía principalmente esa limitación, pero ni siquiera la vigencia de un gobierno más liberal trajo consigo, de manera automática, un enriquecimiento de la literatura. Fué necesario que el japonés siguiera los modelos occidentales para aprender cómo tales asuntos podían incorporarse a la literatura. Sólo a través de un período de imitación servil pudieron los japoneses librarse del peso muerto del pasado y de tal modo crear una nueva literatura que fuera válida para una nación del siglo XX.

Esta primera influencia tomó muchas formas. La imitación de Turguenief, por ejemplo, condujo a escribir la novela japonesa de mayor éxito de 1880; en esta obra, el autor empleó la técnica de Turguenief para describir la recién nacida burocracia japonesa, tema desconocido hasta entonces en las novelas anteriores. En poesía, una imitación de la *Oda al viento del Oeste,* de Shelley, permitió a un poeta eludir las formas poéticas rígidamente confinadas del pasado e iniciar el movimiento de la moderna poesía japonesa. Malraux hace notar que a Goya, para convertirse en Goya, le fué necesario

imitar a la perfección, primero, la técnica de su maestro Bayeu; la literatura japonesa, que en 1868 había descendido a uno de sus niveles más bajos, sólo pudo reencontrarse a sí misma a través de la imitación y el dominio de los modelos europeos.

En los primeros años de este siglo, muchos escritores habían aprendido ya suficientemente bien la técnica europea para escribir novela y poesía decorosas, pero sus escritos eran casi siempre curiosamente insípidos; parecían no comprender intelectualmente las emociones que describían. Uno de los primeros trabajos que nos llama la atención por su calidad esencialmente moderna es el sorprendente diario íntimo escrito en caracteres romanos (*Romaji*), en 1909, por el poeta Ishikawa Takuboku [1]. En casi todas las páginas encontramos la imagen tridimensional del hombre moderno: "¿Por qué he decidido escribir este diario en Romaji? ¿Por qué? Amo a mi mujer y, precisamente porque la amo, no quiero que lea este diario. ¡No, eso es una mentira! Es cierto que la amo, y es cierto que no quiero que lea este diario, pero los dos hechos no están necesariamente relacionados".

Takuboku creció en un pueblecito del remoto Noreste japonés, pero —como nos indica su diario juvenil— leía intensamente a los clásicos japoneses y la literatura europea. A los diecisiete años, en 1902, tradujo *Juan Gabriel Borkman*, de Ibsen, y nos cuenta que en esa misma época lo conmovió profundamente la música de Wagner. Poco después leía a Kropotkin y se consideraba socialista. Unos treinta años después de haberse introducido la cultura occidental en el Japón, a un hombre como Takuboku le fué posible compartir, desde su aldea, la vida literaria, musical e intelectual de Europa.

Ha escrito la mayor parte de sus poemas en la tradicional forma *waka* que data de mil años atrás. Consiste en cinco versos de 5, 7, 5, 7 y 7 sílabas. Takuboku llenó esta forma vieja con un contenido nuevo, cosa que nunca hubiese podido hacer sin el respaldo de la literatura occidental.

Kagiri naki
Chishiki no yoku ni
Moyuru me o
Ane wa itamiki
Hito kouru ka to

Mi hermana se apiadaba
de mis ojos que ardían
Por la insaciable
Sed del conocimiento:
Me creía enamorado.

1 Doy los nombres siguiendo el orden japonés: primero el apellido y luego el nombre de pila, o el seudónimo literario.

Algunos de los poemas de Takuboku, especialmente aquellos escritos en formas no tradicionales, están más abiertamente vinculados con Europa. Su *Después de interminables discusiones* incluye la siguiente estrofa:

Sabemos lo que buscamos,
Sabemos lo que la gente quiere,
Y sabemos que debemos hacer.
Sabemos más que los jóvenes rusos de hace cincuenta años...
Sin embargo, nadie golpea el puño sobre la mesa
Para proclamar "V NAROD" [1].

Takuboku tenía un conocimiento limitado del socialismo y del anarquismo, y sus mejores obras no son de naturaleza política, pero se necesita valor y fe para escribir en esta vena. Takuboku amaba la literatura de su país tanto como las montañas de su rincón natal, pero intelectualmente era un hijo de Europa.

Una de las causas que hicieron surgir figuras como las de Takuboku y, en verdad, una de las causas del extraordinario florecimiento de la literatura durante el período 1905-1915, fué la victoria del Japón en la guerra ruso japonesa. Esta victoria sobre una destacada potencia europea dió a los japoneses nueva confianza en sí mismos, cuyo reflejo literario fué un audaz intento de fundir las tradiciones japonesas con las occidentales. Nagai Kafu, por ejemplo (nacido en 1879), unió a su fervor por la literatura francesa un igual apasionamiento por el Tokio de mediados del siglo XIX; muchos de los poemas de Kitahara Hakushu (1885-1943) están salpicados de palabras extranjeras, empleadas por su mera sonoridad exótica; pero también escribió cantos para niños de perfecta, natural simplicidad; y Tanizaki Junichiro (nacido en 1886), que comenzó su carrera con relatos de un diabólico sabor baudeleriano y más tarde tradujo a Oscar Wilde, se convirtió por último en el más conservador de los escritores japoneses modernos, en el cantor elegíaco de la cultura tradicional agonizante.

Podríamos dilatar casi indefinidamente la nómina de los escritores de importancia aparecidos en la década que siguió a la guerra ruso japonesa. Incluiría a Mori Ogai y Natsume Soseki, dos novelistas aún reverenciados por los estudiantes de literatura y el público japonés, pero cuyas obras, por desgracia, no conquistarán muchos lectores extranjeros. Incluiría también a Shiga Naoya (nacido en 1883) a quien los críticos llamaron, en una época, el "dios" de la novela japonesa. Las obras literarias más características

[1] Expresión rusa que significa: "Hacia el pueblo".

de Shiga son de tipo autobiográfico. Algunas sólo parecen fragmentos de un diario íntimo. La novela japonesa que en 1868 carecía virtualmente de personalidad individual, se llenó, de pronto, de minuciosas descripciones de las actividades diarias del autor, como si su individualidad volviera significativas todas sus acciones. Por su noble estilo, por su tono y por los hechos narrados, estas obras de Shiga Naoya son inconfundiblemente japonesas, pero no podrían haber sido escritas sin el bautismo occidental que recibió la literatura japonesa.

Las influencias occidentales sobre la literatura japonesa han sido numerosas y variables. Poco tiempo fué necesario para que un movimiento literario de origen europeo encontrara su eco en el Japón, como si el Japón fuera una isla desprendida del continente europeo y no de Asia. En realidad, salvo pocas excepciones, los escritores japoneses no se han interesado en la literatura y la gente de Asia. Hasta hace muy poco tiempo, a lo menos, China era tan remota para los japoneses como para los escritores europeos. Por cada japonés que podía hablar chino moderno, había mil que hablaban inglés. Un destacado escritor japonés confesó que sólo al leer la tradición inglesa de Waley de *El cuento de Genji* pudo advertir la magnificencia de esta novela. Los escritores japoneses llegaron hasta ver sus propias tradiciones con ojos europeos y los conmovió menos una frase exquisitamente compuesta sobre la efímera gloria de los capullos de cerezo que un enunciado cualquiera escrito en un estilo menos puro, pero de contenido más universal.

El brillante Akutagawa Ryunosuke (conocido en el mundo, sobre todo, por los cuentos en que se basó la película *Rashomon)* infundió a los antiguos relatos japoneses, que reescribió con su estilo centellante, un espíritu moderno, esencialmente europeo. Es como si intentara ver en esas viejas historias las posibilidades dramáticas oscurecidas por siglos de interpretación tradicional. Este método es evidente en el cuento *Kesa y Morito.* En el relato original, el guerrero Morito, enloquecido de amor por la hermosa Kesa, la obliga a que lo reciba esa noche. Pero Kesa, fiel a su marido, y adivinando que Morito piensa matarlo, duerme en lugar de aquél. Morito, como es de esperar, mata a Kesa en vez de al marido, y luego, desesperado por su crimen, entra de monje. Akutagawa hace de este relato una interpretación casi opuesta: Morito, lejos de estar enloquecido de amor por Kesa, se siente rechazado por el deterioro físico de Kesa —ya no es la mujer espléndidamente bella que conoció cinco años antes— y su decisión de matar al marido proviene de un impulso subconsciente. Kesa, por otra parte, quiere que Morito la mate, no para salvar la vida de su marido, sino porque advierte que Morito ha dejado de amarla. En esta forma el relato japonés se convierte en vehículo de la sensibilidad más bien morbosa de Akutagawa,

interpretación que no sería concebible si la psicología de uno y otro personaje no estuviera contemplada desde un punto de vista occidental.

Las religiones japonesas tradicionales —en particular, el budismo— dieron a escritores como Akutagawa una inspiración más literaria que religiosa. Hoy, la mayoría de los escritores japoneses no se preocupan por la religión. El cristianismo, después de un comienzo promisorio a principios de siglo, ha desaparecido casi por completo de la vida intelectual. Y el budismo, también para la mayoría de los escritores, es una seductora colección de leyendas. Yokomitsu Riichi (1898-1947) fué sin embargo un escritor cuyo punto de vista moderno y europeo estaba fuertemente matizado por visos budistas, especialmente cuando describía el infierno en la tierra que el hombre crea para sí. En su cuento *Tiempo*, relata el descenso espiritual de una compañía de actores de un círculo del infierno a otro, hasta que alcanzan un abismo donde, como demonios famélicos, se infligen mutuamente un dolor sin sentido. En *La máquina*, otro de sus relatos, los personajes están a un nivel todavía más bajo, en el reino de la maquinaria inhumana.

Los exponentes de la literatura proletaria, extremadamente vocinglera en el Japón desde 1920 hasta los primeros años del 30, expresaron de diversa manera su preocupación por el destino de la humanidad sufriente. En vez del pesimismo budista de Yokomitsu, los escritores de la escuela "proletaria" aseguraban con convicción marxista que una revolución social traería la felicidad a todos los hombres. Muchos escritores de porvenir consagraron sus energías a este movimiento, pero con poco éxito, pues su énfasis era básicamente no literario, o incluso antiliterario. En las novelas "proletarias" no cabían los problemas o las emociones individuales, sino el choque entre los obreros explotados y los monstruos capitalistas. A veces, muy pocas veces, el talento literario de los escritores conseguía sobrellevar el peso de la ideología. Es una gran pena que tanto corazón y tanto esfuerzo se hayan desperdiciado en la creación de estas obras sin vida y tan determinadas cronológicamente.

La producción literaria en los años treinta —con excepción de los ya mencionados "izquierdistas"— estaba dominada por escritores más viejos, hombres que habían alcanzado la celebridad en la década que siguió a la guerra ruso japonesa. Tanizaki Junichiro escribía sus mejores novelas, así como *En alabanza de las sombras*, con evocaciones de un Japón ya desaparecido. Entre los escritores más jóvenes, Kawabata Yasunari (nacido en 1899) se destacó por una serie de relatos y novelas que trataban principalmente de psicología femenina. Su novela *País de nieve*, traducida hace poco al inglés, combina la delicadeza con la pasión, siendo, a la vez, intensamente japonesa en sus reacciones emocionales y occidental en la descrip-

ción de tales reacciones. Es uno de los productos más logrados de la unión de dos tradiciones literarias.

El lunar, a pesar de que Kawabata lo escribiera justo antes de estallar la guerra del Pacífico, no muestra la desesperada agitación de aquella época. Sin embargo, a medida que la guerra progresa, el gobierno se manifiesta menos y menos tolerante con la literatura que no contribuye al esfuerzo bélico. Tuvo que interrumpirse la publicación de una novela de Tanizaki (traducida al inglés con el título de *The Makioka Sisters*), no porque fuese abiertamente contraria a la guerra, sino porque describía con ternura los días felices del pasado. La mayoría de los escritores, después de su alegría inicial por las victorias japonesas, se desilusionaron rápidamente y trataron de mantenerse al margen del conflicto. No obstante ello, muchos se vieron obligados a escribir una literatura de relativa propaganda. Cuando sobrevino la derrota, aprovecharon la ocasión de proseguir su carrera con más libertad de la que habían conocido hasta entonces.

En notable contraste con la soñolencia de Alemania y otras naciones europeas, el Japón ha manifestado después de la guerra una gran actividad literaria. Puede que la derrota misma haya revitalizado la literatura japonesa. Los tristes días inmediatos al fin de la guerra han sido registrados por escritores como Dazai Osamu (1909-1948) y por una novelista, Hayashi Fumiko (1904-1951). La novela de Dazai, *El sol poniente,* pintó con tanta brillantez la desintegración de la aristocracia japonesa cuando terminó la guerra, que la frase "gente del sol poniente" se adoptó en el lenguaje común para referirse a esa clase social. Su relato *La mujer de Villon,* como la mayoría de sus escritos, contiene elementos autobiográficos, pero sin las limitaciones de las anteriores novelas japonesas escritas en primera persona. Cuando leemos las novelas de Dazai no necesitamos hacer concesiones al origen japonés de su autor: pertenecen al mundo actual, y su estilo y técnica son comparables a los de cualquier novela del mundo.

Otros aspectos del Japón de posguerra aparecen descritos en los estudios que Hayashi Fumiko hace de las clases más modestas; en ellos reviven las miserables chozas que brotaron como hongos de las cenizas de Tokio destruída. Pero los escritores japoneses no podían permanecer eternamente sumergidos en la triste consideración de los lugares bombardeados, y de nuevo trataron de buscar una lozana inspiración en las literaturas del pasado, tanto propia como de otros países. Uno de los más dotados y versátiles, Mishima Yukio (nacido en 1925), se inspiró en la leyenda griega de Dafnis y Cloe para escribir su novela *El rumor de las olas,* pero también se volvió hacia el teatro No del siglo XV para buscar la forma y los temas de algunas de sus obras, así como lo ha hecho Anouilh con el drama helénico. Las obras del

teatro No de Mishima pueden ser interpretadas como obras totalmente modernas, sin hacer referencia a sus orígenes, o bien con los ritmos y efectos musicales del drama tradicional, de acuerdo con las preferencias del director. Estas obras —que se hallan dentro de la tradición japonesa y que son, a la vez, perfectamente inteligibles para el público moderno— parecen señalar el camino que habrá de seguir en el futuro la literatura japonesa.

(*Traducción de José Bianco*)

DONALD KEENE

EL DIARIO ROMAJI

Este Diario fué llevado por Takuboku de abril a junio de 1909. Escribirlo, como lo hizo, en caracteres romanos (romaji), *en vez de la mezcla común de kana e ideograma, era tan poco corriente en su época como lo sería en la nuestra un diario en esperanto. El hecho de que pudiera estar tan seguro de que nadie lo leería, le permitió anotar sus sentimientos con toda libertad. Se trata de un asombroso documento, especialmente si tenemos en cuenta que fué escrito apenas treinta años después de la Restauración Meiji. Nos revela un hombre de una profundidad, complejidad, sensibilidad y modernidad de pensamiento, como no podía haber sido predicho a través de la literatura anterior. Este Diario permaneció casi totalmente ignorado hasta su publicación integral en 1954.*

Las palabras en bastardilla están en inglés en el original.

D. K.

Sábado 10 de abril de 1909.

ANOCHE leí hasta las tres y media y hoy me levanté después de las diez. El viento sur sopla en el cielo despejado.

El hecho de que los cuentos más recientes hayan pasado a ser nada más que una nueva versión de bosquejos tomados de la vida misma, no el hecho de que ya no nos atraiga su lectura —en otras palabras, el hecho de que estemos descontentos de ellos—, demuestra que la autoridad de la filosofía naturalista, como una forma de contemplación de la vida, se va extinguiendo gradualmente.

¡Cómo cambian los tiempos! No puede negarse que el naturalismo fué en su momento la filosofía que adoptamos con más entusiasmo. Pero, antes de conocerla, habíamos ya descubierto sus contradicciones lógicas. Luego, una vez que superamos tales contradicciones y fuimos progresando, la espada que empuñábamos dejó de ser la espada del naturalismo. Yo, por ejemplo, ya no puedo conformarme con una actitud de desapego. La actitud del escritor hacia la humanidad no puede ser una actitud de desapego. Todo escritor debe ser un crítico o un planificador para la humanidad.

El naturalismo positivo al que he llegado no es sino un nuevo idealismo. Durante mucho tiempo hemos despreciado la palabra "ideal". En realidad, los ideales que sustentábamos no eran, según lo descubrimos más tarde, sino lastimosas ilusiones; sólo una *ilusión de vida.* Pero estamos vivos y debemos vivir. La idea de destruirlo todo para recomenzar a construir con nuestras propias manos, no es ya sino una lastimosa ilusión. Aun cuando el mismo ideal no fuere sino una *ilusión de vida,* no podríamos vivir sin él. Si esta profunda necesidad interior debiera desecharse, lo único que me quedaría por hacer sería morir.

. . . . . .

Todo lo que escribí esta mañana es falso. Al menos, en cuanto a mí concierne, no es un principio cardinal. No creo que ninguna obra humana, sea cual fuere, tenga importancia. Solía pensar que la literatura era más admirable y valiosa que todo lo demás, pero eso fué antes de que supiera lo que significa realmente la palabra "admirable". ¿Es posible que algo hecho por un ser humano pueda ser admirable? El ser humano en sí no es ni admirable ni valioso.

Lo que deseo es la paz espiritual. Esta tarde lo comprendí por primera vez. Sí, es eso indudablemente lo que quiero.

Me pregunto cómo debe ser la verdadera seguridad, el sentimiento de no preocuparse por nada. Ha transcurrido tanto tiempo desde la época en que lo he experimentado, no desde que tuve conciencia de lo que está sucediendo en el mundo, que lo he olvidado.

Unos de los últimos momentos de tranquilidad en mi vida fueron los que pasé viajando en tranvía al ir y volver del trabajo. Cuando estoy en casa sin hacer nada, siento que debería hacer algo. Pero ¿qué? Ése es el problema. ¿Leer? ¿Escribir? La verdad es que parece no haber nada que leer ni que escribir. No, la lectura y la escritura son sólo parte de ese "algo". ¿Hay alguna otra cosa que pueda hacer, además de leer y escribir? No lo sé. Pero en todo caso, siento que algo debo hacer. Aun cuando estoy

pensando en las cosas más alegres y tranquilas, sigo sintiéndome perseguido por ese "algo". El resultado es que no puedo dedicarme a nada.

En la oficina desearía que el tiempo transcurriera más rápidamente. No se trata de que algo me disguste especialmente en el trabajo o que el ambiente sea desagradable; y cuando regreso temprano a mi casa, me persigue la sensación de que debo hacer "algo". No sé qué exactamente, pero eso me obsesiona.

Experimento profundamente el cambio de las estaciones. Cuando contemplo los cerezos en flor, este simple hecho me hiere tan agudamente como una flecha. Es como si ante mis ojos viera abrirse los capullos y asistiera al mismo tiempo a su muerte futura. Cuanto veo y oigo me hace sentir como si estuviera debatiéndome contra una fuerte corriente. No tengo ni un momento de calma; no estoy en paz. ¿Me están empujando desde atrás? ¿O desde adelante? Sea lo que fuere, no puedo calmarme. Siento que debería lanzarme hacia algún sitio.

En verdad ¿qué estoy tratando de lograr? ¿Fama? No, no es mi paz espiritual. Sí, eso es.

¿Esto significa que estoy cansado?

Esa especie de revolución que se desencadenó en mí a fines del año pasado, prosperó con una fuerza tremenda. Aunque no tenía presente en aquellos cien días ningún enemigo especial, siempre estaba armado. Todos, sin distinción, me parecían enemigos. Llegué a pensar que lo que ansiaba era matar a cuantos conocía, empezando por mis amigos más íntimos. Odiaba a quienquiera fuese mi íntimo amigo, sólo por su amistad. "Todo de nuevo" era la "nueva esperanza" que me guiaba día tras día. Mi "nuevo" mundo era el mundo de los fuertes.

El naturalismo que sustentaba como filosofía abandonó por aquel entonces en mí su baluarte de negatividad y se instaló en los vastos campos del positivismo. Los fuertes tenían que despojarse de sus ataduras y de la antigua armadura de la convención y luchar con denuedo. Tenían que avanzar rápidamente hacia dondequiera los condujeran sus aspiraciones, sus corazones fuertes como el acero, sin lamentos ni risas, dejándolo todo atrás. Tenían que desdeñar como el polvo todo lo que la humanidad considera sus virtudes y esforzándose llevar a cabo proezas que estuvieran por encima del poder humano. Y ¿con qué objeto? Ni ellos mismos lo sabrían; el hecho mismo de que éste fuera su designio, lo convertiría en el designio de la humanidad entera.

Los cien días que permanecí armado fueron simplemente un período de mi vida en que adopté la postura del guerrero. ¿A quién derroté? ¿En qué medida me hice poderoso?

La verdad es que estoy cansado; cansado sin haber luchado.

Podemos recorrer el mundo por dos senderos y sólo por dos. *¡Todo o Nada!* El primero consiste en luchar contra todo. Triunfar o morir. El otro en no luchar contra nada. Ni victorias ni derrotas. Se siente cierta confianza en uno mismo al no haber sido derrotado jamás. Hay cierta vitalidad en el hecho de haber ganado siempre. Y nada hay que temer de ninguno de los dos caminos... Pero pese a que estoy convencido de esto, la verdad es que ni me alegra ni me fortalece en lo más mínimo.

Mi carácter es un carácter desdichado.

Soy un enclenque; un enclenque con una espada maravillosa, inferior a cualquiera.

No podría soportarlo a menos de luchar y sin embargo no soy capaz de vencer. Esto significa que la única salida es la muerte. Pero la sola idea de la muerte me disgusta. ¿Cómo debo vivir entonces?

Quisiera vivir como un campesino, ignorante de todo. Soy demasiado inteligente.

Envidio a la gente que enloquece. Soy demasiado saludable, mentalmente y físicamente.

Quisiera poder olvidar esto, aquello, todo. Pero ¿cómo?

Últimamente me he sentido tentado de cuando en cuando por el deseo de refugiarme en un lugar inhabitado; un lugar donde no hubiera nadie o por lo menos donde no se escucharan voces, donde no se oyera nada que tuviera la más remota relación conmigo, donde no existiera el temor de que llegue alguien y me observe. Oh, me gustaría ir allí completamente solo, por una semana, por diez días; ¿qué digo?, hasta por un día, aunque más no sea por medio día.

Me gustaría distender mi cuerpo a mi antojo en algún lugar, donde sea cual fuere mi aspecto y la expresión de mi rostro, no tuviera el temor de ser observado.

A veces, tratando de ahogar este pensamiento, concurro a lugares, como el cine, donde se agolpa la multitud. Y también a veces, por otra parte, voy a determinados sitios donde puedo ver gente, mujeres jóvenes. Pero allí tampoco encuentro satisfacción. Mientras estoy pendiente de la pantalla, especialmente si la película es estúpida, infantil, consigo recuperar mi corazón de niño y me olvido de todo; pero tan pronto concluye la película y se encienden las luces y vuelvo a ver la gente, la necesidad de buscar lugares más alegres y divertidos se apodera nuevamente de mí. A veces siento el perfume de una cabellera o el roce de una mano cálida en mi mano; pero en esos momentos, mi mente está ocupada en calcular el contenido de mi billetera, o más bien planeando la forma de pedir dinero prestado. Cuando

tengo en mis manos una mano cálida o aspiro el fuerte aroma de una cabellera, no sólo tengo la sensación de retener una mano, sino la de estrechar entre mis brazos un cuerpo suave, blanco y cálido. ¡Y qué solo me siento cuando regreso a mi hogar sin haberlo hecho! No es meramente la soledad que nace de no haber obtenido una satisfacción sexual; es la desesperación terrible y profunda de no haber sido capaz de conseguir todo lo que deseo.

De haber tenido un poco de dinero, me hubiera dirigido sin vacilación, urgido por la voz de la concupiscencia, hacia una de esas sucias y estrechas callejuelas.

Desde el último otoño he ido unas trece o catorce veces y he alquilado más de diez prostitutas. Mitsu, Masa, Kiyo, Mine, Tsuyu, Hana, Aki... He olvidado algunos nombres. Lo que anhelaba era un cuerpo cálido, suave y blanco; un placer donde se fundirían mi espíritu y mi cuerpo. Pero todas esas mujeres, tanto las más viejas como las que apenas tenían quince años y eran niñas, se habían entregado ya a miles de hombres.

No hay luz en sus rostros y su piel es fría y áspera. Están tan acostumbradas a los hombres que nada las excita. Todo se reduce a alquilar por unas horas la intimidad de sus cuerpos y a recibir en cambio de ello una ración. Sin tomarse siquiera la molestia de despojarse de sus fajas, dicen "vamos" y se tienden tal como están, sin la más mínima vergüenza.

No les importa si hay o no otra persona oyéndolas del otro lado de la mampara y todo ello se debe a que este execrable proceso se ha venido repitiendo con miles de hombres. No ambicionan curarse mediante un placer en que espíritu y cuerpo se confunden.

El angustioso deseo de salir en busca de excitaciones más violentas, no me abandonó ni siquiera en el momento de gozar de la excitación. He estado allí tres o cuatro veces por noche.

Ya no me es posible ir solo a ninguna parte y sin embargo no obtengo satisfacción alguna de la gente. No puedo soportar la agonía de la vida humana y no puedo remediarlo. Todo es opresión y existe una grave responsabilidad. ¿Qué debo hacer? Hamlet dijo: *Ser o no ser.* Pero en el mundo actual el problema de la muerte se ha vuelto más complicado que en la época de Hamlet. ¡Oh, Ilya! [1] El plan de Ilya era el más formidable que un ser humano pueda concebir. Trató de escapar de la vida; no, escapó realmente, y luego con todas sus fuerzas se lanzó fuera de la vida, de esta vida nuestra, hacia un sendero de oscuridad sin límites. Estrelló su cerebro contra un muro de piedra.

1 Personaje del cuento de Gorki "Ellos tres".

Ilya era soltero. Siempre pienso ¡qué afortunado fué Ilya de permanecer soltero! En esto diferimos el desdichado Ilya y yo.

Ahora estoy gastado y trato de hallar la paz espiritual. ¿En qué consiste esa "paz espiritual"? ¿Dónde está? No puedo tener la mente en blanco como antes de conocer el dolor; ni aun dejando transcurrir cien años. ¿Dónde está la paz espiritual?

Quisiera enfermar. Desde hace tiempo este deseo da vueltas en mi cabeza. Enfermo. Esto que para otros suena tan detestable, es para mí tan dulce como el nombre de la montaña en que nací. Una vida libre, liberada de toda clase de responsabilidades.

La enfermedad es el único medio de que disponemos para alcanzar la paz del espíritu.

Pienso: querría que todos murieran. Pero nadie muere. Pienso: querría que todos fueran mis enemigos. Pero nadie me demuestra un especial encono y todos mis amigos se apiadan de mí.

¿Por qué soy amado? ¿Por qué no puedo odiar de corazón a ningún mortal? Ser amado es una ofensa insufrible.

Pero estoy cansado. Soy un enclenque.

* * *

Sólo un año, un mes, una semana,
Tres días bastarían
Si existes ¡oh Dios!
Sólo tengo un deseo,
Que hagas polvo mi cuerpo en algún sitio.

No me importa el dolor; haz que me enferme;
¡Oh, haz que me enferme!

Quiero dormir,
Con mi cuerpo envuelto dulcemente
En albos, mullidos almohadones,
Sintiendo que me hundo
En un valle de paz. No bastará
La raída estera de un asilo de ancianos
Y no pensar en nada (de manera que aun muriendo
No me importe) para dormir un largo tiempo;
Dormir tan hondamente que no sepa
Si alguien viene y me roba las manos y los pies.

¿Qué os parece como idea? ¡Ah,
Sólo pensarlo me pone soñoliento!

Si pudiera desgarrar y desechar
Este ropaje en que me envuelvo,
Este pesado ropaje del deber (¡ah, me adormezco!),
Mi cuerpo haríase como el hidrógeno de leve
Y volaría quizás alto, muy alto en el enorme cielo
Y dirían todos desde abajo: ¿Será una golondrina?

¡Muerte! ¡Oh, muerte!,
Mi único deseo.

Ah ¿me matarás realmente? Aguarda aún un instante
¡Oh Dios piadoso! ¡Sólo un pequeño instante!

Sólo un instante, para comprar un trozo de pan;
¡Una moneda bastará si tienes suficiente
Misericordia oh Dios para matarme!

* * *

Un tibio viento cargado de lluvia sopla esta tarde. Se oye a lo lejos el croar de las ranas. La lluvia se descargó a las tres de la mañana.

(*Traducción de Carlos Viola Soto.*)

ISHIKAWA TAKUBOKU

EN ALABANZA DE LAS SOMBRAS

UNA ELEGÍA EN PROSA

JANIZAKI Junichiro es considerado por algunos japoneses como uno de los más grandes escritores del Japón y es condenado por otros como un reaccionario sentimental. De todos modos su fama es grande y es de esperar que algún día llegue a ser más conocido en el extranjero de lo que lo es en la actualidad.

En su juventud, Occidente le fascinaba. Sin embargo, ya adulto, se sintió fuertemente atraído por el pasado japonés y más de una de sus novelas pueden interpretarse como un lamento por la tradición que va des-

apareciendo al influjo de Occidente. "En Alabanza de las Sombras" *(In-ei-Raisan)* es un extenso ensayo publicado en 1934, en el cual Tanizaki hace un resumen de lo que a su entender ha perdido el Japón al modernizarse. En definitiva sostiene que las artes japonesas tradicionales florecieron a la sombra y que la luz deslumbrante del siglo XX las está destruyendo. Quienquiera haya retrocedido ante el violento color cereza y magenta del Kabuki moderno, podrá comprender lo que Tanizaki quiere significar cuando al final de su ensayo sugiere que tratemos de apagar las luces.

La obra se inicia con un examen de las dificultades que le aguardan a quien se decida a construir una casa rigurosamente japonesa. Por supuesto, dice Tanizaki, le encantan las comodidades modernas, pero descubre que la estufa a gas de estilo rococó y el complicado ventilador moderno destruyen la armonía de su proyecto y que el rincón más poético del hogar japonés, el sombrío y musgoso tocador, se halla invadido por azulejos y brillantes artefactos modernos. Pero estas afrentas al buen gusto son muy difíciles de rechazar.

"Hay quienes toleran todo esto —afirma Tanizaki— siempre que la casa esté abrigada y los alimentos ahuyenten el hambre, sin importárseles del espacio. Y aun para el asceta más austero, la realidad es que un día de nieve es un día frío y no puede resistirse al placer de una estufa, si la tiene a su lado, sin importársele cuán cruelmente su falta de elegancia puede quebrar el encanto del día. Es precisamente en estos casos cuando pienso qué distinto podría ser todo si el Oriente hubiera sido capaz de crear una ciencia propia. Supongamos por ejemplo que hubiéramos creado una física y una química propias, ¿no tendrían entonces las técnicas e industrias basadas en ellas una forma distinta y nuestros millares de artificios, nuestra medicina, los frutos de nuestras artes industriales, no se habrían adaptado mejor a nuestro temperamento nacional?...

"Citaré un ejemplo trivial que tengo al alcance de la mano: recientemente escribí un artículo para una revista, comparando el pincel de escribir con la estilográfica y señalé que si este adminículo hubiera sido inventado por los antiguos chinos o japoneses, con toda seguridad hubiera terminado en un extremo en forma de penacho, como nuestro pincel de escribir. La tinta no tendría este color azulado, sino que sería más bien negra, algo así como la tinta china, y se escurriría directamente del mango al pincel. Y al ver que no podíamos escribir con ella sobre el papel occidental, la demanda de un papel similar al japonés, aun existiendo una producción en masa, se hubiera hecho enorme. La tinta y el papel extranjeros no serían tan populares como lo son en la actualidad, el afán de descartar nuestro sistema de escritura para reemplazarlo por el alfabeto romano sería menos vivo y la

gente seguiría sintiendo afecto por el antiguo sistema. Y lo que es aún más importante, nuestro pensamiento y nuestra literatura no imitarían quizás al Occidente en la medida en que lo hacen actualmente y podrían explorar nuevas regiones por sus propios medios. Un pequeño e insignificante elemento del equipo de escritura podría haber tenido una vasta e ilimitada influencia sobre toda nuestra cultura.

"Pero al igual que cualquier otro, sé que estoy soñando y que habiendo llegado tan lejos, no podemos volvernos atrás. Sé que sólo estoy quejándome a mí mismo y pidiendo lo imposible. Sin embargo, si mis quejas son interpretadas en su verdadero sentido, no resultará ocioso considerar qué poco afortunados fuimos y cuántas pérdidas hemos sufrido en comparación con los occidentales. El occidental ha podido progresar paulatinamente, en tanto que nosotros hemos tenido que enfrentarnos con una civilización superior, nos hemos visto obligados a someternos a ella y hemos tenido que abandonar el camino que habíamos seguido por milenios. Creo que los errores e inconvenientes que esto ha provocado, lo han sido en demasía. Si nos hubieran dejado solos, creo que materialmente no hubiéramos progresado más de lo que lo hicimos hace quinientos años. Aun en nuestros días la vida rural de la India y de la China sigue desarrollándose como cuando Buda y Confucio estaban vivos. Pero hubiéramos seguido en cambio el camino que más nos convenía. Hubiéramos adelantado muy lentamente y, no obstante ello, no parece del todo imposible que algún día llegáramos a descubrir nuestro sustituto del troley, de la radio y del avión actuales. Éstos no serían entonces mecanismos de adopción, sino más bien instrumentos de nuestra cultura, mucho más apropiados para nuestra mentalidad...

"El papel de escribir occidental es para nosotros sólo un objeto utilitario; la contextura del papel chino y japonés nos proporciona en cambio un cálido sentimiento de cordialidad, de calma y de reposo. Aun el color del papel podría ser distinto en uno y otro caso. El papel occidental rechaza la luz, en tanto que el nuestro la absorbe, para envolverla suavemente, como la tersa superficie de las primeras nieves. No emite ningún sonido cuando se lo arruga o se lo dobla; es tan dócil y plegable al tacto como la hoja de un árbol.

"Descubrimos en general que cuesta sentirse del todo en su propio hogar entre objetos relucientes. El occidental utiliza vajilla de plata, de acero o de níquel y lustra sus cubiertos hasta obtener un hermoso brillo. Nosotros rechazamos esa costumbre. Aunque en algunas ocasiones nos servimos de la plata para la fabricación de teteras, coladores o tazas de sake, preferimos no lustrarlas. Por el contrario, sólo empezamos a disfrutar de esos objetos cuando el brillo se ha apagado y han comenzado a adquirir una pátina

humosa y oscura. Casi todos los dueños de casa han tenido que reprender a su insensible sirvienta por haber quitado con tanta dedicación esa pátina tan pacientemente adquirida...

"Los chinos adoran el jade. ¿No somos acaso nosotros los orientales los únicos en gozar verdaderamente del encanto de ese extraño terrón de piedra, con su luz tenuemente turbia, semejante al aire cristalino de los siglos, fundiéndose oscuramente, monótonamente, con una profundidad cada vez más honda? Ni nosotros mismos podríamos explicar lo que descubrimos en esta piedra. Carece de la claridad del rubí o la esmeralda o del resplandor del diamante; pero cuando observamos su sombreada superficie, pensamos ¡cuán china es! y nos parece desentrañar en su nebulosidad el sedimento del largo pasado chino y comprendemos en qué medida es lógico que los chinos admiren esa superficie y esa sombra. Con los cristales sucede otro tanto. Últimamente se han importado de Chile grandes cantidades de cristal, pero los cristales chilenos son demasiado claros, demasiado brillantes. Tenemos nuestros propios cristales, de una claridad moderada, que acentúa un matiz de nebulosidad... No nos disgusta todo lo que brilla, pero preferimos una sombra melancólica a una tenue transparencia".

Esa "sombra melancólica" es precisamente lo que el mundo moderno parece empeñado en destruir. Tanizaki afirma que la mitad del terror que los japoneses experimentan en el consultorio del dentista, tiene su origen en la necesidad de enfrentarse con el nuevo instrumental importado por los jóvenes odontólogos desde los Estados Unidos. El brillo sólo logra perturbar a los japoneses, que necesitan de las sombras, y los objetos que han creado lucen mejor en la penumbra. Tomemos por ejemplo los objetos de laca. A la luz parecen chillones; pero al resplandor de una vela de un antiguo restaurant de Tokio, Tanizaki descubrió por primera vez su extraordinaria belleza: "Nuestras lacas... deberían dejarse en la penumbra, iluminándolas parcialmente con una luz muy tenue. Su floridez retrocede en la oscuridad y se experimenta un inefable sentimiento de profundidad y de misterio ante las tonalidades levemente insinuadas. El resplandor de la laca expuesta a la luz nocturna refleja la ondulante luminosidad de los candelabros, delatando las corrientes de aire que de cuando en cuando penetran en la habitación silenciosa... y si se quita la laca, se esfuma casi todo el hechizo de este mundo de encantamiento creado por la extraña luz de la vela y de la antorcha, esa ondulante luz que late en el pulso de la noche. Verdaderamente, la luz tenue, vacilante, impalpable, recoleta, como si la habitación fuera recorrida por pequeños ríos, como si aquí y allí se hubieran formado de pronto pequeños estanques, es la luz de la misma laca en la superficie de la noche".

2

Tanizaki sostiene que el techo profundo y pesado de la casa japonesa, arrojó su sombra sobre la cultura japonesa tradicional. En la arquitectura de Occidente, especialmente en el gótico, las paredes y los contrafuertes son construídos a gran altura para servir de sostén a los más elevados pináculos. En el Japón, por el contrario, el techo se apoya sobre pilares y luego se construye debajo de ellos el resto de la casa. Mientras que un estilo se eleva para dar paso a la luz, el otro se cobija debajo de un párpado para mantenerla alejada. "Primero abrimos una sombrilla, para arrojar una sombra sobre la tierra, y en la sombra construímos una casa. Por supuesto, las casas occidentales también tienen techo, pero su función no es solamente la de mantener alejado al sol, sino también la de proteger del viento y el relente... Si el techo de una casa japonesa es una sombrilla, el techo de una casa occidental es una gorra provista de una visera lo más pequeña posible... Existen indudablemente toda clase de razones —el clima, los materiales de construcción— para los profundos aleros japoneses. Por ejemplo, el hecho de que no empleemos ni el vidrio, ni el cemento ni los ladrillos, hacen necesario un techo bajo para resguardarnos del viento y de la lluvia. Naturalmente que una habitación clara sería más conveniente para nosotros, pero la verdad es que esa cualidad que llamamos belleza debe nacer siempre de la realidad y nuestros antepasados, obligados a vivir en habitaciones oscuras, llegaron a descubrir la belleza en las sombras y terminaron por guiarlas finalmente hacia un destino de belleza. Es así como la belleza de la habitación japonesa depende de un juego de sombras, sombras oscuras oponiéndose a sombras más claras, y de ninguna otra cosa... La luz del jardín se cuela umbrosamente en el interior, a través de las puertas recubiertas de papel, y es precisamente esta luz indirecta la que crea para nosotros el encanto de la habitación. Construímos nuestras paredes en colores neutros para que los rayos tristes, lánguidos y frágiles puedan sumirse en un reposo absoluto".

Con las ropas sucede lo mismo que con las lacas; el manto de un sacerdote, que parecería chillón a la luz del sol, resulta severo y poético en la penumbra de un templo, y el manto de un actor del teatro No, que estallaría como una llamarada de oro y plata si sólo conociera las delicias del alumbrado (aparentemente no lo conocía cuando Tanizaki escribió estas páginas) posee una distante riqueza bajo el pesado dosel del escenario No, que hace resaltar dramáticamente el oscuro marfil de la tez japonesa. El Kabuki por el contrario se ha vuelto claro y moderno y ha perdido así su

poder de seducción. Se dice que en el Kabuki no quedan ya actores realmente femeninos. Esto no es culpa de los actores, afirma Tanizaki, sino de la luz bajo la cual tienen que representar. "Si los actores del pasado hubieran tenido que presentarse en el luminoso escenario actual, lo hubieran hecho indudablemente con la misma brusquedad masculina de los actores de hoy... Pienso que este insensato y extravagante empleo de las luces, ha terminado por destruir la belleza del Kabuki".

3

La crítica del arte dramático deriva en una crítica de la belleza física y Tanizaki insiste aquí en opinar que los japoneses se han dejado llevar por un mal consejo al dejar entrar tanta luz. El antiguo japonés podría muy bien no haberse enterado de que existía una raza de tez más blanca y podría no haber tratado de hacer la apología de su tez más oscura. Y sin embargo hicieron de la blancura su ideal y se sirvieron de sombras para filtrar la más ligera nebulosidad, aun en el más níveo cutis japonés. Las mujeres se transformaron en pálidos fantasmas, moviéndose en una perpetua medialuz.

"Pensemos en la costumbre de oscurecer la dentadura. ¿No habrá sido éste un intento de hacer que todo volviera a la oscuridad, salvo los dientes; un intento que hasta llevó a beber la oscuridad por la boca? En la actualidad este ideal de la belleza ha desaparecido casi por completo de la vida cotidiana y ha ido a refugiarse en las antiguas casas de té de Kioto, donde todavía quedan rastros. Cuando pienso en mi propia juventud transcurrida en la zona baja de Tokio y veo a mi madre ocupada en sus labores de costura en la tenue luz que entraba del jardín, me parece que puedo imaginar cómo era la antigua mujer japonesa. En aquellos días, alrededor de 1890, el ciudadano de Tokio habitaba aun en una casa oscura y mi madre, mis tías, mis parientas y la mayoría de las mujeres de su edad, aún se oscurecían los dientes. No puedo recordar bien qué aspecto tenían, pero cuando salían, a menudo lo hacían vistiendo un kimono gris de corte pequeño y modesto. Mi madre era extraordinariamente baja de estatura, diría de menos de cinco pies, y no creo que pudiera considerársela excepcional para su época. Seré aún más explícito; en esa época las mujeres casi no tenían carnes. Recuerdo el rostro y las manos de mi madre; puedo recordar sus pies, pero no puedo recordar nada de su cuerpo... Para una mujer que vivía en la penumbra era suficiente poseer un rostro tenue y pálido; no era necesario poseer todo un cuerpo. Supongo que a aquellos que elogian la belleza corporal que observamos bajo las luces cegadoras de nuestra época,

les será difícil imaginar la belleza fantasmal de esas mujeres antiguas. Y habrá quienes sostengan que la belleza que debe esconder sus imperfecciones en la oscuridad, deja de ser belleza. Pero nosotros, orientales, como lo he dado ya a entender... no sólo vemos la belleza en el objeto mismo, sino en la forma de las sombras y en la luz y la oscuridad que ese objeto produce. Una joya fosforescente irradia su fulgor y su color en la oscuridad y pierde su belleza a la luz del día...

"Nuestros antepasados rechazaron la claridad terrena que venía de los cielos y crearon un mundo de sombras y, en lo más profundo de ellas, colocaron a una mujer, a la que convirtieron en el más cándido de los seres... Ellas se sirven instintivamente de la penumbra para convertir en níveo un cutis amarillo. Me he referido más arriba a la costumbre de oscurecer los dientes, pero el hábito de depilarse las cejas ¿no era acaso un medio de hacer resaltar la blancura del rostro? Sin embargo, lo que más me fascina es ese lápiz labial de color verde tornasolado, tan raramente usado en la actualidad por las geishas de Kioto. Es imposible adivinar su poder a menos de imaginarlas bajo la tenue y vacilante luz de una vela. La mujer de la antigüedad tenía que ocultar la púrpura de sus labios debajo del lápiz labial verdinegro, adornarse el pelo con reflejos de plata, para que desapareciera de su cutis lozano todo vestigio de color. No conozco nada más blanco que el rostro de una muchacha japonesa a la luz ondeante de una linterna, cuando sonríe de cuando en cuando, con sus dientes que brillan como una laca oscura entre sus labios verdosos como el fuego de un diablillo. Es más blanco que el cutis de la mujer blanca más blanca que se pueda imaginar. La blancura de la mujer occidental es clara, tangible, familiar; no esta blancura ultraterrena. Quizás esta última ni siquiera existe. Tal vez sea sólo un malicioso truco, un juego de luces y sombras, la fugacidad de un instante. Pero aun así es suficiente. No podemos pedir más.

"Mientras divago en torno a esta blancura, quisiera hablar también del color de la oscuridad que la rodea. Pienso en una inolvidable visión de la oscuridad que tuve en ocasión de acompañar a un amigo de Tokio hasta la antigua casa de té Sumiya en Kioto. Fué en el salón, creo que en la 'Puerta de Pino', destruída más tarde por un incendio. La penumbra, sólo interrumpida de vez en cuando por algunas velas, era de una riqueza de tonalidades muy distinta de la que puede ofrecer una habitación pequeña. Cerca de la puerta, una camarera ya de edad, con las cejas depiladas y los dientes oscurecidos, yacía arrodillada junto a una vela, detrás de la cual se alzaba una amplia pantalla. En el extremo más distante de la pantalla, al borde de un pequeño círculo de luz, la penumbra parecía caer del cielorraso, leve, intensa, de un color uniforme, y la frágil luz de la vela, impotente

para penetrar su espesor, se alejaba de ella como de un negro muro. No sé si mis lectores conocen el color de esa 'oscuridad vista a la luz de una vela'. Era de una calidad muy diferente de la oscuridad de la noche en los caminos. Era una repleción, una espesura de diminutas partículas semejantes a finas cenizas, y cada partícula como un pequeño arco iris. Parpadeé inconscientemente, como para alejarlas de mis ojos. Ahora están de moda las habitaciones pequeñas y si en ellas se usaran las velas, nadie lograría el color de esa penumbra; pero en el antiguo palacio y en la antigua casa de placer los cielorrasos eran altos, los corredores que los bordeaban vastos, las habitaciones tenían por lo general muchos metros de amplitud y de largo y la oscuridad en ellas debía de haber oprimido como la niebla. El aristócrata elegante de la antigüedad se sumergía en esa suspensión de relucientes partículas oscuras, se embebía en ella. He escrito ya acerca de todo esto en otra parte, pero el hombre de hoy, acostumbrado desde hace tiempo a la luz eléctrica, ha olvidado que alguna vez existió tal oscuridad. Debe de haber sido muy simple para los espectros aparecer en una 'oscuridad visible", donde siempre parecía fluctuar y relucir algo, una oscuridad que en algunas ocasiones encerraba mayores motivos de terror que la oscuridad exterior. Ésta era la oscuridad donde los espectros y los monstruos pululaban y, ciertamente, la mujer que en ella vivía, oculta detrás de espesas cortinas y de una y otra etapa de pantallas y puertas, ¿no compartía acaso su misma condición? La oscuridad la envolvía diez veces, veinte veces; colmaba el cuello, las mangas de su kimono, los pliegues de su falda, dondequiera que un hueco la invitara. Pero ¿no podría haber sido a la inversa? ¿No sería más bien la oscuridad la que emergía de su boca y de sus negros dientes, de la negrura de sus cabellos, como de la tela de una enorme araña terrestre?

"Pero Tokio y Osaka están hoy mejor iluminadas, según se dice, que cualquier ciudad europea. Los japoneses, felices siempre de poder imitar a los Estados Unidos, derrochan la electricidad con la misma alegría que los norteamericanos, y las sombras han sido desplazadas. Hasta la misma luna, desde hace tanto tiempo delicia de los japoneses, se está anegando en el resplandor.

"Este último año me costó mucho decidir dónde iría a contemplar la luna otoñal. Finalmente, después de muchas reflexiones, decidí hacerlo desde el Templo de Ishiyama. En la víspera de la luna llena, leí en los diarios que en los bosques de Ishiyama se instalarían altoparlantes para regalar los oídos de la gente que fuera a contemplar la luna, con grabaciones del *Claro de Luna*. Cancelé mis planes de inmediato. Los altoparlantes ya eran suficiente molestia, pero si se podía suponer que ellos habrían de dar el tono,

no faltarían seguramente reflectores distribuídos por toda la montaña. Recuerdo otra oportunidad perdida, la noche que nos embarcamos en un bote y navegamos hacia el lago del Templo de Suma para contemplar la luna llena. Formamos un grupo, guardamos algunos refrescos en cajas de laca y partimos alegremente. Pero las márgenes del lago estaban brillantemente decoradas con bombillas eléctricas de todos los colores. Ciertamente, tal vez hubiéramos podido localizar la luna, pero a riesgo de perder la vista en la empresa".

Tanizaki se detiene aquí para elogiar el Hotel Imperial de Tokio, diseñado por Frank Lloyd Wright, por su iluminación suave e indirecta y para maldecir el Hotel Miyako, tan generoso con sus luces que se transforma en un horno en las noches de verano. "La luz no se utiliza para leer o escribir o coser, sino para disipar las sombras en los rincones más apartados y esto se opone naturalmente a la concepción básica de la habitación japonesa. Se consigue salvar algo cuando el propietario apaga las luces para ahorrar dinero, pero en las hosterías y restaurants hay demasiada luz en los vestíbulos, en las escaleras, en el umbral, en el jardín y en la verja. Las habitaciones, el agua y las piedras del jardín se vuelven chatos y superficiales. Supongo que esto tiene sus ventajas para mantenerlos abrigados durante el invierno, pero en el verano, por más aislado que se encuentre el sitio hacia donde se huya para refugiarse del calor, siempre nos aguardará una decepción cuando se trata de un hotel o una hostería. Yo mismo he podido descubrir que la mejor manera de mantenerse fresco es quedarse en casa, abrir las puertas y tenderse en la oscuridad debajo de un mosquitero...

"Tengo plena conciencia de los beneficios de la época y estoy muy reconocido a ellos. No importa cuánto nos quejemos, el Japón ha elegido seguir a Occidente y lo único que le queda por hacer es marchar valerosamente hacia adelante y dejarnos atrás a nosotros, los viejos. Pero tenemos que resignarnos ante el hecho de que mientras nuestra piel conserve su color, la pérdida que hemos sufrido será irreparable. He escrito todo esto porque he pensado que quizá aun quede algo en la literatura o en las artes que pueda ser salvado. Trataré de hacer volver, aunque más no sea para la literatura, ese mundo de sombras que estamos perdiendo. En esa mansión que llamamos literatura, elegiré los aleros profundos y las paredes oscuras, empujaré hacia las sombras los objetos que progresan con demasiada rapidez, me desprenderé de ociosos ornamentos. No exijo que se haga otro tanto, pero quizá nos sea permitido gozar de una mansión donde podamos prescindir de las luces eléctricas y observar qué aspecto tiene sin ellas".

(Traducción de Carlos Viola Soto) *TANIZAKI JUNICHIRO*

KESA Y MORITO

Primera Parte

A medianoche, contemplando la luna, fuera del cerco que rodea su casa, Morito, pensativo, va pisando las hojas muertas.

MONÓLOGO DE MORITO

Ahí está la luna. Acostumbraba a esperar con impaciencia su salida, pero esta noche su luz me llena de temor. Mi cuerpo tiembla al imaginar que en el espacio de una noche pueda quedar destruído lo que hasta ahora he sido, para convertirme en criminal desde mañana. ¡Imagino el cuadro, cuando estas manos se tiñan con el rojo de la sangre! ¡Cómo habré de maldecirme cuando llegue ese momento! No sería tan grande mi sufrimiento si se tratara de un enemigo que odio; pero no guardo ningún rencor a quien debo matar esta noche. Lo conozco desde hace tiempo. Aunque sólo supe ahora, por este incidente, su nombre, Wataru Saemon-no-Jo, recuerdo haber conocido antes sus rasgos finos y su cutis blanco, casi impropios de un hombre. Es verdad que en ese momento tuve celos al saber que era el marido de Kesa, pero ya esos celos se han disipado sin dejar rastros en mi corazón. Por eso, aunque Wataru sea mi rival amoroso, no siento por él ni odio ni rencor. Más aún, podría decir que hasta siento compasión por él; cuando mi tía de Koromogawa me enteró de los esfuerzos y sacrificios que había realizado para conquistar a Kesa, llegué a tenerle verdadera simpatía. ¿Acaso no se dijo que por el deseo de casarse con ella se había iniciado en el difícil arte de las poesías "waka"? Cuando imagino esos poemas de amor escritos por este hombre grave y prosaico, debo sonreír a pesar mío. Pero mi sonrisa no es ninguna burla. Me enternece el proceder de Wataru, que hasta de eso fué capaz para obtener los favores de una mujer. Hasta es posible que su apasionamiento por conquistar a esa mujer, que es mi amada, me produzca cierta satisfacción.

Pero ¿es que amo tanto a Kesa, realmente, para decir todo esto? Amaba a Kesa ya antes de que perteneciera a Wataru; o tal vez creía amarla. Aunque ahora, pensándolo bien, veo que tras ese amor se ocultaban motivos inconfesables. ¿Qué buscaba yo en ella? Debo confesar que era la mujer cuyo cuerpo deseaba, siendo yo virgen por entonces. Si se me permitiera la

exageración, diría que el amor que sentía hacia ella era un deseo carnal sentimentalmente embellecido. Porque, si bien no la olvidé durante los tres años siguientes a la separación, ¿habría pensado igualmente en ella en caso de haberla poseído antes? Tampoco puedo decir con certeza que no la haya olvidado. Después de separarnos había en mi añoranza, una gran parte de pesar por no haberla conocido íntimamente. Luego, obsesionado y torturado por ese oscuro sentimiento, inicié la presente relación, esa relación que siempre había temido y que tanto deseara. Y ahora me pregunto: "¿La amo, de verdad?"

Antes de responder es preciso que recuerde, aunque me desagrade, todo lo sucedido hasta este momento.

Cuando me encontré casualmente con Kesa después de tres años —en ocasión de celebrarse la consagración del Puente Watanabe—, durante medio año me valí de toda clase de ardides para encontrarme secretamente con ella. Finalmente tuve éxito, y no sólo logré la entrevista sino que también poseí su cuerpo, tal como lo había soñado.

Deseo aclarar que lo que me obsesionaba en ese momento no era, como dije antes, la frustración de mi primer deseo. Cuando me senté frente a ella en la habitación de la casa de Koromogawa, noté que mi pesar anterior había desaparecido. Seguramente el hecho de que en ese momento yo no fuera ya virgen había contribuído a disminuir mi deseo. Pero la razón más poderosa estaba en que ella, físicamente, no era ya la de antes. Ciertamente, la Kesa de ahora no es la de tres años atrás. Su rostro ha perdido lozanía y una sombra negruzca circunda sus ojos. La excitante y deliciosa carne que había en sus mejillas y debajo de su mentón ha desaparecido como por encanto. Se podría aventurar que lo único que no ha cambiado en ella son sus luminosos ojos negros... Este cambio fué sin duda un rudo golpe para mi deseo; recuerdo que la fuerte impresión me obligó a desviar la mirada cuando me enfrenté con ella.

Y bien: ¿por qué, entonces, tuve relaciones con esa mujer a la que no deseaba mayormente? Primero, sentí un extraño deseo de conquistarla. Cuando estuvimos frente a frente, ella comenzó a exagerar deliberadamente el amor que sentía por su marido. Yo únicamente entendía que lo que me contaba sonaba a falso y vacío. "Esta mujer se muestra orgullosa de su marido —pensé— pero podría ser un síntoma de rebeldía, para no despertar mi compasión". Entonces sentí que, minuto a minuto, un firme deseo de desmentir sus palabras se iba agitando dentro de mí. Naturalmente, si me preguntaran por qué creía que era falso, o si no había vanidad de mi parte en suponer que mentía, no podría encontrar el menor argu-

mento para responder. Lo cierto es que estuve completamente convencido de que mentía; y lo sigo creyendo.

No solamente me dominaba el ansia de conquistar a Kesa. Aparte de ese deseo —con sólo decirlo me lleno de vergüenza— estaba poseído por un deseo puramente carnal. Sin embargo, no era la insatisfacción de antes el motivo. Era más bajo, un deseo sexual que no exigía que fuese ella quien tuviera que saciarlo. Quizá ni el hombre que compra una prostituta sería tan obsceno como lo era yo en aquel momento. Sea como fuere, por todos estos motivos trabé íntima relación con Kesa; mejor dicho, la deshonré. Y volviendo ahora a la pregunta del principio, no considero indispensable saber si la amo. A veces, hasta la odio. Cuando aquello concluyó y por la fuerza atraje a mis brazos a esa mujer que lloraba, la encontré más infame que yo; los cabellos rizados y el empolvado rostro sudoroso, todo en ella revelaba la fealdad, tanto de su alma como de su cuerpo. Si realmente la había amado hasta ese momento, ese amor tuvo que desaparecer para siempre aquel día. Y si no la había amado, puedo decir que ese día nació en mí un nuevo odio por ella. ¡Y hoy tengo que matar a un hombre que no odio a causa de una mujer que no amo! Pero esto no es culpa de nadie. Yo lo dije, impúdicamente: "Matemos a Wataru".

Pienso si estaría loco cuando le susurré estas palabras al oído. Sin embargo lo hice, a pesar de no desearlo, resistiéndome íntimamente. Ahora, recapacitando, no comprendo por qué había de querer trasmitirle semejante deseo; aunque si buscara una explicación forzada diría que cuanto más la aborrecía más grande era mi tentación de deshonrarla. Y no hallé nada más indicado que matar a Wataru, el esposo que Kesa se jactaba de amar, y hacer que aceptara mi proposición aun contra su voluntad. Debió ser así que la convencí, como en una pesadilla. Por si esto no fuera suficiente para justificar mi propósito, diría que una fuerza desconocida —tal vez la del diablo o del demonio— había anulado mi voluntad impulsándome a esta perversión. No obstante, susurré insistentemente al oído de Kesa esas mismas palabras.

Por fin, ella alzó vivamente su rostro y dijo que aceptaba mi determinación. Me decepcionó la facilidad con que me respondió; fué más: al mirarla, sorprendí en sus ojos un brillo misterioso que hasta entonces no le había conocido. "Adúltera", fué la impresión instantánea. Al mismo tiempo, me invadió una desazón que me hizo descubrir, repentinamente, todo el horror que encerraba mi propósito de matar. No creo necesario agregar que junto a ello su sensual y repulsiva presencia de adúltera mortificaba obstinadamente mi conciencia. De ser posible, habría retirado mi promesa en el acto. Deseé vivamente degradar hasta el límite a aquella

mujer. Así mi conciencia podría escudarse en mi indignación, aun cuando la hubiera ofendido deliberadamente. Pero me faltó valor para ello; confieso que cuando clavó en mí su mirada, mudando repentinamente de expresión, lo que me llevó a comprometerme vergonzosamente a matar a Wataru un día fijo, a determinada hora, fué el miedo a la posible venganza de Kesa en el supuesto de que yo me arrepintiera. Ahora mismo siento que me persigue tenazmente ese miedo. Quien quiera burlarse por creerme cobarde, que se burle. Yo he de decirle que no conoció a la Kesa de ese momento.

Si no mato al marido, de algún modo provocará mi muerte, aunque no sea ella quien la ejecute. Siendo así, prefiero matar. Me lo dije con desesperación, ante aquellos ojos que lloraban sin lágrimas. ¿Acaso no pude confirmar mi temor cuando vi que, bajando la vista, sonreía mostrando un hoyuelo en su pálido rostro?

¡Ah! Por esa maldita promesa agregaré, a mi más que impura alma, el peso del crimen. Si consiguiera romper este pacto antes de medianoche... Pero tampoco lo podría soportar. Ante todo, he dado mi palabra. Después... He dicho que temía la venganza de Kesa; es verdad. Pero hay todavía algo más. ¿Qué es? ¿Qué fuerza poderosa es ésta que empuja a un cobarde a matar a un inocente? No lo sé, no lo sé. Sin embargo... No, no puede ser. Desprecio a esa mujer. La temo. La odio. Pero a pesar de todo, a pesar de todo eso, es posible que hoy mate, precisamente porque la amo.

Morito, prosiguiendo su marcha, acalla el monólogo. Claro de luna. Se oye una voz que canta una balada.

Sin luz,
Como las sombras,
Las almas de los hombres.
Ardiendo en llamas de terrenales pasiones
Desaparecen, para siempre,
De esta vida pasajera.

Segunda Parte

A medianoche, fuera del recinto, mordiéndose un extremo de la manga del kimono, está Kesa, pensativa, de espaldas a la lámpara que ilumina la habitación.

MONÓLOGO DE KESA

¿Vendrá? ¿No vendrá? Bien, no creo que haya cambiado de parecer; se va poniendo la luna y no oigo sus pasos. Si no viniera... Ah, tendría que vivir nuevamente, día tras día, como una mujer indigna. ¡Cómo atreverme a un proceder tan deshonesto! Seré como cualquier cadáver abandonado en el camino, puesto que deberé callar, como una muda, aunque mostrase toda mi vergüenza por el ultraje padecido. De llegar a eso, no acabaría de morir después de muerta. No, no, él ha de venir, seguramente. Estoy convencida desde que observé sus ojos cuando nos despedimos la última vez. Él me teme. Me teme aunque me odia y me desprecia. Si realmente me tuviera fe, no dudaría. Pero confío en él. Confío en su egoísmo. Quiero decir, estoy segura del miedo abyecto que le inspira su propio egoísmo. Por eso puedo decir que vendrá esta noche, infaliblemente...

¡Pero ahora que no puedo creer más en mí, qué miserable me siento! Hace tres años yo estaba segura, confiaba sobre todo en mi belleza. Quizá fuera más acertado decir "hasta aquel día", que "hace tres años". Ese día en casa de mi tía, cuando me encontré frente a él en la habitación, me bastó mirarlo para ver en sus ojos reflejada mi miseria. Afectando inocencia, Morito trataba de seducirme con palabras amables e insinuantes. Pero qué consuelo cabe en el alma de una mujer que ha descubierto su propia corrupción. Me sentía mortificada, horrorizada y triste. Prefería la terrible angustia de aquella vez, en que siendo niña aún, vi un eclipse en brazos de mi aya. Todos mis sueños se disiparon. Después, ciñó mi cuerpo una tristeza semejante al amanecer que sigue a la lluvia... Sentí el temblor de esa tristeza, y por fin entregué a aquel hombre este cuerpo, este cuerpo hecho cadáver. A un hombre que no amo, que me odia y que es un mujeriego... ¿No habré podido sobreponerme a la angustia que sentí cuando comprendí mi propia pobreza? ¿Es que habré querido disimular todo el fugaz instante, cálido y delicioso, en que me entregué ocultando mi cara en su pecho? ¿O es que, como él, obré únicamente por instinto, bajo ese oscuro impulso del deseo?

De sólo pensarlo me siento morir de vergüenza, ¡de vergüenza, de vergüenza!

Aunque luchaba por no llorar de ira y de tristeza, las lágrimas me brotaban sin cesar. Pero no por el solo hecho de que me hubiese violado. Eran la angustia y el dolor de ser violada y a la vez humillada, como un perro leproso al que no sólo desprecian sino que maltratan.

Pero ¿qué fué lo que hice "después"? Guardo una vaga memoria, como si todo eso perteneciera a un pasado ya lejano. Recuerdo el instante en que, llorando todavía, sentí en mi oreja el roce de sus bigotes y oí en un susurro su voz cálida diciendo: "¡Matemos a Wataru!"

Al escucharlo, no sé bien por qué, me sentí extrañamente aliviada. ¿Aliviada? Si pudiera usar la metáfora de que la luz de la luna es luminosa, tal vez lo que sentí en ese momento fué, sí, una especie de alivio, aunque ese alivio fuera el claro de luna y no la claridad del sol. Y pensándolo bien, ¿no podría ser que esa terrible frase de Morito hubiese logrado consolarme en cierto modo? ¡Ah! ¿Es posible que yo, la mujer, me complazca en ser amada por un hombre aun al precio de matar a su propio marido?

Seguí llorando con ese sentimiento del claro de luna, triste y aliviada a la vez. ¿Después... después...? ¿Cuándo habré aceptado el plan para ultimar a Wataru en su complicidad? A decir verdad, en el mismo momento de aceptarlo fué cuando recordé a mi marido. Sinceramente, pensé en él por primera vez. Hasta ese momento sólo había pensado en mí, solamente en mí, que había sido ultrajada de ese modo. Pero en aquel instante pensé en mi esposo, en mi tímido esposo... No, no pensé en él, sino que lo "recordé" con tanta nitidez como si lo hubiera tenido delante de mis ojos; con su cara sonriente, como cuando quiere decirme algo. ¿Es posible que haya sido precisamente cuando decidí ejecutar "mi" plan, el momento de recordar el rostro sonriente de mi marido? En ese mismo instante me decidí a morir, y hasta me sentí feliz de haber tomado esa resolución. Pero cuando dejé de llorar y le miré otra vez, y de nuevo vi reflejada en él mi bajeza, sentí que toda mi alegría se esfumaba. Entonces —vuelvo a recordar la angustia de cuando vi el eclipse— fué como si de pronto desapareciera todo lo que de maldito y misterioso encerraba aquella alegría. ¿Significa que amo a mi marido el solo hecho de haberme decidido a morir por él? No, no es posible... Obedezco únicamente al propósito de rehabilitarme, con el pretexto de sacrificarme por mi marido... Yo, que carezco de valor para suicidarme, con un corazón mezquino que teme la malicia de los otros... Pero eso podría serme perdonado. Puesto que hay algo más: fuí más miserable, más ruin. ¿No quería acaso vengarme del desprecio de aquel hombre y de su bajeza con el pretexto de esta abnegación final? Como

corroborándolo, cuando vi el rostro de ese hombre, la extraña sensación —lúcida como la luz de la luna— se desvaneció, y al instante la congoja heló mi corazón. Yo no muero por mi marido. Yo me propongo morir por mí. Estoy dispuesta a ello para vengar la humillación y el rencor que me ha dejado la infamia. ¡Ay!, ni merezco seguir en esta vida, ni soy digna de morir.

Aun en mi angustia, repetidas veces le aseguré, sonriendo, que cumpliría la promesa de matar a mi marido. Y él, que es bastante sensible, habrá imaginado a través de esas palabras de lo que sería capaz si él dejara de hacerlo. Esto significa que habiendo empeñado su palabra, es imposible que esta noche deje de venir... ¿Será el rumor del viento...? Al pensar que la angustia y el sufrimiento que me torturan desde aquel día pueden desaparecer hoy mismo, siento que mis nervios descansan. El sol de mañana bañará fríamente mi cuerpo sin cabeza. Cuando mi marido me descubra... No, no pensaré en él. Wataru me ama. Pero yo no tengo fuerzas para hacer algo por su amor. Hace tiempo que sólo puedo amar a un hombre; justamente, el que vendrá esta noche para matarme.

Hasta la débil llama de esta lámpara resulta luminosa para mí, maltratada como he sido por el hombre que amo...

Kesa apaga la luz. Un momento después, ruido leve al abrirse la puerta del jardín. La luna envía una suave claridad.

(*Traducción de Kazuya Sakai.*)

AGUTAGAWA RYONOSUKE

EL CRIMEN DE HAN

Ante el estupor general, Han, el joven prestidigitador chino, le seccionó la carótida a su mujer con uno de sus pesados cuchillos durante una de sus actuaciones. La joven murió en el acto y Han fué arrestado.

En el escenario del crimen se hallaban presentes el director del teatro, el ayudante chino de Han, el maestro de ceremonias y más de trescientos espectadores. Estaba allí también un policía que había seguido la función ubicado detrás del auditorio. Pese a la presencia de todos estos testigos, el hecho de que la muerte de la mujer fuera intencional o accidental, permanecía para todos en el más absoluto misterio.

El acto de Han era el siguiente: su mujer debía permanecer de pie contra una mampara de madera del tamaño aproximado de una puerta y a una distancia de aproximadamente cuatro yardas; Han debía arrojar sus largos cuchillos de manera tal que éstos se clavaran en la mampara a dos pulgadas de distancia del cuerpo de la mujer, dibujando su contorno. Cuando cada cuchillo abandonaba su mano, Han profería una exclamación, como para dar más dramaticidad al gesto.

El juez que entendía en la causa interrogó en primer lugar al director del teatro.

—En su opinión, ¿era un acto muy difícil de ejecutar?

—No, Su Señoría; no para un prestidigitador tan experimentado. Pero, para ejecutarlo como es debido, se necesitan nervios de acero y una absoluta concentración.

—Comprendo. Luego, presumiendo que lo ocurrido hubiera sido accidental, ¿cree usted que se trata de un accidente extremadamente insólito?

—Sí, por cierto que sí, Su Señoría. Si los accidentes fueran más frecuentes, jamás habría permitido que se ejecutara esa clase de actos en mi teatro.

—Bueno; entonces, ¿considera usted que éste fué intencional?

—No, Su Señoría, no lo creo. Y no lo creo por esta razón: un acto de esta naturaleza, ejecutado a una distancia de doce pies, requiere no sólo habilidad sino al mismo tiempo cierta intuición. Es verdad que todos descartamos la posibilidad de un error, pero después de lo sucedido creo que debemos admitirla.

—Bueno, ¿qué cree usted que ha sido? ¿Un error o un hecho intencional?

—No podría asegurárselo, Su Señoría.

El juez estaba intrigado. Tenía ante sí un evidente caso de homicidio, pero era prácticamente imposible afirmar si se trataba de un homicidio intencional o no. Si se trataba de un crimen, pensaba el juez, había que reconocer que se trataba de un crimen urdido muy ingeniosamente.

Decidió interrogar al ayudante chino, que trabajaba con Han desde hacía años.

—¿Cuál era el comportamiento habitual de Han? —preguntó.

—Ha sido siempre muy correcto, Su Señoría; no jugaba ni bebía ni corría detrás de las mujeres. Además, el año pasado se convirtió al cristianismo. Estudiaba inglés y en sus horas libres se dedicaba a leer una colección de sermones, la Biblia y otras cosas por el estilo.

—¿Y cuál era el comportamiento de su mujer?

—También muy correcto, Su Señoría. Como usted debe saber, la moral de los artistas ambulantes no siempre es intachable. La señora de Han era una hermosa mujercita y muchos hombres solían hacerle proposiciones, pero ella jamás prestó la menor atención a esa clase de cosas.

—¿Y qué clase de temperamentos tenían?

—Siempre muy amables y gentiles, señor. Eran muy buenos con todos sus amigos y relaciones y nunca se peleaban con nadie. Pero . . . —Hizo una pausa y reflexionó un instante antes de continuar—. Su Señoría, temo que si le digo esto, pueda perjudicar a Han. Pero para serle totalmente franco, debo decirle que los dos, que parecían tan amables y generosos en su trato con los demás, eran en cambio asombrosamente crueles entre ellos.

—¿Por qué?

—No lo sé, Su Señoría.

—¿Fué siempre así desde que usted los conoció?

—No, Su Señoría. Hace dos años aproximadamente la señora de Han estaba embarazada. El niño nació prematuramente y murió a los tres días. Esto alteró las relaciones del matrimonio. Comenzaron a tener peleas terribles por las cosas más triviales y el rostro de Han solía volverse blanco como una sábana. Siempre terminaba volviéndose repentinamente silencioso. Jamás levantó su mano contra ella ni nada por el estilo; supongo que porque eso hubiera sido ir contra sus principios. Pero cuando uno lo miraba, Su Señoría, podía ver el odio terrible que brillaba en sus ojos. A veces, resultaba pavoroso.

Un día, viendo que las cosas andaban tan mal entre ellos, le pregunté por qué no se separaban. Me contestó que no tenía motivos para justificar el divorcio, aunque su amor por ella había muerto. Ella también por supuesto sentía todo lo que estaba sucediendo y había dejado también de amarlo. Él mismo me lo contó. Creo que la razón por la cual había comenzado a leer la Biblia y todos esos sermones, era la necesidad de apaciguar la violencia de su corazón y de dejar de odiar a su mujer, a quien en realidad no tenía razones para odiar. El caso de la señora de Han era realmente patético. Vivía con Han desde hacía casi tres años y había viajado con él por todo el país como artista ambulante. Si algún día hubiese decidido abandonar a Han y volver a su hogar, no creo que le hubiese resultado fácil volver a casarse. ¿Cuántos hombres hubieran podido confiar en una mujer que había pasado todo ese tiempo viajando por allí? Supongo que era por eso que permanecía junto a Han, aunque se llevaran tan mal.

—¿Y qué piensa usted realmente acerca de este crimen?

—¿Su Señoría quiere significar si creo que fué un accidente o un crimen premeditado?

—Eso es.

—Bueno, señor; he pensado en ello desde todo punto de vista, desde el día que sucedió. Cuanto más pienso en ello, menos sé a qué atenerme. He hablado con el maestro de ceremonias y dice que él tampoco puede entender lo sucedido.

—Muy bien. Pero dígame una cosa: en el momento en que sucedió ¿se le ocurrió pensar si se trataba de un accidente o de un hecho intencional?

—Sí, señor, así fué. Lo pensé . . . Pensé: él la ha matado.

—¿Intencionalmente quiere usted decir?

—Sí, señor. Sin embargo el maestro de ceremonias me ha dicho que pensó: le falló la mano.

—Sí, pero él no sabía una palabra de sus relaciones cotidianas y usted sí.

—Quizás, Su Señoría; pero más tarde pensé si no se me había ocurrido eso precisamente porque conocía sus relaciones y por eso pensé: la ha matado.

—¿Cuál fué la reacción de Han en ese momento?

—Gritó: ¡Ah!, y tan pronto como lo oí levanté la vista y vi manar sangre de la garganta de su mujer. Durante algunos segundos ella permaneció de pie; luego sus rodillas parecieron doblarse y su cuerpo se balanceó hacia adelante. Cuando el cuchillo se desprendió, ella se desplomó sobre el piso y se contrajo como un puño. Por supuesto ninguno de nosotros podía hacer nada por ella; seguíamos sentados allí, petrificados, clavándole la vista . . . En cuanto a Han, realmente no puedo describir su reacción, pues no le estaba mirando. Sólo cuando se me ocurrió pensar "Finalmente la ha matado", lo miré. Su rostro estaba mortalmente pálido y tenía los ojos cerrados. El director de escena bajó el telón. Cuando recogieron el cuerpo de la señora de Han, ya estaba muerta. Han se desplomó entonces sobre sus rodillas y durante mucho tiempo permaneció orando en silencio.

—¿Parecía muy apenado?

—Sí, señor; estaba muy apenado.

—Muy bien. Si tengo alguna otra pregunta que hacerle, volveré a llamarlo.

El juez despidió al ayudante chino e hizo comparecer a Han ante el estrado. El rostro inteligente del prestidigitador estaba rígido y pálido y se podía ver que pasaba por un estado de postración nerviosa.

—Acabo de interrogar al director de teatro y a su ayudante —dijo el juez cuando Han ocupó su lugar en el banquillo de los acusados— y ahora me propongo interrogarlo.

Han inclinó la cabeza.

—Dígame —dijo el juez— ¿ha amado usted alguna vez a su esposa?

—Desde el día de nuestro casamiento hasta que nació el niño la he amado con todo mi corazón.

—Y ¿por qué cambió las cosas el nacimiento del niño?

—Porque sabía que no era mío.

—¿Sabía usted quién era el otro hombre?

—Tenía una idea aproximada. Creo que era el primo de mi mujer.

—¿Le conocía usted personalmente?

—Era mi íntimo amigo. Fué él quien sugirió que nos casáramos; él quien me impulsó a casarme con ella.

—Supongo que sus relaciones con ella comenzaron antes de su matrimonio.

—Sí, señor. El niño nació ocho meses después de casarnos.

—Según su ayudante fué un parto prematuro.

—Eso es lo que dije a todo el mundo.

—El niño murió en seguida de nacer, ¿verdad? ¿Cuál fué la causa de su muerte?

—Se ahogó mamando del pecho de su madre.

—¿Su mujer hizo eso intencionalmente?

—Ella me dijo que fué un accidente.

El juez callaba mirando fijamente el rostro de Han. Han levantó la cabeza pero siguió con la vista baja, aguardando la próxima pregunta. El juez continuó:

—¿Le confesó su mujer sus relaciones?

—No, y jamás le hice la menor alusión. La muerte del niño parecía haber saldado la deuda y decidí ser lo más magnánimo posible; pero . . .

—Pero al final no pudo seguir mostrándose magnánimo.

—Así es. No podía dejar de pensar que la muerte del niño era un magro castigo. Cuando estaba lejos de ella podía pensar con calma y reflexionar, pero apenas la veía algo sucedía en mi interior. Cuando veía su cuerpo algo en mí se sublevaba.

—¿No se le ocurrió divorciarse?

—Lo pensé a menudo, pero jamás se lo mencioné. Ella solía decir que si yo la dejaba no podría seguir viviendo.

—¿Lo amaba?

—No, no me amaba.

—Entonces, ¿por qué decía esas cosas?

—Creo que se refería más bien a los medios de subsistencia. Su hermano mayor había arruinado su hogar y sabía que ningún hombre serio se casaría

con una mujer que había sido la esposa de un artista ambulante. Además su pies eran demasiado pequeños para que pudiera hacer un trabajo normal.

—¿Cuáles eran sus relaciones físicas con ella?

—Creo que iguales a las de la mayoría de las parejas.

—¿Le gustaba usted a su esposa?

—No creo que realmente le gustara. En realidad creo que le habrá resultado muy penoso tener que vivir conmigo como marido y mujer. Pero aun así, lo soportaba con un grado de paciencia casi incomprensible para un hombre. Solía observarme con una mirada fría y cruel mientras mi vida se iba derrumbando paulatinamente. Jamás me demostró ni un dejo de simpatía cuando me veía luchando agónicamente por una existencia mejor y más real.

—¿Por qué no podía tomar usted ninguna actitud definitiva, soportarla o abandonarla si fuera necesario?

—Porque mi mente estaba llena de toda clase de ideales.

—¿Qué ideales?

—Quería comportarme con mi esposa de manera tal que no fuera dañosa para ella... Pero al final no dió resultado.

—¿Pensó usted alguna vez en matar a su esposa?

Han no contestó y el juez repitió su pregunta. Tras una larga pausa, Han contestó:

—Antes de que se me ocurriera la idea de matarla, a menudo pensé que sería bueno que se muriera.

—Bueno, en ese caso, si no hubiera sido ilegal ¿no cree usted que podría haberla matado?

—No había pensado en la ley, señor. No fué eso lo que me contuvo. Simplemente fué mi propia debilidad. Al mismo tiempo tenía esta necesidad dominante de vivir una vida más justa.

—Sin embargo usted pensó en matar a su mujer ¿no es cierto? Es decir, más adelante.

—Jamás decidí hacerlo. Pero es verdad que una vez lo pensé.

—¿Cuánto tiempo antes del hecho?

—La noche anterior... O quizás esa misma mañana.

—¿Habían estado discutiendo?

—Sí, señor.

—¿Sobre qué?

—Sobre algo tan fútil que no vale la pena mencionarlo.

—Trate de contármelo.

—Se trataba de algo relacionado con la comida. Me pongo un tanto nervioso cuando he pasado algún tiempo sin probar bocado. Bueno, esa

tarde mi mujer había estado haraganeando y la cena no estaba lista. Me enojé muchísimo.

—¿Se mostró usted más violento de lo habitual?

—No, pero después seguí sintiéndome nervioso, lo que era muy extraño. Supongo que se debía a que durante todas esas semanas me había sentido muy preocupado por la idea de mejorar mi existencia, dándome cuenta de que no podía hacer nada por lograrlo. Me acosté pero no pude dormir. Toda clase de pensamientos inquietantes desfilaban por mi mente. Comencé a sentir que por más que tratara, jamás podría conseguir las cosas que realmente deseaba y que por más que me empeñara jamás conseguiría escapar de todos los odiosos aspectos de mi vida actual. Este triste y desesperante estado de cosas parecía estar relacionado con mi casamiento. Anhelaba desesperadamente hallar una grieta de luz para salir de la oscuridad, pero hasta ese deseo se iba extinguiendo gradualmente. La esperanza de escapar todavía centelleaba y chisporroteaba en mi interior y sabía que si alguna vez me abandonaba del todo, terminaría por convertirme en un muerto en todo sentido.

Y luego ese horrible pensamiento empezó a revolotear en mi cerebro. Si al menos se muriera. Si por lo menos se muriera. Si por lo menos se muriera. ¿Por qué no la mataba? Las consecuencias prácticas de ese crimen ya no significaban nada para mí. Sin lugar a dudas iría a parar a la cárcel, pero la vida en la cárcel no podría ser peor, tenía que ser mejor que mi existencia actual. Y sin embargo, de alguna manera tenía el presentimiento de que matándola no resolvería nada. Hubiera sido una forma de evadirse del problema, lo mismo que un suicidio. Y me repetía que tendría que pasar por el sufrimiento de cada día; no había forma de evitarlo. En eso se había convertido mi vida, en sufrimiento.

Mientras mi mente recorría esos senderos, casi olvidé que la causa de mis sufrimientos yacía a mi lado. Enteramente exhausto, yacía sin poder conciliar el sueño. Caí en un confuso estado de estupefacción y mientras mi mente torturada se entumecía, la idea de matarla se iba desvaneciendo lentamente. Luego se apoderó de mí el triste sentimiento de vacío que sucede a una pesadilla. Pensaba en todos mis hermosos planes de una vida mejor y me daba cuenta de que era demasiado débil de corazón para alcanzarla. Finalmente, cuando llegó la aurora, ví que mi mujer tampoco había dormido . . .

—Cuando ustedes se levantaban por las mañanas ¿solían comportarse normalmente?

—No nos dirigíamos la palabra.

—Pero ¿por qué no pensó en abandonarla cuando las cosas llegaron a ese extremo?

—¿Su Señoría quiere decir que ésa habría sido una solución para mi problema? No, eso también hubiera sido evadirse del problema. Como ya le he dicho, estaba decidido a comportarme con mi esposa de manera tal que no fuera perjudicial para ella.

Han miró honestamente al juez, que inclinó la cabeza como haciéndole una seña para que continuara.

—Al día siguiente me sentía físicamente exhausto y tenía por supuesto los nervios destrozados. Era para mí una verdadera agonía permanecer quieto y tan pronto me hube vestido salí de la casa y me puse a vagar sin rumbo fijo por las partes más desiertas de la ciudad. El pensamiento de que tenía que hacer algo para solucionar mi vida, volvía constantemente, pero la idea de matar ya no se me volvió a ocurrir. La verdad es que mediaba un abismo entre mis ideas criminales de la noche anterior y cualquier decisión actual de cometer un crimen. Verdaderamente en ningún momento me detuve a pensar en mi actuación de esa noche. Si lo hubiera hecho, hubiera decidido suspender el acto de arrojar los cuchillos. Había varias docenas de otros números que podían reemplazarlo.

Bueno, llegó la noche y finalmente mi turno de aparecer en el escenario. No tuve ni la menor premonición de que estaba a punto de ocurrir algo fuera de lo común. Demostré como de costumbre ante el auditorio el filo de mis cuchillos cortando tiras de papel y arrojando algunos cuchillos sobre las tablas del escenario. A los pocos minutos apareció mi mujer, pesadamente maquillada y vistiendo un traje chino muy trabajado y después de saludar a la concurrencia con su encantadora sonrisa, ocupó su lugar frente al tablero. Yo recogí uno de los cuchillos y me ubiqué a cierta distancia de ella.

Fué entonces cuando nuestros ojos se encontraron por primera vez desde la noche anterior. De inmediato comprendí el riesgo que entrañaba haber elegido ese número especial para mi actuación de esa noche. Evidentemente tendría que tratar de dominar mis nervios, pero el cansancio que había penetrado hasta la médula de mis huesos me impedía hacerlo. Sentía que ya no podía seguir teniendo confianza en mi propio brazo. Tratando de serenarme cerré los ojos un instante y sentí que todo mi cuerpo temblaba.

Había llegado el momento. Dirigí mi cuchillo por encima de su cabeza y se clavó una pulgada más arriba que de costumbre. Mi mujer levantó los brazos y me preparé para arrojar los dos cuchillos siguientes debajo de sus axilas. Cuando el primero de ellos dejó la punta de mis dedos, sentí como si algo lo estuviera reteniendo; ya no estaba en condiciones de deter-

minar el destino exacto de mis cuchillos. Ahora se trataba verdaderamente de una cuestión de puro azar si el cuchillo caía o no en el punto señalado; cada uno de mis movimientos se habían vuelto deliberados y conscientes.

Arrojé un cuchillo hacia la izquierda del cuello de mi mujer y estaba ya por arrojar el segundo, cuando sorprendí en sus ojos una expresión extraña. Parecía atacada por un paroxismo de terror. ¿Tendría acaso el presentimiento de que en cuestión de pocos segundo el próximo cuchillo iría a alojarse en su garganta? Me sentí mareado, como si estuviera por desmayarme. Lanzando el cuchillo deliberadamente fuera de mi mano, apunté al espacio . . .

El juez estaba silencioso, atisbando intensamente a Han.

—Súbitamente se me cruzó el pensamiento de que la había matado —dijo Han, bruscamente.

—¿Intencionalmente quiere decir?

—Sí. De pronto sentí que lo había hecho intencionalmente.

—Tengo entendido que después de eso usted se arrodilló junto al cuerpo de su mujer y oró en silencio.

—Sí, señor. Esa fué una artimaña bastante hábil que se me ocurrió en el momento. Sabía que todos me conocían como adepto al cristianismo. Pero mientras simulaba orar, en realidad lo que estaba haciendo era calcular qué actitud debía adoptar.

—¿De modo que usted estaba absolutamente convencido de que lo había hecho adrede?

—Sí, lo estaba. Pero comprendí de inmediato que sería capaz de hacer creer que había sido un accidente.

—Y ¿por qué pensó que lo había hecho adrede?

—Había perdido todo sentido de raciocinio.

—¿Creyó realmente que había conseguido dar la impresión de que había sido un accidente?

—Sí, aunque más tarde al pensar en ello sentí hormiguear todo mi cuerpo. Simulé tan bien como me fué posible hallarme postrado por el dolor, pero si junto a mí hubiera habido una sola persona dotada de un poco de inteligencia, habría comprendido inmediatamente que estaba representando. Bueno, esa noche decidí que no existía ninguna razón para que no me absolvieran; me dije a mí mismo que no existía la más mínima prueba material en mi contra. Todos sabían lo mal que me llevaba con mi mujer, pero si yo persistía en decir que había sido un accidente, nadie podría probar lo contrario. Repasando mentalmente lo sucedido, comprendí que la muerte de mi mujer podía ser perfectamente explicada como un accidente.

Y entonces una extraña pregunta comenzó a inquietarme: ¿por qué yo mismo creía que no había sido un accidente? La noche anterior había pensado en matarla, pero ¿no sería acaso eso mismo lo que me hacía ahora pensar en que mi acto había sido deliberado? Paulatinamente llegué a la conclusión de que ni yo mismo sabía realmente lo que había ocurrido. Y eso me hizo muy feliz, insoportablemente feliz. Quería gritar con todas las fuerzas de mis pulmones.

—¿Por qué había pasado a considerarlo como un accidente?

—No, no puedo afirmarlo; salvo que yo no tenía la menor idea sobre si había sido o no intencional. De modo que decidí que la mejor manera de conseguir que me absolvieran era explicarlo todo claramente. Antes que engañarme a mí mismo y engañar a todo el mundo diciendo que había sido un accidente ¿por qué no ser completamente honesto y decir que no sabía lo que había ocurrido? No puedo declarar que fué un error; pero tampoco puedo admitir que fué intencional. En realidad, no puedo declararme ni culpable ni inocente.

Han calló. El juez permaneció en silencio durante un largo rato antes de decir, suave y reflexivamente:

—Creo que lo que usted me ha dicho es la verdad. Sólo una pregunta más: ¿No siente usted el menor pesar por la muerte de su mujer?

—Ninguno, en absoluto. Aun cuando la odié tan amargamente en el pasado, jamás pude imaginarme que llegaría a sentir tanta felicidad al hablar de su muerte.

—Muy bien —dijo el juez—. Puede retirarse.

Han inclinó silenciosamente la cabeza y abandonó la sala. Extrañamente conmovido, el juez tomó su pluma. Al pie del papel que tenía sobre la mesa, escribió: "Inocente".

(*Traducción de Carlos Viola Soto*)

SHIGA NAOYA

TIEMPO

El director de nuestra compañía había salido una tarde, hacía ya una semana, y no había regresado. Tagaki decidió abrir su valija. Estaba vacía. Después de eso ya no supimos qué hacer. Cuando empezamos a comprender que nuestro director se había fugado dejándonos sin un

centavo, nos sentimos demasiado aturdidos para que se nos ocurriera la más mínima idea acerca de cómo pagar la pensión y el alquiler. Finalmente me eligieron delegado del grupo para hacer frente al posadero. Le rogué que nos permitiera seguir allí por el momento y le aseguré que no tardaríamos en recibir algún giro de nuestras familias. Así obtuve la suspensión temporaria de nuestra sentencia. En realidad nos llegaron dos o tres remesas de dinero y cada vez que esto sucedía celebrábamos el acontecimiento con gritos de júbilo. Pero ocurría que el dinero que llegaba era de exclusiva propiedad de quien lo recibía y esto lo impulsaba a largarse con la actriz de la compañía que más le gustara.

Al final quedamos sólo doce, ocho hombres y cuatro mujeres: Tagaki, de robusta constitución y seis pies de altura, quien por supuesto presumía que las mujeres sólo tenían ojos para él; Kinoshita, a quien el juego le gustaba más que comer tres veces al día y que concentraba todos sus pensamientos en la tarea de idear un sistema para poder ver los dados a través del cubilete; el pálido y gentil Sasa, a quien todos llamaban Buda y que cuando estaba ebrio se dedicaba misteriosamente a lamer los cristales de la ventana; Yagi, que era un poco raro y coleccionaba ropa interior femenina; Matsugi, un campeón de lucha que siempre andaba en busca de un salón de billares en todas las ciudades que visitábamos; Kurigi, que no hacía otra cosa que olvidar y desparramar sus pertenencias y cuyo único talento consistía en perder cualquier cosa que le cayera en las manos; Yashima, que de puro avaro odiaba devolver todo lo que le prestaran; y yo; ocho hombres en total, más cuatro mujeres, Namiko, Shinako, Kikue y Yukiko. El caso era que ya no se trataba de que los envíos de dinero tardaran demasiado en llegar, sino que ni siquiera existía la más mínima posibilidad de que llegaran. Sabiendo esto desde un principio, habíamos depositado todas nuestras esperanzas en el dinero que recibirían los demás.

La expresión del posadero se volvió hostil cuando comenzó a dudar de si recibiría o no su dinero por más que esperara. La vigilancia que ejercía sobre nosotros era, para no exagerar, digna de un águila. Por nuestra parte, cada uno de nosotros sentía que era preferible no tener un centavo, antes que alguno lo recibiera y se fugara solo, haciendo aún más pesado el fardo que debían soportar los que quedaban. Nuestras sospechas se fueron haciendo tan violentas que no tardamos en espiarnos en secreto, tratando de adivinar cuál sería el próximo en fugarse. Pero fué sólo al principio cuando pudimos permitirnos el lujo de este espionaje mutuo. Al poco tiempo teníamos en la cabeza problemas mucho más apremiantes que el de pensar quién sería el próximo en desertar, ya que el posadero dejó de servirnos la única comida diaria que nos había concedido. Comenzamos poco a poco

a volvernos pálidos y a sentirnos mal y pasábamos los días bebiendo agua para calmar nuestros estómagos y discutiendo interminablemente acerca de lo que debíamos hacer. Al final llegamos a un acuerdo; huiríamos todos juntos. Si huíamos en grupo, razonábamos, no tendríamos que preocuparnos mucho, aunque enviaran un par de hombres en nuestra persecución. Revoloteaba también en nuestras mentes el espectro del destino que le aguardaría a quienquiera que por desgracia llegara a quedar rezagado. Todas estas consideraciones nos hicieron jurar y perjurar que nuestra fuga sería colectiva. Pero si tratábamos de hacerlo bruscamente o atrayendo de algún modo la atención de los matones empleados por el posadero, no tendríamos la más mínima posibilidad de éxito. De ahí que para poder escaparnos decidiéramos aprovechar nuestra visita a los baños públicos, la única libertad que se nos concedía, y alguna noche lluviosa, cuando la vigilancia ejercida sobre nosotros fuera menos estricta. Tendríamos que seguir el camino que se extendía a lo largo de la costa en vez de otro más corto, ya que si no elegíamos el camino más difícil e incierto, con toda seguridad que no tardarían en atraparnos. Una vez resueltas estas cuestiones preliminares, decidimos aguardar la llegada de una noche lluviosa.

En la habitación contigua a la que utilizábamos para discutir nuestros planes de evasión, Namiko yacía completamente sola. Había sufrido un grave ataque de cierta enfermedad típicamente femenina durante una de sus actuaciones y aun no estaba en condiciones de abandonar el lecho. Cada vez que se suscitaba la cuestión de qué hacer con ella, todos permanecíamos silenciosos. Nadie tenía la más mínima opinión acerca de este tópico. Comprendíamos claramente, si no tácitamente, que nuestra única alternativa era abandonarla a su suerte. En realidad yo también opinaba que no nos quedaba otro remedio que sacrificar a Namiko en bien de los once restantes, pero después de haber terminado nuestra discusión, pasé por casualidad por su cuarto. De pronto, ella extendió los brazos y se apoderó de uno de mis pies. Me rogó entre lágrimas que la llevara con nosotros, insistiendo en que debía huir con nosotros. Finalmente conseguí librar mi pie prometiéndole discutir el asunto con los demás.

Volví a reunir a todos para reanudar nuestra discusión. Ninguno de ellos ignoraba los motivos que me habían llevado a reunirlos y en sus ojos brillaban repetidas advertencias de no proponer nada disparatado. Les pregunté si consentirían en llevar a Namiko con nosotros. Primeramente les expliqué lo ansiosa que estaba por huir en nuestra compañía. Además, estaba la consideración sentimental de que después de todo había compartido durante tanto tiempo con todos el arroz de la misma marmita. Yukiko, que estaba de pie a mi lado, fué la primera en capitular. Declaró que no le

parecía justo abandonarla. En una oportunidad ella le había regalado un par de medias. Shinako recordó a su vez que había recibido un par de puños de encaje y Kikue un peine. Las mujeres por lo tanto no se oponían. Ninguno de los hombres habló con franqueza. Por el contrario, uno tras otro insistieron en que olvidara el asunto. "Vamos —les dije, tratando de persuadirlos— llevémosla con nosotros. Nos traerá suerte". Sólo entonces empezaron a comprender mis razones y finalmente accedieron a llevarla.

Cuando llegó por fin el momento de planear nuestra fuga, nos enfrentamos con la necesidad de seguir un sendero en las montañas, paralelo al mar durante unas quince o veinte millas antes de poder llegar al paso. La idea de cargar con una mujer enferma sobre nuestras espaldas se nos antojaba una empresa prácticamente imposible. Para poder burlar a ese pícaro posadero tendríamos que ir abandonando la pensión uno por uno, llevando nuestras toallas para justificar nuestro pretexto de visitar el baño público en medio de una tormenta. Si perdíamos mucho tiempo en salir, no tendríamos tiempo de comer y nos veríamos obligados a viajar con el estómago vacío. En ese caso no nos quedaba otra alternativa que arriesgarnos y abrirnos camino hacia la estación más próxima, amparados por la oscuridad.

Le rogué a Namiko que tratara de ponerse de pie, para ver si estaba en condiciones de caminar. Hizo un esfuerzo pero terminó desplomándose en el lecho, quejándose de que los ojos parecían girarle en la cabeza. Parecía enteramente sin huesos. En cuanto a mí, que en un rapto de piedad había apremiado a los demás para que lleváramos a Namiko con nosotros, no podía ahora dejar de pensar que dada su condición era mejor para todos que la abandonáramos. "Realmente ¿no preferirías quedarte? —le dije—. No creo que el posadero pueda hacerle daño a una persona en tu estado. Te prometo que te mandaremos algún dinero". Namiko rompió a llorar.

"Preferiría que me mataran antes que quedarme aquí sola". Insistió y nada pude hacer para disuadirla. Después de haber convencido a los otros para que cargaran con Namiko, no podía mostrarme irresponsable hasta el punto de proponerles ahora que la abandonáramos. De modo que también yo comencé a esperar la llegada de un día de lluvia. No volví a mencionar a Namiko. Pero tampoco nos resultaba muy fácil esperar la lluvia. Cuando alguno de nosotros iba al baño público, solía empeñar alguna prenda de vestir y compraba bollos para compartirlos con los demás. No tardamos en comprender que a esta altura de las cosas, podríamos utilizar el dinero para nuestros pasajes de ferrocarril y enfrentarnos luego con el desastre total. Dejamos pues de fumar y nos limitamos a un bollo diario. Pasábamos todo el día tendidos, bebiendo agua para mantenernos lúcidos. No podíamos

hacer otra cosa. Afortunadamente las lluvias de otoño empezaron a caer algunas mañanas después y un día, ya avanzada la tarde, se desencadenó una furiosa tormenta. Decidimos huir esa misma noche y cada uno de nosotros hizo sus preparativos. Aguardamos la oscuridad. Un solo pensamiento me obsesionaba: presumiendo que todos llegáramos al fin sanos y salvos a la estación ¿cómo se formarían las parejas? El hecho de que el grupo se hubiera formado con ocho hombres y cuatro mujeres no se debía únicamente a la falta de dinero. Cada una de las mujeres había tenido, según mis sospechas, relaciones con dos o tres de los hombres, lo que naturalmente hacía muy difícil la separación. Tenía yo la seguridad de que tarde o temprano comenzarían las dificultades. Esa noche sin embargo nadie traicionó sus sentimientos ni al acercarse ni al sobrevenir la hora fijada para la fuga. Los integrantes de la compañía empezaron a salir de uno en uno o en parejas, con las toallas en la mano. Se me pasó por la cabeza la idea de que sin que yo me enterara, ya estaba decidido qué hombre habría de marcharse con qué mujer. Mi parte en los preparativos de fuga consistía simplemente en hacer atados con las mudas de ropa y arrojarlos al otro lado del muro, donde esperaban sus respectivos dueños. Tenía plena conciencia del riesgo que corría en caso de salir último y como llevar a Namiko había sido idea mía, sería yo quien tendría que arreglármelas para organizar la fuga de los dos. De manera que cuando se hiciera la proposición, los otros accederían encantados. Por eso me ingenié para que Tagaki fuera el último en salir. Con la toalla echada encima de mi hombro, cargué a Namiko sobre mis espaldas y me dirigí bajo la lluvia hacia el matorral de bambúes, donde debíamos reunirnos.

Éramos cerca de diez los que nos habíamos reunido en el matorral, protegidos sólo por tres sombrillas de papel engrasado. Esperábamos a los demás. Kinoshita, que había ido a empeñar nuestros atados de ropa, no aparecía por ninguna parte. Nadie se atrevía a protestar, pero un asomo de inquietud comenzó a aparecer en nuestros rostros, como queriendo decir "Kinoshita se ha escapado con el dinero". Permanecíamos de pie en silencio, contemplándonos recíprocamente. Al fin Kinoshita volvió, con diez yens en la mano. Nuestro problema más inmediato ahora era el de comer algo antes de partir. Tagaki fué el último en llegar y sugirió que fuéramos todos juntos a comer a un restaurant. Matsugi señaló que era mejor que lo hiciéramos uno por vez, ya que era más que seguro que nos descubriríamos si lo hacíamos en grupo. Así lo resolvimos. Decidimos repartir el dinero, pero lo único que teníamos era un billete de diez yens. Podíamos mandar a alguno de nosotros a cambiarlo, pero el temor implícito de que cualquiera que fuera podía huir con el dinero, no nos permitía separarnos de él. Al-

guien dijo: "Tener el dinero es igual que no tenerlo. ¿Qué haremos?" Por unos instantes se hizo el silencio; luego, otro observó que si demorábamos un poco más la gente de la pensión terminaría por darnos alcance. "¿Qué haríamos si nos persiguieran? Estoy demasiado hambriento para moverme". Cuando llegamos a este atolladero, Yashima sugirió que me entregaran el dinero, pues yo era el único entre todos que no podía huir ni esconderse por tener que cargar a una mujer enferma sobre mis espaldas. La aprobación fué unánime. Sabía sin embargo que si me confiaban el dinero estarían espiándome constantemente, lo que era muy desagradable. Pensé que lo mejor era entregarle el dinero a Namiko a la vista de todos. El hecho de que fuera la guardiana de nuestro dinero haría que todos se desvivieran por cuidarla, al menos por el momento. Guardé el billete en su kimono. Esto hizo que la enferma, que hasta ese momento había sido tratada como una fastidiosa carga, se convirtiera repentinamente en un objeto precioso, en una caja de caudales digna de toda confianza. Automáticamente comenzamos a establecer reglas a su alrededor. En primer lugar los hombres del grupo se turnarían para cargarla y cada uno lo haría durante una distancia de cien pasos. Las mujeres no entraban en la lista de los que debían cargarla pero tenían en cambio que turnarse para contar. A continuación fijamos el orden de los turnos, mientras las mujeres nos miraban riendo y apoyando a uno u otro en nuestros juegos de elección. Los que tenían que tomar la delantera comenzaron a salir del matorral.

Sólo teníamos tres sombrillas para los doce y la lluvia azotaba de frente nuestros rostros, como un ventarrón. Avanzábamos luchando en fila india, cuatro para cada sombrilla, empapados hasta los huesos. Namiko iba en el medio, custodiada como una imagen santa en una procesión, seguida por las demás mujeres y un poco más atrás por algunos de los hombres. Sasa, que estaba cerca del centro de la comitiva, gritó de pronto: "Parece que nos hemos olvidado por completo de la comida". Se oyeron gritos de aprobación y la columna volvió a hacer un alto. Pero ya no había tiempo para comer; si nos alcanzaban estábamos perdidos. Varios prefirieron hacer un desesperado intento de cruzar el paso esa misma noche, con la esperanza de encontrarse a salvo al día siguiente y por tácito consentimiento nuestra columna comenzó a deslizarse hacia adelante como una oruga en la oscuridad de la noche. El almidón de los sombreros de fieltro de las mujeres comenzaba a escurrirse y se oía ya el ruido de su salpicadura. Al principio pensamos aterrorizados que el ruido era el de los pasos de nuestros perseguidores. De cuando en cuando, como movidos por una señal convenida de antemano, todos nos volvíamos para mirar. Pero, como dijo Kurigi, aun suponiendo que el posadero ya hubiera descubierto nuestra fuga y hubiera en-

viado gente a buscarnos, jamás elegirían este horrible camino. La observación era tranquilizadora, pero la realidad era que ninguno de nosotros había pasado jamás por allí. No teníamos la menor idea de lo que encontraríamos más adelante; ni siquiera si pasaríamos por terrenos cultivados o tendríamos que atravesar un desierto. El camino, cuya arena había sido lavada por la lluvia, exponiendo con frecuencia las erguidas cabezas de las piedras, era confusamente visible a nuestros pies. Una inquietud no muy distinta de la desesperación crecía en todos nosotros. Sólo Kinoshita, que seguía dándole cuerda a su acostumbrada charla socialista, desplegaba alguna energía. "La próxima vez que tropiece con ese maldito director responsable de todas nuestras penurias, le daré una linda zurra", juraba, y al oírlo, el odio que el grupo alimentaba por el director y que había sido casi olvidado, volvía a florecer. "¿Zurrarlo? Lo tiraré al océano", vociferó alguien, y otra voz acotó: "El océano es demasiado bueno para él. Le partiré el cráneo con una roca. Le clavaré en la garganta las puntas ardientes de una horquilla". "Las puntas ardientes de una horquilla son demasiado buenas para él", decía otra voz, cuando de pronto la enferma, que hasta ese momento no había emitido ni el más leve sonido, estalló en lamentos. Yagi, que la llevaba sobre sus espaldas, detuvo su marcha y desde atrás se oyó gritar: "¿Qué pasa? ¿No pueden avanzar un poco más ligero?" Namiko sollozaba convulsivamente y empezó a suplicar que continuáramos sin ella. Al principio no atinamos a precisar qué era lo que había provocado sus sollozos, hasta que descubrimos que estaba perdiendo sangre. Nos quedamos parados bajo la lluvia, aturdidos e impotentes. Sugerí que fueran las mujeres las que se ocuparan de este lío femenino y una de ellas respondió que necesitaba inmediatamente un trozo de tela seca. Me sentí obligado a ofrecerle mi camiseta. La enferma se condolía de nosotros y todo el tiempo que duró el turno de Matsugi, no dejó de suplicar anegada en llanto que siguiéramos sin ella. Matsugi perdió finalmente la paciencia y la amenazó con abandonarla si seguía lloriqueando, pero lo único que consiguió fué que siguiera lamentándose más histéricamente. A pesar de todo, lo que predominaba en nuestras mentes era el miedo de ser alcanzados. Finalmente llegamos a un punto en que hasta eso dejó de preocuparnos, cuando nos asaltó la idea del hambre. "Mañana —comenzó a decir uno de nosotros— cuando lleguemos a un pueblo, lo primero que haré será comer unas costillas de cerdo". "Yo comeré pescado". "Preferiría anguilas". "Yo un buen bife". Todos empezamos a hablar de comida, sin escuchar lo que decían los otros, obsesionados por el pensamiento de lo que nos gustaría comer y recordando los lugares donde habíamos comido bien. Estábamos pareciéndonos a bestias voraces.

Yo estaba tan desesperado como los demás, por lo menos en cuanto al hambre. Trataba de encontrar algo que comer por el camino, pero desde que dejamos el matorral no habíamos pasado por ningún campo cultivado. En realidad no tenía ningún objeto buscar algo por allí; hacia la derecha se levantaba una pared de roca maciza y hacia la izquierda, al pie del acantilado que tenía una pendiente de varios centenares de pies, podíamos oír el rumor de las olas. Era todo lo que podíamos hacer para evitar dar un paso en falso y salirnos del sendero, que tenía apenas unos cuatro pies de ancho. Nos abríamos paso encadenados unos a otros por medio de nuestros cinturones, siguiendo cualquier dirección que indicara la sombrilla que nos guiaba. El camino serpenteaba de arriba abajo. A veces, inesperadamente, la lluvia caía detrás y antes de que nos diéramos cuenta estábamos pegados contra el borde de la roca. La columna avanzaba zigzagueando por el interminable acantilado, ora estirándose, ora contrayéndose, y comenzamos a chocar los unos con los otros; evidentemente no podíamos permitir que las anécdotas sobre la comida entorpecieran nuestras facultades. Muy pronto las agradables reminiscencias gastronómicas se convirtieron en torvas advertencias de que no teníamos nada que llevar a la boca. Uno tras otro fuimos abandonando el tema. Luego permanecimos en silencio y lo único que podía escucharse entre el rumor de las olas y el sonido del viento era la voz monótona de las mujeres contando los pasos. Ahora ya no se oía suspirar, ni siquiera toser. El silencio que pesaba sobre cada uno de nosotros, el miedo mudo de lo que sucedería si las cosas continuaban de esa manera, eran casi tan tangibles, que se hubiera podido tocarlos. En este trance las pérdidas de sangre de Namiko se agravaron. La confusión al despojarnos de nuestras camisetas y las lamentaciones de Namiko, nos devolvieron la animación perdida y reanudamos la charla sobre la comida. Algunos protestaron aduciendo que tanta charla no hacía sino exacerbar nuestro apetito, pero los demás contestaban que ése era ahora el único medio a nuestro alcance de saciarlo. El agua era mejor que nada y algunos comenzaron a lamer las gotas de lluvia que resbalaban de las sombrillas o a masticar las agujas de pino arrancadas de los árboles a medio crecer que encontrábamos a nuestro paso. Parecíamos demonios famélicos, pero la idea no nos causaba ninguna risa. Mis ropas estaban completamente empapadas y mi garganta reseca. Cuando la lluvia soplaba contra mí, sacaba la cabeza de debajo de la sombrilla y la metía en la lluvia, con la boca abierta. Y cuando me llegó nuevamente el turno de transportar a Namiko, por más que traté de hacerme a la idea de que el peso que cargaba sobre mis espaldas era apenas el de una mujer, estaba tan hambriento que casi no podía mover los pies. Todo pareció nublarse ante mis ojos mientras me iba quedando sin aliento.

Mis brazos se entumecieron y las piernas me temblaban bajo el peso de Namiko. Sólo podía continuar mi marcha mordiéndome la lengua y apoyando mi cabeza sobre la espalda del que marchaba delante llevando la sombrilla. Cuando la mujer había ya contado cerca de noventa, tuve ganas de dejar caer a Namiko al borde del camino, pero me esforzaba por no traicionar ninguna emoción, pues sabía muy bien que si ella la advertía volvería a lloriquear. Mis párpados se pusieron tan rígidos que al abrirlos oí un chasquido. Aunque finalmente depositaron el peso de Namiko sobre los hombros de otro, la tortura se repetía cada cien pasos y el intervalo era demasiado breve para recuperarse de la fatiga. Para empeorar aún más las cosas, cada minuto que pasaba mi hambre se hacía más intensa y con él, más pesado el cuerpo sobre mis espaldas. Esto era ya de por sí bastante intolerable, pero Namiko insistió en que la lleváramos delante de la columna, porque no podía soportar que la apretujaran, lo que resultaba quizás más agradable para Namiko, ya que disminuía su temor de que la abandonaran, pero en cambio nosotros, los que teníamos que cargarla, nos fatigábamos todavía más con los empujones que recibíamos constantemente de los que nos seguían. Me acordé de que todos estaban sufriendo por culpa mía, ya que había sido yo quien insistí en traer con nosotros a la enferma y resolví que si en algún momento nos sentíamos tan exhaustos como para llegar al borde del colapso, arrojaría a Namiko al océano o me quedaría junto a ella pidiendo a los demás que continuaran sin nosotros.

La verdad es que ya habíamos llegado "al borde del colapso" y todos esos pensamientos evidentemente no servían para nada. Nuestros rostros estaban lívidos y manchados por un sudor grasiento, los ojos se nos habían puesto vidriosos y había algunos que después de bostezar dejaban escapar de pronto unos gritos extraños y enervantes. Cuando uno del grupo se desplomó como desgajado por el viento sobre una saliente del muro de roca, Namiko se echó nuevamente a llorar y a suplicar que la abandonáramos allí mismo. El agua chorreaba de los cabellos y las ropas de las mujeres, que caminaban como espectros, con los cabellos empapados aplastados contra sus rostros. Sus ropas interiores habían comenzado a desteñir y manchaban sus kimonos. Cuando el agua empapó sus cajas de afeites y sus carteras, una pesada calma pareció caer sobre ellas. Kikue dijo: "Sea como fuere pronto moriremos; quisiera que todo hubiera terminado". "¿Por qué no te arrojas entonces al vacío? Sería lo más simple", dijo mordazmente Yagi. Aparentemente esta tosca broma molestó a Kurigi, que se puso fuera de sí. "¿Por qué haces bromas cuando la gente está sufriendo?", gruñó acercándose a Yagi. Yagi se enderezó, como asombrado por la inesperada amenaza y estalló: "No tienes por qué enojarte de esa manera, sólo porque bromee

un poco con Kikue. A lo mejor estás enamorado de ella, pero te aseguro que no tienes ninguna probabilidad; yo mismo la he visto con Tagaki". El gentil Sasa, que hasta ese momento había permanecido mudo, extrajo de pronto un cuchillo de entre sus ropas y se abalanzó sobre Takagi. Takagi esquivó hábilmente el cuchillo de Sasa y se puso a trepar por la colina. Sasa salió en su persecución, cabeceando pesadamente, Kurigi, que durante unos instantes había permanecido estupefacto por lo sucedido, al darse cuenta de que su rival no era Yagi sino más bien Takagi y Sasa, salió corriendo detrás de ellos. A mi lado, apenas visible en la sombra, podía ver y oír a Kikue que lloraba gimiendo que todo había sido por su culpa. "Ve inmediatamente —le dije— y pon fin a la pelea". Pero ella me contestó: "No podría, a menos que me acompañes". Luego, y esto fué totalmente inesperado, Namiko tendió los brazos y aferrándose al cuello de la dolorida Kikue empezó a hacer rechinar sus dientes. Aparentemente había terminado por comprender que su amante —fuera quien fuese de los tres— le había sido arrebatado. Hasta Yagi, que había provocado el lío, terminó por enfurecerse y me asombré al ver que arrastraba a Shinako por el suelo y le exigía que revelara el nombre de su amante. Era evidente que muy pronto todos nos veríamos envueltos en la pelea y si alguno resultaba herido y nos veíamos impedidos de proseguir la marcha, estaríamos condenados irremisiblemente. Me sentía muy desanimado por nuestra terrible situación; mi único consuelo era que ninguno de los que me rodeaban tenía un arma. Pero uno de los que habían trepado la colina sí la tenía y no podía dejar que las cosas continuaran en esa forma. Temblando de arriba abajo me puse a trepar por el negro acantilado, gritando una y otra vez: "¡Esperen! ... ¡Esperen!" Cuando hube avanzado unas doscientas yardas ví a los tres, que yacían inmóviles tendidos de espaldas, junto al camino. Pensé que estaban muertos, pero luego me dí cuenta de que me estaban mirando fijamente con sus ojos desorbitados. Pregunté qué había sucedido. "Decidimos que no ganaríamos nada luchando por una mujer en un sitio como éste y nos detuvimos. Pero no nos hagas hablar; estamos tan exhaustos que nos duele respirar".

—Ustedes son muy prudentes— dije y regresé junto a la enferma. Allí en cambio la lucha parecía haber apenas comenzado. Yagi y Kinoshita estaban enredados y aferrados el uno al otro sobre el camino, cerca de la sollozante Namiko. Evidentemente hasta las mujeres habían perdido la pista acerca de quién les había robado su hombre y del hombre que ellas mismas habían robado. Se encontraban en tal estado de aturdimiento que ni siquiera se molestaron en preguntarme qué había pasado colina arriba. Las riñas no me sorprendieron demasiado, pero la verdad es que jamás se me había ocu-

rrido que hubieran podido estallar allí y con tanta violencia. La calma con que había contemplado las peleas se había roto ahora ante la evidencia de que podían entorpecer nuestra marcha. Yagi y Kinoshita estaban en malas relaciones hacía tiempo y además eran rivales en amor. De ahí que no hubiera muchas probabilidades de separarlos, aunque me abriera paso a viva fuerza y tratara de poner fin a la lucha. De cualquier manera, era indudable que resultaba mucho más agradable para ellos yacer allí, sobre la tierra, golpeándose recíprocamente, que estar de pie caminando y obligados a cargar con la enferma. En realidad parecían estar golpeándose para descansar sus atormentadas piernas. Pensé que lo mejor que podía hacer era dejar que lucharan mientras resistieran, cuidando solamente de que no se hicieran mucho daño. Me senté sobre la tierra para descansar mientras los dos continuaban luchando débilmente. Mientras los observaba, Yagi y Kinoshita dejaron repentinamente de moverse, aparentemente exhaustos y capaces ya solamente de jadear rabiosamente. Éste, pensé, es un buen momento para intervenir; y les dije: "No pueden continuar allí tirados indefinidamente. Si quieren luchar, háganlo; pero si les parece que ya tienen bastante, sepárense y reanudemos la marcha. Los otros tres que están camino arriba han tenido la suficiente sensatez como para comprender que nada es tan estúpido como pelearse por una mujer y ya se han tranquilizado". Yagi y Kinoshita se pusieron lentamente de pie y echaron a andar.

Cuando nuestra comitiva se unió a los tres hombres camino arriba, la enferma cambió de espalda. Ya no nos quedaban camisetas para enjugar su sangre y mientras caminábamos pacíficamente fuimos desprendiéndonos de nuestros calzoncillos. A pesar de que la inmoralidad de las mujeres había terminado por desencadenar violentas riñas entre los hombres, cuando las diferentes relaciones entrecruzadas se hicieron tan excesivamente complicadas que trastornaron el juicio de todos, se consiguió restaurar cierto equilibrio y asegurar una especie de pacífica monotonía. Esto resultaba para mí terrible y fascinante a la vez. Pero poco tiempo después, cuando el hambre volvió a hacer presa de nosotros, la paz de que habíamos estado disfrutando se convirtió en un brutal estupor, despojado de toda individualidad. Perdí el habla. La piel del abdomen se había pegado a mi espina dorsal. Ya no me quedaba saliva en la boca. Agrios jugos brotaban de mi estómago, provocándome un agudo dolor. Me ardían las comisuras de los párpados y mis incesantes bostezos fumigaban el ambiente como un hediondo tabaco. La fatiga de arrastrar y arrastrar los pies hizo que no pronunciáramos una sola palabra mientras proseguíamos la marcha con las cabezas caídas bajo la lluvia. Nuestra impotencia era tan manifiesta que Namiko, que lloraba en silencio, comenzó a parecer la más fuerte de todos. Estábamos sumidos en

la desesperación y dudábamos de poder llegar a cruzar el acantilado que se prolongaba indefinidamente en la oscuridad. Ya no podíamos pensar en cosas tan remotas como la esperanza o un futuro mejor. Nuestras cabezas no albergaban otros pensamientos que los que se referían a los espacios de tiempo que iban cayendo sobre nosotros, uno tras otro; ¿cuánta hambre tendríamos dentro de un minuto? ¿Cómo podríamos durar otro minuto más? El tiempo que podía yo concebir se hallaba colmado por sensaciones de hambre y comencé a sentirme como si lo que fuera avanzando penosamente en la oscuridad no fuera yo, sino mi estómago. Podía sentir que el tiempo no era sino una medida de mi estómago.

Debíamos de haber caminado unas diez o doce millas desde la caída del anochecer. Poco más o menos cuando íbamos entregando ya nuestras últimas prendas interiores a la enferma, descubrimos una pequeña cabaña en las rocas, un poco más arriba del camino. Los que marchaban a la cabeza de la columna no podían al principio precisar si se trataba de un canto rodado o de una cabaña. Pero mientras discutían descubrimos que se trataba de un molino de viento abandonado. Decidimos que sería una buena idea descansar allí unos instantes, aunque sólo fuera para huír de la lluvia y entramos. Era evidente que ningún ser humano había estado allí desde hacía tiempo; las telarañas que cruzaban la cabaña se adherían a nuestros rostros. Había suficiente espacio como para cobijarnos de la lluvia, un cuarto pequeño y mohoso dentro del cual nos apretujamos los doce. "Debe de haber agua en algún sitio; esto es un molino. Voy a echar un vistazo", dijo Yagi y salió. Pero los tubos que deberían haber contenido agua alguna vez estaban completamente podridos y las paletas de la hélice del molino estaban cubiertas de un moho blanco. Era imposible encontrar agua. El sudor se nos heló sobre la piel y la humedad de nuestras ropas nos hizo estremecer. A la fatiga y el hambre vino a sumarse el picante frío de las últimas noches de otoño, un frío tan intenso que no hubiéramos podido soportarlo separados. Hubiéramos querido encender una hoguera pero nadie tenía un fósforo. Lo mejor que pudimos hacer fué sacarnos las chaquetas, tenderlas en el suelo y tratar de acomodarnos de tal manera que cada uno de nosotros pudiera aprovechar el calor del otro. La enferma fué colocada en el centro con las otras tres mujeres a su alrededor y los hombres pasaron sus brazos por encima de las mujeres, como un enorme alcaucil. Pero todo esto no bastó. El frío era cada vez más intenso. Nuestros dientes comenzaron a castañetear de tal manera que no podíamos articular palabra, sino apenas tartamudear. Los ojos se nos llenaban de lágrimas pero ni un solo sonido escapaba de nuestros labios. Temblábamos como medusas en el agua. Muy pronto la enferma, que estaba en el centro, perdió también las fuerzas

para temblar y yacía contraída e inmóvil en medio de un coro de temblores. Una de las mujeres gemía: "Cuando muera, córtenme por favor el cabello y envíenlo a mi madre. Ya no puedo más". Otra voz gritó: "Yo también estoy acabado. Cuando muera córtenme el pulgar y envíenlo a mi casa. Manden también mis anteojos". Mientras hablaban, nuestras rodillas se iban entumeciendo a la par de nuestros muslos y el dolor no tardó en llegar a nuestras cabezas. De pronto Kurigi exclamó: "Estoy recibiendo el castigo por haber arrojado piedras cuando niño contra el dios de nuestro pueblo". Tagaki dijo: "Soy castigado por haber engañado a tantas mujeres", observación esta que pareció traspasar por igual a hombres y mujeres, y que ellas acompañaron con exclamaciones de aprobación mojadas de lágrimas. La extrema piedad demostrada por todos me divertía, pero al mismo tiempo no podía librarme de la convicción de que pronto moriríamos allí. Estaba sentado sobre una tabla de madera cerca del molino y pensaba cuándo se desencadenaría sobre nosotros el próximo desastre, que al fin resultó ser algo que bien podríamos haber previsto: una insidiosa somnolencia comenzó a dominarnos. Nuestros temblores habían cesado imperceptiblemente. Comprendí de inmediato que si nos quedábamos dormidos, el fin no tardaría en llegar. Comencé a gritar, a sacudir la cabeza de la gente, a golpearlos. Les dije que si nos quedábamos dormidos estábamos liquidados; les exigí que golpearan de inmediato a cualquiera que se amodorrara. Lo que hacía tan dura nuestra lucha contra el extraño enemigo, era que la única arma que podíamos emplear en nuestra defensa era precisamente el conocimiento que estábamos perdiendo. Mientras exhortaba a los demás a mantenerse despiertos, yo mismo me sentía terriblemente amodorrado y mis pensamientos vagaban entre las imágenes del sueño. Comprendí oscuramente que yo también caería pronto. Pero la sola idea me hacía reaccionar, listo para volverme contra ese enemigo que estaba tratando de robarme el conocimiento. Luego tuve que enfrentarme cara a cara, en medio de este frenético combate entre la vida y la muerte, con algo mucho más extraño aun; comencé a tener la sensación del tiempo, más ligeramente de lo que jamás lo hubiera experimentado y sentí que me gustaría avanzar un paso más y atisbar el instante de tiempo en que mi conocimiento se extinguiera. Abrí bruscamente los ojos y miré a mi alrededor; todos los demás se habían quedado dormidos y sus cabezas colgaban sin vida.

Corrí de uno a otro, sacudiéndolos violentamente para que despertaran. Cada uno de ellos abrió sus ojos vacíos; los unos sólo para volver a acomodarse insensiblemente contra el cuerpo del que yacía a su lado; otros, comprendiendo súbitamente el peligro mortal que los amenazaba, miraban aturdidos a su alrededor, parpadeando. Los demás pensaron que habiendo sido

golpeados por mí, tenían derecho a golpear a su vez a cualquier otro que estuviera dormido y muy pronto se entabló allí una lucha salvaje. A la más leve señal de abandono el sueño volvía a ofuscar todo conocimiento. Me puse a tirar a cada uno por los cabellos, a sacudirles salvajemente la cabeza, a abofetearlos con tanta fuerza en las mejillas que dejaba en ellas las huellas de mis dedos. Pero aunque los hubiera golpeado con tanta fuerza como para dejarles la marca de los huesos de mi puño, aunque enarbolara un puño de hierro, si se me hubiera detenido un solo instante en mi violento trajín, todo eso no hubiera sido sino una sonda hacia la muerte. Y aun cuando seguía aporreando a los once restantes, vigilando desesperadamente cada uno de sus movimientos, me sentí de pronto sostenido por el infinito placer en el cual se iba diluyendo mi conocimiento. Ciertamente nada hay comparable a la alegría y la transparencia del placer que precede a la muerte. El corazón comienza a oprimirse de tanto placer, como si estuviera lamiendo un trozo de una fruta muy sabrosa. No hay en él ninguna melancolía; es como olvidarse del yo. ¿Qué es esto que se levanta entre la vida y la muerte, esta ola que salta irrumpiendo en colores cambiantes, en un vapor tan alegre como el cielo? Me pregunto si no será el rostro de ese terrible monstruo que ningún ser humano ha visto jamás, el Tiempo. Me producía placer pensar que cuando muriera y me esfumara, todos los hombres del mundo se desvanecerían conmigo. Esta tentación de matar a todo ser humano, este juego con la muerte, me seducía, y oscilaba hasta el punto de ceder dócilmente al sueño, ya sin lucha. Y sin embargo, cuando observaba a los otros, los aferraba con ambas manos, sin importarme donde golpeaba. Luchar para apartar a los demás de la muerte, ¿cómo probar la bondad de semejante acto? Aun suponiendo que lográramos escapar a la muerte, era imposible imaginar que cuando nos estuviéramos muriendo en algún futuro lejano, pudiéramos hacerlo sin preocupaciones, tan pura y agradablemente como ahora. Y sin embargo yo quería que volvieran a la vida. Tiraba del cabello a las mujeres y las castigaba y golpeaba una y otra vez a los hombres. Me pregunto si a eso podría llamársele amor. ¿O hubiera sido más correcto llamarlo costumbre? Tanto dolor me producía comprender el desdichado futuro que nos aguardaba que tenía deseos de estrangularlos a todos y sin embargo estaba obligado a prolongar sus sufrimientos. ¿Podría llamárse salvación a este acto? Mis labios formaban las palabras "Adelante, morid", pero yo seguía desgarrando frenéticamente su sueño, como si estuviera debatiéndome contra algún infortunio acaecido muchos años atrás y que nunca había cesado en sus depredaciones. Gradualmente fueron despertando y entonces, con una expresión en sus rostros que inquiría "¿quién entre ustedes ha destruído mi felicidad?" cayeron sobre los que se encontraban a

su alrededor, con más ferocidad que nunca. Parecía imposible que alguien pudiera dormir ahora sin que lo molestaran. Algunos seguían agitándose en sueños, con sus manos alzándose en el aire, listas para castigar. Los otros, aun pataleando, golpeando y lanzando puntapiés en esta escena dantesca, volvieron a quedarse paulatinamente dormidos. Lo que al principio había estado unido comenzó a desintegrarse, mientras las cabezas rodaban entre las piernas y los troncos quedaban entrelazados. En esta masa amorfa, en este enorme coágulo humano ya no era posible precisar quién golpeaba ni donde caía el golpe. Recorrí la habitación en la medida de mis fuerzas, golpeando furiosamente a todos, pues sabía que el que escapara a mis golpes, moriría irremisiblemente. Pero el letargo está lleno de un terror subterráneo, que ataca con una ferocidad muy próxima a la fuerza bruta; apenas parecía haber transcurrido un segundo desde que había despertado a alguien y cuando abría mis ojos lo sorprendía golpeándome la cabeza o dándome un rodillazo en la ingle. Cada vez que despertaba me abría paso entre los cuerpos tendidos a mi alrededor y me hundía en ellos. Así, oscilábamos una y otra vez entre el sueño y la marcha.

Fuera de la cabaña también había habido cambios. La lluvia había cesado y a la luz de la luna que se filtraba por las hendiduras de las derruídas paredes, podíamos ver las telarañas como un grabado al agua, flotando con absoluta claridad. Tratamos de salir al exterior con la esperanza de liberarnos de nuestra somnolencia, pero nuestras piernas se negaban a obedecernos. Tuvimos pues que arrastrarnos sobre nuestros estómagos y observamos fijamente las montañas y el mar iluminados por la luz de la luna. Sasa, que estaba a mi lado, sin pronunciar palabra tiró furiosamente de mi manga y señaló como un demente hacia un punto situado debajo del acantilado. Miré hacia allí, con la mente en blanco; un tenue chorro de agua manaba de las rocas, produciendo un débil sonido de salpicadura al centellear en la luz lunar. Traté de gritar ¡Agua! pero no tenía voz. Sasa descendió el arrecife, frotándose dolorosamente las rodillas. Después de algunos minutos llegó hasta el arroyo y se puso a beber. Recobró repentinamente su espíritu y gritó: "¡Agua! ¡Agua!" También yo grité débilmente al mismo tiempo.

Estábamos salvados. Los demás, incapaces de mover sus piernas, salieron arrastrándose de la cabaña, cada uno por sus propios medios y se encaminaron hacia el arroyo. Uno tras otro, sus pálidos rostros cubiertos de telarañas, bañados por la luz de la luna, apretaron sus narices contras las rocas. El agua clara, perfumada por el olor de las rocas, se colaba desde la garganta al estómago y llegaba a los pies con la fría agudeza de un cuchillo. Luego, mientras comenzaba a funcionar nuevamente la energía vital en nuestros

cuerpos, dejamos escapar gritos de asombro al ver la luna, como si sintiéramos que era esto realmente lo que significaba estar vivos y volvimos a oprimir nuestras bocas contra la roca. De pronto, me acordé de la enferma que yacía en la cabaña. Rogué a los demás que pensaran en algún medio de llevarle un poco de agua. A Tagaki se le ocurrió la idea de usar un sombrero. Llenamos de agua su blando sombrero, pero apenas daba unos pasos, el agua se filtraba a través de él. Tratamos entonces de juntar cinco sombreros, uno dentro de otro, y los llenamos de agua. Esta vez la pérdida no fué tan grande pero era evidente que cuando llegáramos a Namiko el agua se habría evaporado. "¿No sería el método más rápido —sugirió Sasa— ir pasando el sombrero por turno?" Los once nos distribuímos bajo la luz de la luna a intervalos de unos veinte pies de distancia. Me eligieron último de la fila, el que debía alcanzarle el agua a Namiko. Mientras esperaba que me pasaran el sombrero, seguía sacudiendo a la enferma. Aunque su piel conservaba aun las marcas rojas en los lugares donde había sido atacada, su cuerpo se desmoronaba de sueño bajo mis sacudidas y no daba señales de volver en sí. La tomé por los cabellos y sacudí con fuerza su cabeza. Sus ojos se abrieron pero eso fué todo, pues permanecieron fijos en una mirada sombría. En ese mismo instante llegó el sombrero, casi sin agua. Vertí en sus labios las pocas gotas que quedaban y por primera vez pareció abrir los ojos por propia voluntad. Puso una mano sobre mi rodilla y echó un vistazo alrededor de la cabaña. Le dije: "Es agua. Debes beberla o morirás". La recosté sobre mis rodillas y esperé la llegada del próximo sombrero. Cuando llegó a mis manos, vertí nuevamente las gotas en su boca. Mientras repetía una y otra vez esta operación, me parecía ver a los demás gritando mientras trepaban uno tras otro el alto acantilado, sus fatigados cuerpos danzando a la luz de la luna y exactamente como si vertiera luz de luna destilada. Fuí dejando caer las gotas de agua en la boca de la enferma.

(*Traducción de Carlos Viola Soto*)

YOKOMITSU RIICHI

EL LUNAR

ANOCHE soñé con aquel lunar.

Con sólo escribir esta palabra ya tú sabes a qué me refiero. ¡Cuántas veces me has reprendido por causa de aquel lunar!

Está en mi hombro derecho, o mejor dicho en la espalda, arriba.

"Ya es más grande que un garbanzo. Sigue jugando con él y uno de estos días echará brotes".

Solías tomarme el pelo a propósito del lunar. Pero, como tú decías, era muy grande para ser lunar; grande y extraordinariamente redondo e hinchado.

Cuando niña solía quedarme en cama jugando con el lunar. ¡Qué vergüenza sentí la primera vez que lo notaste! Y recuerdo muy bien tu sorpresa. ¡Hasta lloré!

"¡Basta, Sayoko, basta! Cuanto más lo toques tanto más grande se hará". También mi madre me retaba; yo todavía era una niña —creo que no tenía ni trece años— y a partir de entonces conservé aquella costumbre en secreto. Y persistió cuando me olvidé por completo de los retos.

Cuando lo notaste por primera vez, todavía era yo una niña, más que una esposa. Me pregunto si tú, hombre, puedes imaginarte mi vergüenza. Pero fué más que vergüenza. "¡Esto es espantoso!" pensaba yo. El matrimonio me parecía en aquel momento algo terrible.

Sentí como si todos mis secretos hubiesen sido descubiertos, como si los hubiese desnudado, uno tras otro, aun aquellos de los que yo misma no tenía conciencia; como si no me hubiese quedado un recoveco que fuese mío.

Entonces te volvías a dormir. Me sentía a veces aliviada y un tanto sola y a veces me contenía sobresaltada en el preciso momento en que mi mano iba de nuevo hacia el lunar.

"Ahora ya no puedo ni siquiera tocarme el lunar", pensé en escribirle a mi madre; pero en el mismo momento de pensarlo sentí que mi cara se ponía roja como fuego.

"Pero qué tontería preocuparse por un lunar", dijiste una vez; me alegré y asentí con la cabeza; pero, ahora que lo pienso, me pregunto si no hubiera sido mejor que a ti te hubiese hecho gracia aquella detestable costumbre.

La verdad es que antes, el lunar no me había preocupado tanto. No creo que la gente ande mirando el pescuezo de las mujeres para descubrir lunares. A veces la expresión "intacta como un cuarto cerrado" se usa para referirse a una chica deforme. Pero un lunar, de cualquier tamaño que sea, apenas puede considerarse deformidad.

"Por qué crees tú que adquirí la costumbre de toquetear aquel lunar?"

"¿Y por qué la costumbre te molestó tanto?"

"¡Basta!" me decías. "¡Basta!" Y no sé cuántos cientos de veces me rezongaste.

"¿Por qué usas la mano izquierda?" me preguntaste una vez fastidiado.

"¿La izquierda?" La pregunta me tomó de sorpresa.

Era verdad. No lo había notado antes, pero siempre usaba la mano izquierda.

"Está en tu hombro derecho: la mano derecha sería más cómodo".

"¿Qué?" Levanté la mano derecha. "¡Pero resulta raro!"

"No tiene nada de raro".

"Es más natural con la mano izquierda".

"La derecha está más cerca".

"Con la derecha hay que ir hacia atrás".

"¿Hacia atrás?"

"Sí. No queda sino poner el brazo delante del cuello, o pasarlo por la espalda, así". Ya no estaba tan humildemente de acuerdo con todo lo que decías. Y sin embargo, en el preciso instante en que te contestaba, se me ocurrió que al cruzar el brazo izquierdo sobre mi pecho te estaba alejando, como si me abrazase a mí misma. He sido cruel con él, pensaba.

Te pregunté tranquilamente: "¿Qué tiene de malo usar la mano izquierda?"

"Con la izquierda o con la derecha, es una mala costumbre".

"Lo sé".

"¿No te he dicho muchas veces que vayas a un médico para que te lo saque?"

"¡Pero no podría! ¡Tendría vergüenza!"

"Sería una cosa muy sencilla".

"¿Quién iría a un médico para que le saquen un lunar?"

"Pues mucha gente lo hace".

"Para lunares en la cara, puede ser. Pero no creo que nadie vaya a que le quiten un lunar del cuello. El médico se reiría. Y se daría cuenta de que voy porque mi marido se ha quejado".

"Le podrías decir que es porque tienes la manía de toquetearlo".

"¡Qué! . . . ¡Algo tan insignificante como un lunar, en un sitio en donde apenas puedes verlo! ¡Me parece que podrías soportarlo un poco!"

"No me importaría el lunar si no te lo estuvieses toqueteando".

"No lo hago adrede".

"Pero eres porfiada. Diga yo lo que diga, no tratas de cambiar".

"Sí, trato. Y hasta he tratado de usar un camisón con cuello alto, para no poder tocarlo".

"No fué por mucho tiempo".

"¿Pero está tan mal que lo toque?" Parecía que te estaba haciendo frente.

"No es que sea tan mal, sino que te pido que no lo hagas porque no me gusta".

"Pero ¿por qué te disgusta tanto?"

"No hay necesidad de dar razones. No necesitas estar jugando con ese lunar y es una mala costumbre y me gustaría que dejases de hacerlo".

"Nunca dije que no dejaría de hacerlo".

"Y además, cuando te lo tocas, siempre tienes esa expresión extraña, como absorta. Eso es precisamente lo que detesto".

Probablemente estabas en lo cierto; algo hizo que tu observación me llegase al alma. Asentí con la cabeza.

"La próxima vez que me veas haciéndolo, me pegas en la mano o me das una bofetada".

"¿Pero no te da vergüenza de que, a pesar de haber tratado por dos o tres años, todavía no has podido curarte sola de esa tonta manía?"

No contesté. Me quedé pensando en tus palabras: "Eso es precisamente lo que detesto".

Aquella posición, con mi brazo izquierdo cruzado sobre el cuello, debió parecer algo así como melancólica, como desamparada. No me atrevo a usar grandes palabras, pero diría como "solitaria". Algo ruin, algo inferior; era la actitud de una mujer a la que sólo le importa proteger su propia insignificancia.

Y la expresión de mi cara debió de ser tal cual la describiste: "extraña, como absorta".

¿No parecía acaso una prueba de que no me había entregado enteramente a ti, como si mediase una distancia entre nosotros? ¿No eran quizás mis verdaderos sentimientos los que aparecían en mi cara cuando me tocaba el lunar y me perdía en ensueños, tal como lo había hecho desde niña?

Pero debió haber sido porque ya no estabas satisfecho de mí que diste tanta importancia a aquella pequeña manía. Si hubieses estado contento conmigo hubieras sonreído y no habrías pensado más en ello.

Era un pensamiento espantoso, y temblé cuando se me ocurrió, de repente, que bien podría haber hombres a quienes les pareciera encantadora mi manía.

Y fué tu amor por mí lo que te la hizo notar por primera vez. De eso no tengo duda, ni aún ahora. Pero son precisamente estos pequeños disgustos los que, a medida que van creciendo y deformándose, echan sus raíces en un matrimonio. En los verdaderos matrimonios, las excentricidades personales dejan de importar, pero creo que, en cambio, hay maridos y mujeres que se encuentran con que están de punta por cualquier cosa. No quiero decir que los que se acomodan el uno al otro tengan necesariamente

que amarse el uno al otro, ni que los que discuten constantemente se odien. Sin embargo pienso —y no puedo dejar de pensarlo— que habría sido mejor que hicieras la vista gorda ante mi costumbre de jugar con el lunar.

Lo que hiciste fué pegarme y hasta patearme. Yo lloraba y te preguntaba por qué no tratabas de ser menos violento, por qué tenía yo que sufrir tanto por el simple hecho de tocarme el lunar. Y esto era sólo la superficie. "¿Cómo podremos curarte?" —decías con la voz temblorosa; comprendí tu estado de ánimo y no pude ofenderme por lo que hiciste. Si le hubiese contado esto a alguien, no me cabe duda de que le hubieras parecido un esposo violento. Pero como habíamos llegado a un punto en que la cosa más trivial aumentaba la tensión entre nosotros, tus palizas me daban una repentina sensación de alivio.

"¡Nunca lograré vencerme, nunca! ¡Átame las manos!" Junté las manos y te las puse al pecho, como si me estuviese entregando toda entera a ti.

Pareciste turbado, tu furia pareció dejarte flojo y purgado de toda emoción. Tomaste el cordón de mi ceñidor y me ataste las manos.

Me sentí feliz cuando sorprendí tu mirada contemplando cómo trataba de alisarme el pelo con las manos atadas. Esta vez la vieja costumbre podría curarse, pensé.

Como quiera que fuese, aun entonces era peligroso para cualquiera luchar contra el lunar.

¿Y fué porque, más tarde, reincidí en mi manía que tu afecto por mí murió completamente? ¿Quisiste darme a entender que te dabas por vencido y que ya podía hacer lo que me diera la gana? Cuando jugaba con el lunar fingías que no lo veías y nada decías.

Después sucedió una cosa curiosa. El caso es que aquella costumbre que ni las represiones ni los golpes pudieron curar, desapareció de repente. Los remedios extremos no habían dado resultado. Pero se fué por su propia voluntad.

"¿A qué no sabes una cosa? Ya no me toco más el lunar". Lo dije como si acabara de darme cuenta del hecho. Refunfuñaste algo y luego hiciste como si no te importara.

Si tan poco significaba para ti, por qué entonces me reprendías tanto, hubiera querido preguntarte; y supongo que, por tu parte, hubieses querido preguntar por qué, si la manía era tan fácil de curar, no había podido curarme antes. Pero ni siquiera me hablaste.

Una costumbre que nada importa, que ni es medicina ni veneno, vamos, dale rienda suelta durante todo el día, si tanto te gusta. Esto es lo que parecía decir la expresión de tu cara. Quedé acongojada. Sólo por fastidiar-

te pensé en tocarme el lunar ahí mismo, ante tus narices, pero, cosa rara, mi mano se negó a moverse.

Me sentí sola. Y me sentí furiosa.

Pensé también en tocarlo cuando no estuvieses cerca. Pero luego me pareció algo vergonzoso, repulsivo, y mi mano se negó a obedecerme.

Miré al piso y me mordí los labios.

"¿Qué le pasa a tu lunar?" esperé que dijeras, pero a partir de aquello, la palabra "lunar" desapareció de nuestra conversación.

Y quizás muchas otras cosas desaparecieron con ella.

¿Por qué no pude hacer nada en la época en que tanto me retabas? ¡Soy una mujer despreciable!

Volví a mi casa, y tomé un baño con mi madre.

"No estás tan bonita como eras, Sayoko", dijo ella. "Supongo que no podrás luchar con la edad".

La miré sobresaltada. Ella estaba como siempre, rolliza y fresca de carnes.

"Y aquel lunar solía ser bastante atractivo".

Yo había sufrido mucho por causa de aquel lunar, pero no podía decírselo a mi madre. Lo que dije fué: "Dicen que es fácil para un médico quitar un lunar".

"Para un médico... pero quedaría una cicatriz". ¡Qué tranquila, qué serena es mi madre! "Cómo solíamos reírnos de eso. Nos decíamos que Sayoko probablemente estaría todavía jugando con su lunar, aún ahora que estaba casada".

"Y estaba jugando".

"Es lo que pensábamos".

"Era una mala costumbre. ¿Cuándo empecé?"

"Me pregunto cuándo empiezan los niños a tener lunares, porque una no los nota en los recién nacidos".

"Mis hijos no los tienen".

"¿No? Pero empiezan a salirles a medida que crecen y nunca se les van. No es frecuente ver uno de este tamaño. Lo debiste tener desde muy niña". Mi madre me miró el hombro y sonrió.

Recuerdo cómo, cuando era todavía muy jovencita, mi madre y mis hermanas solían palparme el lunar, que entonces era apenas una deliciosa manchita. ¿No fué precisamente aquello, el origen de mi costumbre de juguetear con él?

Me estoy en la cama, palpando el lunar con el dedo y tratando de recordar cómo era cuando yo era una niña y una adolescente.

Hace mucho tiempo desde que jugué con él por última vez. Me pregunto cuántos años hará.

De vuelta en la casa donde he nacido, lejos de ti, pude jugar todo lo que quisiera. Nadie iría a decirme basta.

Pero de nada sirvió.

Apenas mi dedo tocó el lunar, lágrimas heladas brotaron de mis ojos.

Pretendí pensar en cosas de hacía muchos años, cuando era jovencita, pero apenas toqué el lunar en lo único que pude pensar fué en ti.

He sido repudiada como mala esposa y tal vez tendré que divorciarme; pero no se me habría ocurrido pensar que aquí, en la cama, de vuelta en mi propia casa, sólo tendría pensamientos para ti.

Volví del otro lado la almohada húmeda, y torné a soñar con el lunar.

Cuando desperté no podía decir dónde estaba mi cuarto, pero tú estabas allí, y con nosotros parecía haber otra mujer. Yo había estado bebiendo. En verdad, estaba borracha. Seguí alegando contigo, sobre algo.

Otra vez renació mi mala costumbre. Deslicé la mano izquierda, con el brazo abrazando el pecho, como siempre. Y he aquí que el lunar se desprendió, entre mis dedos. Salió sin dolor, como si fuese la cosa más natural del mundo. Sentía entre los dedos exactamente como la piel de un frijol asado.

Como una niña mimada te pedí que lo pusieras en el hueco de aquel lunar, junto a tu nariz.

Te lo alcancé. Grité y clamé, te tiré de la manga y me colgué de tu cuello, sobre tu pecho.

Cuando desperté, la almohada estaba todavía húmeda. Y yo todavía sollozaba.

Me sentí rendida, de la cabeza a los pies. Y al mismo tiempo me sentía aligerada, como si me hubiese liberado de un estorbo.

Así me quedé un rato, sonriendo, preguntándome si el lunar habría realmente desaparecido. Me importunaba la idea de tener que tocarlo.

Ésa es toda la historia de mi lunar.

Todavía puedo palparlo, como una arveja negra entre mis dedos.

Nunca me preocupé demasiado de ese pequeño lunar que tienes al lado de la nariz, y jamás he hablado de ello, pero aún así creo que siempre lo he tenido muy presente.

¡Qué lindo cuento de hadas sería que tu lunar verdaderamente se hinchase al agregarle el mío!

¡Y qué feliz me sentiría yo, si pensase que tú, a tu vez, habías soñado con mi lunar!

Pero he olvidado una cosa.

"Eso es lo que detesto", dijiste, y tan bien te comprendí que hasta

pensé que aquella observación era señal de tu cariño por mí. Creía que todo lo más indigno que había en mí se manifestaba cuando me acariciaba el lunar.

"Supongo que tú me retabas cuando jugaba con el lunar, hace mucho tiempo", le dije a mi madre.

"Te reté, pero no hace tanto tiempo".

"¿Y por qué me retabas?"

"¿Por qué? Sencillamente, porque es una fea costumbre".

"¿Pero qué sentías, cuando me veías toquetear el lunar?"

"Pues..." Mi madre irguió la cabeza, ladeándola. "Que no estaba bien".

"Eso es verdad. Pero ¿qué te parecía? ¿Me compadecías o me considerabas obscena y detestable?"

"La verdad es que no me preocupó demasiado. Pero me parecía que también podrías dejar de hacerlo, con aquella cara de dormida".

"¿Me consideraste una fastidiosa?"

"Me molestó un poco".

"Pero tú y las otras ¿solían tocarme el lunar, para tomarme el pelo?"

"Creo que sí".

Si esto es verdad, lo que yo hacía al tocarme el lunar con aquella expresión absorta, ¿no era simplemente para recordar el cariño que mi madre y mis hermanas tuvieron por mí cuando niña?

¿No lo hacía quizá para recordar a los que amaba?

Esto es lo que tengo que decirte.

¿No te has equivocado en todo momento, acerca de mi lunar?

¿No podía pensar en nadie más, cuando estaba contigo?

Pienso una y otra vez si aquel gesto que tanto te disgustaba, no pudo haber sido una confesión de amor que no supe traducir en palabras.

Mi manía de jugar con el lunar es bien poca cosa, y no tengo intención de pedir disculpas por ella, ¿pero no pudieron haber comenzado de la misma manera todas las demás cosas que me convirtieron en una mala esposa? No pudieron haber sido, en un comienzo, expresiones de mi amor por ti, convertido en algo impropio de una esposa sólo por tu incapacidad de ver lo que realmente eran?

Mientras escribo me pregunto si no sonará todo como el alegato de una mala esposa que trata de parecer agraviada. Pero aún así tenía que decírtelo.

(*Traducción de Miguel Alfredo Olivera*)

KAWABATA YASUNARI

LA MUJER DE VILLON

Me despertó el ruido de la puerta de entrada, que parecía que la echaban abajo, pero no me moví de la cama. Sabía que sólo podía ser mi marido que volvía borracho perdido, en la mitad de la noche.

Encendió las luces en el cuarto de al lado, respirando ruidosamente, y empezó a revolver los cajones de la mesa y la estantería, en busca de algo. Al cabo de pocos minutos hubo un ruido que me sonó como si él se hubiese aflojado hasta caer al suelo. Después sólo pude oír sus resuellos. Pensé qué podría estar haciendo, y le llamé desde mi cama: "¿Ya has comido? Hay un poco de arroz frío en el armario".

"Gracias", contestó con involuntario tono amable. "¿Cómo está el niño? ¿Tiene todavía fiebre?"

También esto era desacostumbrado. El niño está por cumplir cuatro años pero, o por desnutrición, o por el alcoholismo de su padre, o por enfermedad, es más pequeño que casi todos los de dos. No puede siquiera mantenerse firme sobre sus pies y, en cuanto a hablar, todo lo que puede decir es "iam-iam" o "iú". A veces pienso que es atrasado. Una vez que le llevé a los baños públicos y lo sostenía en mis brazos después de desvestirlo, me pareció tan pequeño, tan lastimosamente flaco, que mi corazón se abatió y estallé en llanto delante de todo el mundo. El pobre siempre tiene descomposturas de vientre y fiebre, pero mi marido casi nunca para en casa y no creo que piense jamás en él. Si oye que el chico tiene fiebre, me dice: "Tienes que llevarle al médico". En seguida toma su abrigo y se va a donde sea. Bien quisiera llevar al niño a un médico, pero no tengo dinero. Lo único que puedo hacer es acostarme a su lado y acariciarle la cabeza.

Pero aquella noche, sea por lo que fuere, mi marido estaba extraordinariamente amable, y por primera vez me preguntó si el niño tenía fiebre. Era algo que no me hacía nada feliz. Por el contrario, sentí como la premonición de algo terrible y escalofríos en el espinazo. No se me ocurría nada que decirle, de modo que me quedé acostada en silencio. Por un momento, no se oyó otra cosa sino el furioso jadear de mi marido.

A poco, desde la puerta de calle me llegó la tenue voz de una mujer: "¿No hay nadie en casa?" Temblé de pies a cabeza, como si me hubieran rociado con agua helada.

"¿Está usted en casa, Sr. Otani?" Esta vez, su voz tenía una inflexión

cortante. Corrió la puerta y llamó evidentemente irritada: "Sr. Otani, ¿por qué no contesta?"

Por fin mi marido salió a la puerta: "¿Bueno, qué pasa?" preguntó con un tono asustado, estúpido.

"Usted sabe muy bien de qué se trata", dijo la mujer bajando la voz. "¿Qué le obliga a robar el dinero ajeno cuando tiene una linda casa como ésta? Basta de bromas pesadas y devuélvalo. Si no lo hace me voy derecho a la policía".

"No sé de qué está hablando. Y no voy a aguantar sus insultos. No tiene nada que hacer aquí. ¡Fuera! Si no se va, soy yo el que va a llamar a la policía".

Después se oyó la voz de otro hombre.

"Pero qué descaro tiene usted, Sr. Otani. ¿Qué significa eso de que no tenemos nada que hacer aquí? Me deja pasmado. Pero esta vez es serio. Ya es más que broma eso de robar el dinero ajeno. Sólo Dios sabe todo lo que mi mujer y yo hemos tenido que aguantarle. Y ahora, para remate, hace algo tan ruin como lo de esta noche. Sr. Otani, me he equivocado con usted".

"Eso es chantaje" prorrumpió mi marido con una voz temblona. "Es extorsión. ¡Fuera! Si tienen algo de qué quejarse, me lo dirán mañana".

"¡Es indignante! Usted es un bribón. No me queda más que llamar a la policía".

En sus palabras había ahora una tal inflexión de odio que se me puso la carne de gallina.

"Váyanse al diablo" gritaba mi marido, pero su voz se había ido debilitando y sonaba a falso.

Me levanté, me eché una bata sobre el camisón y salí al vestíbulo. Saludé a los visitantes. Un hombre de cara redonda, de unos cincuenta años, con un sobretodo hasta las rodillas, preguntó: "¿Es ésta su esposa?" y sin la menor traza de sonrisa, inclinó apenas la cabeza en mi dirección, a manera de reverencia.

La mujer era delgada y pequeña, de unos cuarenta años, pulcramente vestida. Se aflojó el chal y, también sin sonreír, devolvió mi saludo con estas palabras: "Discúlpenos por entrar de esta manera, a medianoche".

Repentinamente, mi marido se calzó las sandalias y se dirigió a la puerta. El hombre se aferró a su brazo y, por un momento, se trabaron en lucha. "Suelte o le doy una puñalada" gritaba mi marido mientras la navaja relumbraba en su mano derecha. Era uno de los objetos que más quería y recuerdo que solía guardarlo en el cajón de su escritorio. Cuando volvió

a casa, debió esperarse todo esto y sin duda fué la navaja lo que había estado buscando al entrar.

El hombre retrocedió y entonces mi marido, aleteando con las mangas como un enorme cuervo, salió afuera de un salto.

"Ladrón", gritó el hombre y se disponía a perseguirlo cuando yo corrí descalza hasta la puerta de entrada y me colgué de su cuello.

"No, por favor. Ninguno de los dos ganará nada con lastimarse. Yo asumo la responsabilidad de todo".

La mujer dijo: "Sí, ella tiene razón. Nunca se sabe de lo que es capaz un loco".

"¡Puerco! Esta vez voy a la policía. ¡No aguanto más!" El hombre se quedó plantado allí, mirando inútilmente la oscuridad de afuera y refunfuñando entre dientes. Pero la fuerza se le había ido del cuerpo.

"Entre, por favor, y cuénteme lo que ha pasado. Sea lo que fuere, quizá yo pueda arreglarlo. La casa está toda revuelta, pero entre, por favor".

Los dos visitantes se miraron como consultándose, y asintieron levemente con la cabeza. El hombre dijo con la expresión cambiada: "Me temo que, diga usted lo que diga, ya hemos tomado nuestra determinación. Pero tal vez será una buena idea, señora Otani, contarle todo lo que ha pasado".

"Entren, por favor, y cuéntenmelo".

"No creo que podamos quedarnos mucho tiempo". Y así diciendo, el hombre empezó a quitarse el abrigo.

"Le ruego que no se lo quite. Hace mucho frío aquí y no hay nada para calentar la casa".

"Bueno, entonces, con perdón de usted".

Ambos pasaron al cuarto de mi marido. Parecieron espantarse de la desolación que veían. Las esteras, como si estuvieran podridas; las puertas de papel en jirones; las paredes habían empezado a desmoronarse y el papel de la alacena se había ido pelando, dejando ver las maderas. En un rincón estaba el escritorio y una biblioteca, una biblioteca vacía.

Ofrecí a las dos visitas unos almohadones rotos, con el relleno saliéndoseles, y dije: "Siéntense por favor en los almohadones, las esteras están muy sucias". Y les hice otra reverencia. "Debo pedirles disculpas por los perjuicios que parece haberles causado mi marido, y por el desagradable espectáculo que ha dado esta noche, cualquiera sea la razón. ¡Tiene un natural tan extraño!" En medio de la frase tuve un sofoco y estallé en lágrimas.

"Perdóneme la pregunta, señora Otani, pero ¿cuántos años tiene usted?" interrogó el hombre. Se había sentado con las piernas cruzadas sobre el

roto almohadón, con los codos sobre las rodillas, apoyando el mentón en los puños. Mientras me hacía la pregunta se inclinó hacia mí.

"Veintiséis".

"¿Nada más? Por supuesto, no puede tener más, considerando que su marido debe andar por los treinta, pero de todos modos me sorprende".

La mujer, asomando su cara por detrás del hombre, dijo: "No puedo dejar de pensar desde que he entrado aquí y he visto a su encantadora esposa, por qué el señor Otani se comporta como lo hace".

"Está enfermo. Eso es lo que le pasa. No era así antes, pero ahora está cada vez peor". Dió un gran suspiro y continuó: "Señora Otani, mi mujer y yo regenteamos un pequeño restaurant cerca de la estación Nakano. Antes vivíamos en el campo, pero me harté de estar lidiando con granjeros por cosa de centavos, y nos vinimos a Tokio. Después de pasar trabajos y bancarrotas, logramos ahorrar algo y, alrededor del año 1936, abrimos un restaurant barato, para clientes que tuvieran un yen o dos que gastar. Como no nos da por el lujo, trabajando como esclavos nos las arreglamos para proveernos de un buen stock de whisky y gin. Cuando emperazon a escasear las bebidas y otras casas se vieron obligadas a cerrar, nosotros pudimos continuar con el negocio.

"Estalló entonces la guerra con América e Inglaterra pero, aún cuando los bombardeos se iban haciendo cada vez más terribles, no quisimos ser evacuados ya que no teníamos hijos a quienes atarnos. Calculamos que podríamos aferrarnos al negocio hasta que todo cayese envuelto en llamas. Por lo que me acuerdo, su marido empezó a frecuentarnos en la primavera de 1944. Todavía la guerra no estaba perdida o, si lo estaba, nosotros no sabíamos cómo marchaban las cosas y pensábamos que si lográbamos aguantar dos o tres años más podríamos negociar una paz en términos de igualdad. Cuando el señor Otani apareció por primera vez en nuestro despacho no estaba solo. Resulta penoso contarle a usted esto, pero prefiero que lo sepa todo y no ocultarle nada. Su marido se metió a hurtadillas por la puerta de la cocina, con una mujer mayor que él. Pero he olvidado decirle que entonces la puerta principal estaba cerrada y que solamente unos pocos clientes habituales entraban por el fondo.

"Esa mujer, ya mayor, vivía en el barrio, y cuando el bar en donde trabajaba fué clausurado y perdió ella su empleo, comenzó a venir a menudo a nuestro negocio con sus amigos. Por eso no nos sorprendió mayormente cuando su marido se nos metió con esa mujer, que se llama Akichan. Los conduje al salón del fondo y les serví gin. Aquella noche el señor Otani tomó su bebida muy tranquilamente. Akichan pagó la cuenta y los dos se fueron juntos. Es ridículo, pero no puedo olvidarme lo extraordinaria-

mente cortés y refinado que parecía aquella noche. Pienso que cuando el diablo hace su primera aparición en la casa de alguien se porta de esa manera, entre triste y melancólica.

"Desde aquella noche el señor Otani fué un cliente constante. Diez días después apareció solo y de repente sacó un billete de cien yen. En aquel tiempo cien yen eran mucho dinero, más que dos o tres mil de ahora. Apretó el billete en mi mano y no hubiera tolerado mi negativa. "Por favor, cuídeme esto" me dijo sonriendo tímidamente. Aquella noche parecía que había bebido ya bastante antes de llegar y en nuestra casa se vació diez vasos de gin tan pronto como pude llevárselos. Todo ello, sin una palabra. Mi esposa y yo tratamos de iniciar una conversación pero él sólo sonreía ruborosamente, moviendo la cabeza. De repente, preguntó la hora y se levantó para irse. Lo llamé: "Tengo que darle el cambio". "Está bien, está bien", dijo. "¿Qué voy a hacer con esto?", insistí. Me contestó con una sonrisa sardónica. "Hágame el favor de guardarlo hasta la próxima. Volveré". Y se fué. Aquella fué la primera y única vez, señora Otani, que pudimos sacarle algo. Desde entonces, siempre nos entretuvo con una u otra excusa y se las arregló para beberse todo nuestro alcohol, casi sin ayuda".

Antes de que pudiera darme cuenta de lo que hacía, estallé en una carcajada. Me parecía todo tan gracioso... aunque no hubiera sabido explicar por qué. Me tapé la boca avergonzada, pero cuando miré a la señora vi que ella también se reía irresponsablemente y después, hasta su marido no pudo menos de reírse también.

"No, no es ciertamente cosa para reír, pero estoy ya tan harto que también me río. La verdad es que si hubiese utilizado sus habilidades en otro sentido, habría podido llegar a ministro, o a doctor en filosofía o a cualquier otra cosa que se hubiera propuesto. Cuando Akichan era todavía amiga del señor Otani, todo el tiempo se jactaba de él. Para empezar, decía, pertenece a una gran familia. Es el hijo menor del Barón Otani. Es verdad que había sido desheredado por su inconducta, pero cuando su padre, el actual Barón, muriese, él y su hermano mayor se dividirían la fortuna. Era brillante, un verdadero genio. A pesar de su juventud, era ya el mejor poeta del Japón. Y además, era un gran erudito, un perfecto demonio en alemán y en francés. Según Akichan era una especie de semidiós. Lo curioso es que no eran todos inventos: otras personas también nos dijeron que era el hijo menor del Barón Otani y un famoso poeta. Y hasta mi mujer, que ya va envejeciendo, estaba tan entusiasmada con él como Akichan. Solía hacerme notar qué cosa tan distinta era tratar con gente bien educada. Y la manera como deseaba su visita se me hacía completamente insoportable. Se

dice ahora que los tiempos de la nobleza de sangre han terminado, pero yo puedo afirmar que hasta que la guerra terminó nadie tenía tanto éxito con las mujeres como este desheredado hijo de la aristocracia. Lo que sentían por él, es algo increíble. Yo diría que es lo que ahora se llama "mentalidad de esclavo".

"En cuanto a mí, soy hombre, y además un poco frío, y no creo que un noblecito cualquiera —con perdón de la expresión—, un miembro de la pequeña nobleza de campaña que ni siquiera es el hijo mayor, sea tan diferente de mí. Nunca, ni por un momento, me entusiasmé por él de una manera tan estúpida. Pero de todas maneras este caballero era mi debilidad. Por más firme propósito que tuviera de no servirle ni una gota de alcohol "la próxima vez", no bien aparecía a horas intempestivas, como si le persiguieran, y yo veía lo aliviado que se sentía cuando por fin llegaba hasta nuestro despacho, mis resoluciones se debilitaban y terminaba por darle sus copas. Porque aún estando borracho no se ponía desagradable ni incomodaba a nadie, de modo que, sólo con que pagara la cuenta, hubiera sido un buen cliente. Nunca se hacía propaganda, ni tenía el necio orgullo de creerse un genio o algo por el estilo. Cuando Akichan o cualquier otro se sentaba a su lado y nos empezaba a contar sus grandezas, él, o cambiaba de tema, o decía: "Necesito dinero para poder pagar la cuenta", como si quisiera echar una frazada húmeda sobre tanto ardor.

"Por fin terminó la guerra. Empezamos a trabajar abiertamente en el mercado negro de alcoholes y colocamos nuevas cortinas en las ventanas del frente. A pesar de lo ruinoso, el local pareció más animado y tomamos una muchacha para agregarle un poco de encanto. Y entonces, quién cree usted que volvió por allí sino este condenado caballero. Ya no venía con mujeres, pero siempre llegaba en compañía de escritores de diarios y periódicos. Bebía más que antes y solía tener un aspecto salvaje. Empezó también a decir chistes verdaderamente vulgares, cosa que nunca había hecho antes, y a veces, sin razón, aporreaba a alguno de los reporteros que venían con él o comenzaba una pelea a puñetazos. Y lo peor fué que sedujo a la chica de veinte años que trabajaba para nosotros. Fué algo que nos chocó mucho, pero, al punto que habían llegado las cosas, no nos quedaba más remedio que olvidar el asunto. Aconsejábamos a la chica que se resignase a sufrir el hijo y sin ruido la devolvimos a sus padres. Rogué al señor Otani que no volviera más, pero él me contestó en tono amenazador. "La gente que se enriquece en el mercado negro no tiene derecho a criticar a los demás. Conozco todas sus triquiñuelas". Y a la noche siguiente se presentó como si nada hubiese pasado.

"Hemos aguantado a este monstruo, quizás como una forma de castigo

por la cuestión del mercado negro. Pero lo que ha hecho esta noche no podemos pasarlo por alto, precisamente por tratarse de un poeta o de un caballero. Fué lisa y llanamente robo. Nos ha robado cinco mil yen. Hoy en día todo nuestro dinero se va en reponer el stock de bebidas, y nos consideramos muy afortunados si tenemos quinientos o mil yen en caja. La razón por la que teníamos esta noche cinco mil, es que yo había hecho una cobranza de fin de año en casa de cada uno de nuestros clientes regulares. Si no entrego el dinero inmediatamente a los mayoristas, no podremos continuar en el negocio. Por eso es tan importante para nosotros. Bueno, pues, mi mujer estaba revisando las cuentas en el salón del fondo, y había puesto el dinero en el cajón del armario. Él estaba bebiendo solo, en el del frente, pero se debe de haber dado cuenta de lo que ella hacía. De repente se levantó, fué derecho al salón del fondo y, sin decir una palabra, empujó a mi mujer y abrió el cajón. Agarró entonces los billetes y se los metió en el bolsillo.

"Irrumpimos en el despacho todavía mudos de asombro, y después salimos a la calle. Le grité que se detuviese y los dos corrimos tras él. Por un momento, tuve ganas de gritar: "¡Al ladrón!", para que la gente de la calle se nos juntara, pero, después de todo, el señor Otani es un viejo amigo y no podía ser demasiado severo con él. Decidí no perderle de vista. Seguirle a donde fuese, y cuando lo viese más sereno, pedirle tranquilamente el dinero. No somos más que pequeños comerciantes, y cuando por fin le alcanzamos, aquí, no tuvimos más remedio que reprimir nuestros sentimientos y pedirle cortésmente que nos devolviese el dinero. ¿Y qué pasó entonces? Sacó su cuchillo y quiso apuñalarme. ¡Qué manera de portarse!"

Otra vez me pareció todo tan gracioso, por razones inexplicables, que estallé de risa. La mujer se puso colorada y sonrió apenas. Pero yo no podía dejar de reírme. Aún cuando me daba cuenta de que haría muy mal efecto al dueño del dinero, me parecía todo tan extrañamente gracioso, que reí hasta las lágrimas. Repentinamente se me ocurrió que la frase "la gran carcajada del fin del mundo" —que aparece en uno de los poemas de mi marido— quería decir algo por el estilo.

Pero de todas maneras no era cosa que se pudiera arreglar riendo. Medité un momento y dije: "De alguna manera repararé el daño, si ustedes esperan un día más antes de ir a la policía. Mañana sin falta iré a verles". Me informé prolijamente del lugar donde quedaba el restaurant y les supliqué que consintieran. Acordaron dejar, por el momento, las cosas como estaban y se fueron. Entonces me senté solitaria, en medio de la pieza helada, tratando de combinar un plan. No se me ocurría nada. Me levanté, me

quité la bata y me deslicé entre las mantas, en donde dormía mi hijo. Mientras le acariciaba la cabeza pensaba qué maravilloso sería que la noche no acabase nunca, nunca.

En otros tiempos mi padre tenía un puesto en el parque de diversiones de Asakusa. Mi madre murió cuando yo era chica y mi padre y yo vivíamos en una casa de inquilinato. El puesto del parque lo trabajábamos juntos. Mi marido solía venir de vez en cuando y al poco tiempo yo iba a encontrame con él en otros lugares sin que mi padre lo supiese. Cuando quedé embarazada lo convencí de que me tratase como esposa aunque, por supuesto, no se hizo el registro oficial. Ahora el niño va creciendo sin padre, mientras mi marido se ausenta tres o cuatro noches seguidas y a veces un mes entero. No sé adónde va ni lo que hace. Cuando vuelve, está siempre borracho, y se sienta ahí, mortalmente pálido, con el aliento espeso, mirándome fijamente. A veces llora y las lágrimas le cubren la cara, o, sin previo aviso, se arrastra hasta mi cama y me abraza estrechamente. "Ay, no puedo seguir así. Tengo miedo. Tengo miedo. ¡Ayúdame!"

A veces tiembla con todo el cuerpo y hasta después que cae dormido delira y gimotea. A la mañana siguiente está como ausente, como hombre a quien le han quitado el alma. Después desaparece y no vuelve por tres o cuatro noches. Dos publicistas, amigos de mi marido, se han preocupado por el niño y por mí durante algún tiempo y una vez nos trajeron dinero suficiente para que no nos muriéramos de hambre.

Me fuí durmiendo, y después, casi sin darme cuenta, abrí los ojos para ver que la luz de la mañana se colaba por las roturas de los postigos. Me levanté, me vestí, sujeté al niño a mi espalda y salí afuera. Sentía que no podía soportar ni un minuto más en aquella casa silenciosa.

Empecé a caminar sin rumbo y de repente me sorprendí yendo en la dirección de la estación. En un puesto al aire libre, compré un bollo para alimentar al niño. Después, con impulso repentino, saqué un billete para Kichijoji y tomé el tranvía. Mientras me mantenía de pie, colgada de la correa, me fijé casualmente en un cartel con el nombre de mi marido. Era el anuncio de una revista en la que él había publicado un cuento llamado "François Villon". Mientras yo miraba el título "François Villon" y el nombre de mi marido, brotaron de mis ojos lágrimas de aflicción —por qué, no sabría decirlo— que hicieron nublar el cartel hasta que mis ojos no pudieron verlo.

Me bajé en Kichijoji y, por primera vez en no sé cuántos años, caminé por el parque. Los cipreses alrededor del estanque habían sido talados, y el lugar parecía destinado a una construcción. Estaba extrañamente pelado y frío, en nada parecido a lo que solía ser.

Saqué al niño de mis espaldas y ambos nos sentamos en un banco roto, junto al estanque. Le di a comer una batata que traje de casa. "Es un estanque precioso, ¿no? Solía haber muchas carpas y dorados, pero ahora no queda ninguno. Lástima, ¿no?"

No sé qué pensaría él. Se sonrió en forma extraña, con la boca llena de batata. Aunque sea mi propio hijo, me dió la sensación de ser un perfecto idiota.

Nada podía resolver sentada allí, sobre el banco, de modo que puse el niño a la espalda y volví despaciosamente a la estación. Compré un billete para Nakano. Sin pensamiento ni plan alguno, abordé el tranvía como presa en un horrible remolino. Me bajé en Nakano y fuí en dirección al restaurant.

La puerta del frente no se abría. Fuí rodeando la casa y entré por la puerta de la cocina. El dueño estaba fuera y su mujer limpiaba la tienda, sola. Tan pronto la vi comencé a inventar mentiras, de las que yo misma no me sabía capaz.

"Parece que podré pagarle hasta el último centavo mañana, si no esta noche. No tienen por qué preocuparse".

"Oh, cuánto me alegro. Muchísimas gracias". Pareció casi feliz, pero aún así quedó en su cara como la sombra de una ansiedad, como si no estuviese del todo satisfecha.

"Se lo aseguro. Alguien me traerá aquí el dinero, sin falta. Y entretanto, yo me quedaré aquí como rehén. ¿Es suficiente garantía? Hasta que llegue el dinero, ayudaré en el despacho".

Saqué al niño de la espalda y lo dejé que jugara solo. Está acostumbrado a jugar solo y no estorba para nada. Quizá porque es estúpido no se asusta de los extraños de modo que sonrió alegremente a la señora. Mientras yo trataba de conseguirle las mercaderías racionadas, ella le dió unas latas vacías, norteamericanas, para que jugara, y cuando volví le encontré en un rincón haciendo sonar y rodar las latas sobre el piso.

Hacia el mediodía el patrón volvió de sus compras. Tan pronto como le vi, salí con las mismas mentiras que le había contado a la señora. Pareció asombrado. "¿Es cierto eso? De todas maneras, señora Otani, no se puede estar seguro del dinero hasta que no se lo tiene en las manos". Hablaba en un tono sorprendentemente tranquilo, como si me explicara algo.

"Pues es verdad. Confíe en mí, por favor, y espere sólo por hoy antes de que la cosa se haga pública. Entretanto, ayudaré en el restaurant".

"No pido más que se me devuelva mi dinero", dijo el patrón, como para sí mismo. "Quedan todavía cinco o seis días para fin de año ¿no es así?"

"Así es. De modo que. . . ¡oh, han entrado unos clientes! ¡Bienvenidos!" Sonreí a tres clientes (parecían obreros) que acababan de entrar al despacho

de bebidas y dije en voz baja a la señora: "Por favor, présteme un delantal".

Uno de los clientes gritó: "¡Oiga! Han conchabado una belleza. Es algo formidable".

"No me la echen a perder" dijo el patrón en tono de broma. "¡Me cuesta muy cara!"

"Un pura sangre de un millón de dólares", bromeó groseramente otro.

"Pero hasta en los pura sangre, la hembra cuesta la mitad" contesté en el mismo tono grosero, mientras ponía el saki a calentar.

"¡No sea modesta! De ahora en adelante hay igualdad de sexos en el Japón, hasta para los caballos y los perros", rugió el más joven de los clientes. "Acabo de enamorarme, querida. Es amor a primera vista. Pero, aquel chico ¿es hijo suyo?"

"No", dijo la señora trayendo al niño en sus brazos desde el salón del fondo, "unos parientes nos han cedido al niño. Por fin tendremos un heredero".

"¿Qué le dejarán, además de su dinero?" bromeó un cliente.

El patrón, con expresión sombría, murmuró: "Una historia de amor, y deudas". Después, cambiando de tono: "¿Qué se van a servir? ¿Les gustaría una parrillada?"

Era Nochebuena. Quizá por eso había una continua afluencia de clientes. Yo apenas había probado bocado desde la mañana, pero estaba tan excitada que me negué a comer, aun cuando la señora insistió en que lo hiciera. Seguí pues revoloteando por el restaurant como una bailarina. Quizás sea sólo vanidad, pero el negocio parecía excepcionalmente animado aquella noche y más de uno quiso saber mi nombre o apretar mi mano.

Pero yo no tenía la menor idea de cómo acabaría todo aquello. Seguía sonriendo y contestando los chistes sucios de los clientes con chistes aún más sucios, en el mismo tono, yendo de uno a otro, sirviendo las bebidas.

Parece que los milagros suelen ocurrir aún en este mundo. Un poco después de las nueve entró un hombre, con un sombrero tricornio de papel —por Navidad— y una máscara negra que le cubría la parte superior del rostro. Le seguía una mujer atractiva, de figura delgada, de unos treinta y cuatro o treinta y cinco años. El hombre se sentó en un rincón, dándome la espalda, pero tan pronto como llegó me di cuenta de quién era. Era el ladrón de mi marido.

Allí se sentó sin prestarme, al parecer, la menor atención. También yo pretendí no reconocerle, y seguí bromeando con los otros clientes.

La mujer que estaba con él me llamó. Mi marido me clavó los ojos,

desde detrás de su máscara, como si estuviese sorprendido a despecho de sí mismo.

Le toqué levemente el hombro y pregunté: "¿No me vas a desear feliz Navidad? Parece que ya te has despachado varios litros".

La dama decidió ignorarme. Dijo: "Tengo algo que hablar con el patrón. ¿Puede usted llamarle, por un minuto?"

Fuí a la cocina en donde el dueño estaba friendo pescado. "Otani ha vuelto. Vaya a verle. Pero no le hable de mí a la mujer que está con él. No quiero estorbarlo".

"Si usted lo quiere así, no hay más que decir", asintió fácilmente y fué al salón. Después de mirar rápidamente alrededor, el patrón fué derecho a la mesa en donde estaba mi marido. La hermosa dama cambió con él unas pocas palabras y los tres salieron de la casa.

Así acabó todo. Las cosas parecían arregladas. Tal como yo había creído en todo momento que sucedería. Estaba encantada. Tomé por la muñeca a un cliente joven, de ropa azul oscura, un muchacho de no más de veinte años, y grité: "¡Bebamos, bebamos! ¡Es Navidad!"

En menos de treinta minutos —no, fué antes que eso, fue tan pronto que me asustó— el patrón volvió solo. "Señora Otani, tengo que agradecerle. Acabo de recuperar mi dinero".

"Cuánto me alegro. ¿Todo?"

Me contestó con una rara sonrisa: "Todo lo que me sacó ayer".

"¿Y a cuánto asciende su deuda en conjunto? ¿Aproximadamente, el mínimum?"

"Veinte mil yen".

"¿Todo comprendido?"

"Es un mínimo".

"Respondo por ello. ¿Quiere usted emplearme, a partir de mañana? Le pagaré con mi trabajo".

"¿Qué? ¿Está usted bromeando?" Y nos reímos juntos.

Esa noche, dejé el restaurant después de las diez y volví a casa con el niño. Tal como lo esperaba mi marido no estaba allí, pero eso no me afligió. Mañana, cuando vaya al restaurant le veré de nuevo, estaba segura. ¡Qué buena idea! ¿Por qué no se me ocurrió antes? Todo lo que había sufrido lo debía a mi propia estupidez. Siempre tuve éxito divirtiendo a los clientes en el puesto de mi padre, y trataría de darme maña en el restaurant. El hecho es que, por hoy, había recibido unos quinientos yen de propinas.

A partir del día siguiente mi vida cambió por completo. Me sentí alegre y despreocupada. Lo primero que hice fué ir a un instituto de belleza para hacerme la permanente. Compré algunos afeites y remendé mis vestidos.

Parecía que todas las angustias, que tanto me habían pesado, hubieran desaparecido por completo.

Por la mañana me levanté y tomé el desayuno con mi niño. Después, lo eché a la espalda y salí a trabajar. Año Nuevo es la mejor época para un restaurant y he trabajado tanto que se me cierran los ojos. Mi marido cae a beber cada tantos días. Me deja que pague la cuenta y desaparece. A menudo por la noche, muy tarde, pregunta si no es hora de que yo vuelva a casa. Entonces volvemos alegremente, juntos.

"¿Por qué no habré hecho esto desde un principio? ¡Me ha traído tanta alegría!"

"Las mujeres no saben nada de lo que es felicidad o infelicidad".

"Quizá no. ¿Y los hombres?"

"Los hombres sólo conocen la infelicidad. Siempre luchan con el miedo".

"No entiendo. Solamente sé que quisiera que esta vida continuase siempre. Tanto el patrón como la señora son gente muy simpática".

"No seas tonta. No son más que unos patanes codiciosos. Me hacen beber porque saben que al fin de cuentas cobran".

"Eso es cosa de ellos. No puede reprochárseles. Pero no es solamente eso, ¿verdad? Tuviste algo que ver con la señora, ¿no es así?"

"Hace ya mucho tiempo. ¿Se dió cuenta el viejo?"

"Estoy segura de que sí. Le oí decir, entre suspiros, que le habías seducido a la empleada y le habías ocasionado deudas".

"Debo parecerte un personaje siniestro. La verdad es que yo quisiera morir ¡no puedo soportar más! Desde que nací no he pensado sino en morir. Y creo que sería mejor para todos los que me conocen. Y sin embargo no he de morir. Hay algo extraño, algo aterrador, Dios quizá, que no me deja morir".

"Es que tienes tu obra".

"Mi obra me importa un bledo. No escribo obras maestras ni fracasos. Si la gente dice que algo es bueno, la cosa se vuelve buena. Y si dicen que es mala se hace mala. Pero lo que me asusta es que en alguna parte del mundo hay un Dios. Porque existe ¿no lo crees?"

"No tengo la menor idea".

Ahora que he trabajado ya veinte días en el restaurant me doy cuenta de que hasta el último de los clientes es un criminal. He llegado a pensar que mi marido es manso, al lado de ellos. Y ahora veo que, no solamente los clientes, sino cada uno de los que van por la calle oculta algún crimen. Una mujer muy bien vestida llegó hasta la puerta vendiendo saki a tres-

cientos yen el cuarto galón. Era barato, considerando los precios actuales, y la señora lo compró sin más. Resultó que estaba aguado. Pienso que en un mundo en donde hasta una mujer que parece tan aristocrática se ve obligada a estas trampas, ningún ser viviente puede tener limpia la conciencia.

¡Señor Dios, si existes, manifiéstate! Hacia el fin de las fiestas de Año Nuevo fuí violada por un cliente. Aquella noche estaba lloviendo, y no había señal de que mi marido apareciera. Me alisté para salir, aún cuando quedaba todavía un cliente. Alcé al niño, que dormitaba en un rincón de la sala del fondo, y lo puse a la espalda. "Tendré que pedirle otra vez su paraguas", dije a la señora.

"Yo tengo paraguas. La acompañaré hasta su casa", dijo el último cliente levantándose como si se dispusiese a ello. Era bajo, flaco, de unos veinticinco años, y parecía obrero de una fábrica. Era la primera vez que iba al restaurant desde que yo trabajaba allí.

"Es usted muy amable. Pero estoy acostumbrada a irme sola".

"Usted vive lejos, lo sé porque vivo en el mismo barrio. La llevaré de vuelta. ¡La cuenta por favor!" Solamente había pedido tres vasos y no parecía estar borracho.

Subimos al tranvía juntos y bajamos en mi parada. Después caminamos bajo la lluvia, codo con codo bajo un mismo paraguas, a través de las calles oscuras como boca de lobo. El joven, que hasta aquel momento no había dicho palabra, empezó a conversar animadamente. "Conozco todo lo de usted. Soy un fanático del señor Otani y también yo escribo poesía. Hace mucho tiempo que estaba deseando mostrarle a él algo mío, pero me intimida".

Llegamos a mi casa. "Muchas gracias" le dije. "Espero verle de nuevo en el restaurant".

"Adiós", dijo el joven y se fué en medio de la lluvia.

A medianoche me despertó el ruido de la puerta de calle que se abría. Pensé que era mi marido que volvía borracho, como siempre, de modo que me quedé acostada sin decir nada.

Una voz de hombre llamó: "Señora Otani, perdóneme que la moleste".

Me levanté, encendí la luz, y me dirigí hacia la entrada. Allí estaba el joven, tambaleándose tanto que apenas podía tenerse en pie.

"Perdón, señora Otani. Al volver me paré para tomar otra copa y... para decir la verdad, vivo en el otro extremo de la ciudad, y cuando llegué a la estación el último tranvía acababa de salir. Señora Otani ¿me permitiría pasar la noche aquí? No necesito mantas ni nada. Me contento con dormir aquí en el hall hasta que salga el primer tranvía de la mañana. Si no estu-

viese lloviendo dormiría afuera, en alguna parte de la vecindad, pero no hay caso, con esta lluvia. ¡Deje que me quede!"

"Mi marido no está, pero bueno, puede quedarse en el hall". Saqué los dos almohadones rotos y se los di.

"Muchas gracias. Oh, creo que he bebido demasiado", dijo como gimiendo. Se acostó, tal como estaba, en el hall de entrada y antes de que yo llegase hasta mi cama pude oír sus ronquidos.

Por la mañana, al alba, me poseyó, sin ceremonias.

Aquel día fuí al restaurant con el niño, como siempre, tratando de aparecer como si nada hubiera pasado. Mi marido estaba en una mesa leyendo un diario, con un vaso lleno a su lado. Pensé en lo linda que era la luz del sol, de mañana, resplandeciendo sobre los cristales.

"¿No hay nadie?", pregunté. Levantó los ojos de su diario. "El patrón no ha vuelto de sus compras. La señora estaba en la cocina, hace un minuto. ¿No está ahora allí?"

"Por qué no viniste anoche?"

"Vine. Porque sucede que no puedo irme a dormir sin mirar antes la cara de mi camarera favorita. Llegué después de las diez, pero me dijeron que acababas de marcharte".

"¿Y entonces?"

"Pasé la noche aquí. ¡Llovía tanto!"

"Pues yo también dormiré aquí de ahora en adelante".

"Creo que es una buena idea".

"Entonces haré eso. No hay por qué estar pagando la casa".

Mi marido no dijo nada, volvió a su diario. "Bueno ¿qué te parece? Otra vez están hablando mal de mí. Me llaman aristócrata impostor con inclinaciones epicúreas. Eso no es verdad. Sería más correcto llamarme un epicúreo con temor de Dios. ¡Mira! Aquí dicen que soy un monstruo. Eso no es verdad, ¿no es cierto? Es un poco tarde, pero te voy a decir ahora por qué tomé los cinco mil yen. Fué para poderte desear un Feliz Año Nuevo, a ti y al niño, como hace tiempo que no lo hacía. ¿No es eso prueba de que no soy un monstruo?"

Sus palabras no me hicieron demasiado feliz. Contesté: "¿Tiene algo de malo ser un monstruo? Lo principal es seguir viviendo".

(Traducción de Miguel Alfredo Olivera)

DAZAI OSAMU

EN LOS BAJOS DE TOKIO

Era una tarde ventosa y desagradable. Ryo se apresuraba calle abajo, con su mochila a la espalda, tratando de ir por el lado en que el pálido sol se reflejaba sobre los tejados de las oficinas. De cuando en cuando se fijaba con curiosidad en un edificio, en un coche estacionado, en uno de esos innumerables hoyos que las bombas han dejado escalonados en la ciudad de Tokio.

Mirando por sobre una empalizada, Ryo descubrió una enorme pila de hierro viejo y junto a ella una casilla con puerta de vidrio. Dentro ardía un fuego y el cálido sonido de la leña que crepitaba le llegaba hasta el lugar en donde se había detenido. Frente a la casilla estaba un hombre de overalls, con un pañuelo rojo a la cabeza. Este individuo, alto, tenía algo de simpático, por lo que Ryo se atrevió a vocear:

"¡Vendo té! ¿No necesita té?"

"¿Té?", exclamó el hombre.

"Sí", dijo Ryo con sonrisa nerviosa. "Es té Shizuoca".

Pasó por una abertura de la empalizada y desatando las correas de su mochila la puso en el suelo frente a la casilla. Vió que el fuego ardía dentro, en un hornillo de hierro; encima pendía de una barra, una caldera de cobre de cuyo pico se elevaba una columna de vapor.

"Perdón", dijo Ryo, "¿tendría usted inconveniente en que pasara un momento a calentarme junto al hornillo? Estoy helada de frío y he caminado mucho".

"Claro que puede pasar", dijo el hombre. "Cierre la puerta y trate de entrar en calor".

Señaló una banqueta, que era su único mueble y él se sentó en un cajón. Ryo tuvo un momento de vacilación; luego arrastró su mochila dentro de la casilla y se inclinó sobre el hornillo restregándose las manos al fuego.

"Estará más cómoda en la banqueta", dijo el hombre, mirando de soslayo la atractiva cara de ella que se coloreaba al calor de la lumbre, y sus ropas raídas.

"No creo que usted ande siempre pregonando su té de puerta en puerta".

"Pues sí, así es cómo me gano la vida" dijo Ryo. Me dijeron que éste era un buen barrio, pero he andado por aquí desde la mañana temprano y solamente pude vender un paquete de té. Estoy por irme a casa, pero tomaré mi almuerzo por el camino, en alguna parte".

"Puede quedarse aquí a comer lo que traiga, si prefiere", dijo el hombre. "Y no se preocupe por no haber vendido su té", agregó sonriendo. "Todo es cuestión de suerte, ¿sabe? Probablemente mañana tendrá un buen día".

La caldera comenzó a hervir pitando. Mientras él la descolgaba del gancho, Ryo se dió tiempo para mirar alrededor. Observó el cielo raso de madera, ennegrecido de hollín, el pizarrón junto a la ventana, el estante para los dioses familiares sobre el cual había, en un tiesto, un arbolito de sakaki. El hombre tomó de la mesa un paquete de aspecto fofo y desatándolo sacó de allí un trozo de bacalao. Pocos minutos después el olor del pescado que cocinaba penetraba la casucha.

"Vamos", dijo el hombre, "tome asiento y coma su comida".

Ryo sacó la caja de su almuerzo de la mochila y se sentó sobre la banqueta.

"Vender cosas no es muy divertido", observó el hombre dando vuelta el bacalao sobre la parrilla. "Dígame ¿cuánto saca por cada cien gramos de ese té?"

"Tendría que sacar treinta y cinco yen para obtener algún beneficio. La gente que me manda el producto suele mezclarle malos tés, así que me considero con suerte si saco treinta yen".

Ryo tenía en su caja dos pescaditos cubiertos con salsa de cebada y algunos pickles (encurtidos de pasta de haba). Comenzó a comer.

"¿En dónde vive?" le preguntó el hombre.

"En el distrito de Shitaya. La verdad es que no distingo un barrio de otro en Tokio. Sólo hace pocas semanas que estoy aquí y me hospedo en casa de unos amigos hasta que pueda encontrar algo mejor".

El bacalao estaba listo. El hombre lo cortó en dos pedazos y dió una mitad a Ryo añadiendo papas y arroz de una fuente. Ryo sonrió e inclinó la cabeza agradeciendo, después sacó un atado de té de su mochila y echó una parte en un pañuelo de papel.

"Ponga esto en la caldera" dijo, ofreciéndoselo.

Él sacudió la cabeza y sonrió mostrando sus blancos dientes.

"¡Por Dios, no! Es demasiado caro".

Rápidamente, Ryo quitó la tapa y echó el té adentro antes de que él pudiera detenerla. El hombre, sonriendo, fué a buscar una taza y un vaso que había en el estante.

"¿Y su marido?" preguntó mientras los colocaba sobre el cajón. "Porque usted es casada, ¿no?"

"Sí, soy casada. Mi marido está todavía en Siberia. Por eso tengo que trabajar así".

Los pensamientos de Ryo volaron hacia su marido, del que nada sabía

desde hacía seis años; había llegado a ser para ella algo tan remoto que requería un verdadero esfuerzo recordar cómo era, o cómo era el sonido de su voz, tan familiar en otros tiempos. Cada mañana se despertaba ella con una sensación de vacío y desolación. Por momentos le parecía que su marido se había ido helando hasta convertirse en un espectro, en aquella Siberia subártica; un espectro o una delgada columna blanca o no más que un soplo de aire helado. Porque ya nadie hablaba de la guerra y ella se sentía molesta al tener que decir a la gente que su marido seguía prisionero.

"Es gracioso", dijo el hombre, "¡pero el caso es que yo también estuve en Siberia! Pasé cuatro años tajando leña cerca del río Amur, y sólo el año pasado conseguí que me mandaran a casa. Bueno ¡todo es cuestión de suerte! Y la suerte es dura con su marido. Pero también es dura con usted".

"¡De modo que usted ha sido repatriado desde Siberia! Pues no se le nota", dijo Ryo.

"No sé, no sé..." El hombre se encogió de hombros. "En fin, como usted ve, todavía estoy vivo".

Ryo cerró la caja de su almuerzo y después empezó a estudiar a su interlocutor. El hombre le parecía tan simple, tan recto, que tuvo verdadero deseo de hablarle franca y cordialmente, como le hubiera sido difícil con gente más educada.

"¿Tiene hijos?", preguntó él.

"Sí, un niño de seis años. Debería estar en la escuela, pero he tenido dificultades para inscribirlo aquí en Tokio. ¡Verdaderamente, estos funcionarios se las arreglan para complicarle la vida a la gente!"

El hombre se desató el pañuelo, limpió con él la taza y el vaso y comenzó a servir el té hirviente.

"¡Es de muy buena calidad!" dijo después, sorbiéndolo ruidosamente.

"¿Le gusta? Pero éste no es de la mejor calidad: solamente cuesta doscientos diez yen el kilo, al por mayor. Pero sí, tiene usted razón, es bastante bueno".

Mientras hablaban el viento iba arreciando, y silbaba sobre el techo de zinc de la casilla. Ryo echó una mirada a través de la ventana, tratando de hacer acopio de fuerzas para el largo viaje de vuelta.

"Le compraré un poco de té: setecientos cincuenta gramos", le dijo el hombre sacando dos calamitosos billetes de cien yen del bolsillo de su overalls.

"No sea tonto", dijo Ryo. "Puede tenerlo gratis".

"¡Ah, no, eso no estaría bien! ¡Los negocios son los negocios!" Y forzó el dinero dentro de la mano de ella. "Bueno, si usted anda otra vez por esta parte del mundo, entre de nuevo a conversar un poco".

"Me gustaría mucho", dijo Ryo, abarcando con los ojos la pobre casilla. "Pero usted no vive aquí, ¿verdad?"

"¡Por supuesto que sí! Tengo que cuidar de todo ese hierro que está allí afuera y ayudar a cargar los camiones. Paso aquí la mayor parte del día".

Abrió una puerta bajo el anaquel, descubriendo una especie de cuchitril en donde había una cama pulcramente tendida. Ryo observó del otro lado de la puerta, clavada con tachuelas, una postal en colores de las Cincuenta Campanas de Yamada.

"Pero qué bien se las arregla" dijo ella sonriendo. "¡Está usted muy cómodo aquí!"

Entretanto, calculaba cuántos años podría él tener.

A partir de aquel día Ryo volvió regularmente al distrito de Yotsugi para vender su té, visitando cada vez la casilla junto al cráter. Supo que el nombre de su nuevo amigo era Tsuruishi Yoshio. Casi siempre él la esperaba con algún rico bocado que poner en la caja de su almuerzo: ciruelas encurtidas, un poco de carne, una sardina. El negocio de ella comenzó a prosperar y logró hacerse de una clientela regular en aquellas vecindades.

Una semana después de aquel primer encuentro, ella trajo consigo a su hijito, Ryukichi. Tsuruishi se quedó conversando un buen rato con él y luego lo sacó a pasear. Cuando volvieron, Ryukichi traía una gran torta cubierta de azúcar quemada.

"¡Tiene muy buen apetito este mozo!" decía Tsuruishi acariciando la cabeza rapada del niño.

A Ryo se le ocurrió pensar, fugazmente, si su nuevo amigo estaría casado y luego se sorprendió a sí misma intrigada por varias circunstancias de la vida de él. Tenía ella veintinueve años y se dió cuenta, con sorpresa, de que era la primera vez que le llegaba a interesar en serio alguien que no fuese su marido. El carácter complaciente y despreocupado de Tsuruishi la atraía, aunque se supo dar maña para que él no pudiese adivinarlo.

Algún tiempo después Tsuruishi invitó a Ryo y a Ryukichi a que visitaran el parque de diversiones de Asakusa en su próximo día libre. Se encontraron frente a la garita de informaciones, en la estación de Ueno; Tsuruishi llevaba un viejo traje gris que le quedaba demasiado estrecho, y Ryo lucía un vestido azul hecho con género de kimono, y un tapado claro. A pesar de su ropa barata ella tenía un no sé qué de juvenil y elegante mientras esperaba en la estación atestada. Junto a Tsuruishi, alto y pesado,

parecía una colegiala en vacaciones. En su bolsa de compras llevaba el almuerzo: pan, naranjas y algas envueltas, con arroz.

"Bueno ¡esperemos que no llueva!", dijo Tsuruishi pasando levemente el brazo en torno a la cintura de Ryo mientras la conducía por entre la multitud.

Tomaron el subterráneo hasta la estación de Asakusa, y luego caminaron desde los almacenes de Matsuya hasta la puerta de Niten Shinto, pasando por cientos y cientos de pequeños puestos. El distrito de Asakusa era bien diferente de lo que Ryo se había imaginado. Quedó maravillada cuando Tsuruishi, señalándole un pequeño templo de laca roja, le contó que aquélla era la morada de la Diosa de la Misericordia, de Asakusa. A lo lejos podía escucharse el lamento quejumbroso de una trompeta y de un saxofón que emergía de algún altoparlante y se mezclaba curiosamente con el silbido del viento en las ramas de los viejos sakakis.

Caminaron hasta el mercado de ropa vieja y así llegaron hasta una fila de puestos de comida que se apeñuscaban, uno al lado del otro, junto al estanque de Asakusa. Aquí el aire tenía la fragancia del aceite hirviendo. Tsuruishi fué a uno de los puestos y compró un palito con caramelo, para Ryukichi, que el niño fué mordiscando mientras los tres caminaban por una callejuela con anuncios, restaurants a la norteamericana, cinematógrafos, revistas. Hacía menos de un mes que Ryo había visto por primera vez a Tsuruishi, frente a su casilla, pero se sentía tan cómoda con él, tan confiada, como si le hubiese conocido toda la vida.

"Bueno, pues ha empezado a llover por fin", dijo él sacando la mano. Ryo levantó los ojos y pudo ver las gruesas gotas dispersas que caían de un cielo grisáceo; pensó que aquella preciosa excursión se echaría a perder.

"Mejor será guarecerse allí", dijo Tsuruishi señalando uno de los negocios que lucía un farol de colores con el letrero: "La Alegre Casa de Té". Tomaron asiento en una mesa, bajo un cielo raso decorado con capullos artificiales de cerezo. Aquel lugar tenía una atmósfera nada hogareña, pero decididos a ponerle al mal tiempo buena cara, pidieron el té, entretanto Ryo distribuía las algas envueltas, el pan y las naranjas. Antes de que terminasen la comida había ya empezado a llover a cántaros.

"Mejor será que esperemos hasta que escampe", sugirió Tsuruishi. "Después les llevaré a casa".

Ryo se quedó pensando si se habría referido a la casa de ella o a la de él. Porque ella estaba parando en el estrecho departamento de una paisana, y ni siquiera tenía un cuarto que pudiese llamar propio; hubiera preferido volver a la casucha de Tsuruishi, aunque tampoco allí sobraba lugar para dar albergue a tres personas. Sacando la cartera, se puso a contar su

dinero debajo de la mesa. Setecientos yen serían suficientes para albergarse por pocas horas en una posada.

"¿Sabe qué me gustaría hacer?", dijo ella. "Me gustaría que fuésemos a un cinematógrafo y después a una posada a comer algo antes de decirnos adiós. ¡Pero supongo que será muy caro!"

"Sí, creo que sí", dijo Tsuruishi sonriendo. "Pero hagámoslo de todas maneras".

Y tomando su abrigo de la percha lo puso sobre la cabeza de Ryukichi y corrieron todos bajo el aguacero hasta el cinematógrafo. Por supuesto, no había asientos. Miraron el film de pie y el niño durmió su sueño sonoro recostado contra Tsuruishi. El aire en la sala parecía más espeso y más caliente a cada momento; podía escucharse el azote de la lluvia sobre el techo.

Cuando dejaron el teatro se iba haciendo oscuro. Casi corrían bajo la lluvia que caía con fuerza con el ruido de latigazo que hacen las hojas de los bananeros cuando sopla un viento vivo. Por fin encontraron una pequeña posada; el posadero les condujo a una habitación alfombrada, al través de un pasaje que daba a todos los vientos. Allí Ryo se quitó los escarpines empapados. El niño se sentó en un rincón y pronto volvió a su sueño.

"Puede usar esto como almohada", dijo Tsuruishi, tomando el viejo almohadón de una silla y poniéndolo bajo la cabeza de Ryukichi.

Desde una desbordante canaleta, por sobre la ventana, el agua caía al patio en corriente constante. Sonaba como cascada en la montaña de una aldea lejana.

Tsuruishi sacó un pañuelo y comenzó a enjugar el cabello mojado de Ryo. Ella levantó la cabeza para mirarlo y se sintió invadida por una sensación de felicidad. Era como si la lluvia hubiera empezado a lavar toda la soledad que había ido acumulando año tras año.

Salió a ver si podía conseguir algo de comer y encontró en el corredor a una criada con ropas occidentales que traía la bandeja del té. Ordenó que les trajeran dos escudillas de spaghetti y luego, ella y Tsuruishi, se sentaron a beber su té, mirándose de frente por sobre el brasero apagado. Después Tsuruishi vino a sentarse sobre el suelo, junto a Ryo. Recostados de espaldas contra la pared contemplaban el oscuro cielo lluvioso.

"¿Cuántos años tienes, Ryo?", le preguntó Tsuruishi. "Yo diría unos veinticinco".

Ryo sonrió. "No, Tsuru, no. Ya soy una vieja. Tengo veintiocho".

"¡De modo que eres un año mayor que yo!"

"¡Dios mío, qué joven!", dijo Ryo. "Pensaba que tendrías por lo menos treinta".

Le miró fijamente en los ojos oscuros de mirada amable, bajo las pobladas cejas. Él pareció sonrojarse levemente, después se inclinó y se quitó sus medias cortas, empapadas.

Continuaba la lluvia. Apareció la criada con los spaghetti fríos y sopa. Ryo despertó al niño y le dió un plato de sopa; todavía estaba medio dormido mientras lo sorbía.

"Mira, Ryo", dijo Tsuruishi, "deberíamos también pasar la noche en esta posada. ¿Crees que puedes volver a casa con esta lluvia?"

"No", dijo Ryo. "No me parece".

Tsuruishi abandonó la pieza y volvió al rato cargado con una pila de acolchados que desparramó por el suelo, con lo que el cuarto pareció llenarse de ropa de cama; mientras el niño lanzaba al aire sus ronquidos, ella le acomodó en uno de los acolchados. Luego apagó la luz, se desvistió y se acostó. Podía oír cómo Tsuruishi se acomodaba en el otro extremo de la pieza.

"Supongo que la gente de esta posada creerá que estamos casados", dijo Tsuruishi después de un rato.

"Sí, yo también lo creo. ¡No está bien engañarlos así!"

Habló en tono de chanza pero, ahora que estaba acostada a medio vestir, se sintió por primera vez algo turbada y como culpable. Su marido le pareció mucho más cercano de lo que había estado por años. Claro que ella estaba allí sólo por culpa de la lluvia, recordó... Y gradualmente su pensamiento comenzó a vagar gratamente por los campos, mientras se adormecía.

Cuando despertó, todavía era oscuro. Pudo oír a Tsuruishi que susurraba su nombre desde su rincón, y se incorporó sobresaltada.

"Ryo, Ryo, ¿puedo ir a hablarte un momento?"

"No, Tsuru", dijo ella, "no creo que debas".

Sobre el techo todavía golpeteaba la lluvia, pero la tormenta había declinado. La canaleta seguía desbordándose en el patio. Entre el sonido de la lluvia le pareció a ella que Tsuruishi suspiraba levemente.

"Mira, Tsuru", dijo después de una pausa. "No te lo he preguntado hasta ahora pero ¿estás casado?"

"No, ahora no", dijo Tsuruishi.

"¿Lo estabas?"

"Sí, lo estuve. Cuando volví del ejército me encontré con que mi mujer estaba viviendo con otro".

"¿Te enojaste mucho?"

"¿Si me enojé? Sí, creo que sí. Pero de todos modos no había nada que hacer. El hecho es que ella me había dejado".

Se quedaron otra vez en silencio.

"¿De qué vamos a hablar ahora?", preguntó Ryo.

Tsuruishi sonrió. "Pues no creo que tengamos nada especial de qué hablar. Los spaghetti no estaban buenos ¿no te parece?"

"No, no puede decirse que estuvieran buenos. ¡Y nos cobran cien yen a cada uno!"

"Sería lindo que tú y Ryukichi tuvieran un cuarto propio para vivir ¿no lo crees?", observó Tsuruishi.

"Oh, ya lo creo. ¡Sería maravilloso! ¿No crees que podríamos encontrar uno cerca de tu casa? Me gustaría vivir cerca de ti, Tsuru, ¿sabes?"

"Es muy difícil encontrar piezas en estos días, especialmente en el centro de la ciudad. Pero buscaré y te lo haré saber... ¡Eres una persona admirable, Ryo!"

"¿Yo?", dijo Ryo sonriendo. "¡No seas tontito!"

"¡Sí, sí, eres admirable... verdaderamente admirable!"

Ryo volvió a acostarse sobre el suelo. De repente tuvo el deseo de abrazar a Tsuruishi, de sentir su cuerpo junto al de ella. No se atrevía a hablar por temor de que su voz la traicionase; su respiración se hizo casi penosa; todo su cuerpo temblaba. Por la ventana se oía el martilleo de un camión tempranero que pasaba.

"¿Dónde viven tus padres, Tsuru?", preguntó ella al cabo.

"En el campo, cerca de Fukuoka".

"Pero ¿no tienes una hermana en Tokio?"

"Sí. Y está sola, como tú, con dos hijitos que cuidar. Ha conseguido una máquina de coser y hace ropa al estilo de Occidente. Su marido murió hace varios años en la guerra de China. ¡Guerra, siempre guerra!"

Por la ventana Ryo podía vislumbrar el primer destello de la aurora. Eso quería decir que su noche, juntos, estaba terminando, pensó con tristeza. Hasta cierto punto, habría deseado que Tsuruishi no se hubiese rendido tan fácilmente, pero a pesar de eso, estaba convencida de que era mejor así. Si se hubiera tratado de un hombre que apenas conocía, o por quien no abrigara ningún sentimiento, habría podido entregársele sin más. Pero con Tsuruishi era diferente, muy diferente.

"Ryo, no puedo dormirme". Su voz le llegó otra vez. "Estoy completamente despierto ¿sabes? ¡No estoy acostumbrado a este tipo de cosas!"

"¿A qué tipo de cosas?"

"Pues, a dormir en la misma pieza con una muchacha".

"¡Oh, Tsuru, no me digas que no tienes amigas de vez en cuando!"

"Solamente profesionales".

Ryo sonrió. "¡A los hombres les resulta fácil! Hasta cierto punto..."

Oyó que Tsuruishi se movía. De repente lo vió a su lado, inclinándose

sobre ella. Ryo no se movió, ni aún cuando sintió sus brazos que la rodeaban y su cara contra la de ella. Sus ojos se abrían grandes en la oscuridad y ante ellos había como luces que centelleaban. Dos labios calientes se apretaban contra su mejilla.

"Ryo . . . Ryo".

"Esto no está bien", murmuró ella. "No está bien para con mi marido . . ."

Pero casi en seguida se arrepintió de sus palabras. Mientras Tsuruishi se tendía sobre ella, pudo destacar la silueta de su cara contra la luz del cielo. Así inclinado, parecía estar rindiendo obediencia a algún dios. Ryo vaciló por un momento. Después le echó los brazos al cuello.

Dos días más tarde Ryo partió con su hijito para visitar a Tsuruishi. Cuando llegó al sitio de la bomba se sorprendió de no verle frente a su casita, con el pañuelo rojo atado a la cabeza. Ryukichi corrió a ver si estaba dentro pero volvió en seguida.

"¡Hay gente ahí, mamá!"

Presa de pánico, Ryo se apresuró a entrar a la casuca. Dos obreros estaban apilando las cosas de Tsuruishi en un rincón.

¿Qué pasa, señora?", dijo uno de los hombres volviendo la cabeza.

"Venía a buscar a Tsuruishi".

"Oh, ¿no lo sabe? Tsuruishi murió ayer".

"Murió", dijo ella. Hubiera querido decir algo más pero no le venían las palabras.

Se había fijado en una vela que ardía en el estante de los dioses familiares, y ahora comprendió su sombrío significado.

"Sí", continuó el hombre, "se mató anoche a eso de las ocho. Iba con otro en un camión a entregar unas barras de hierro en Omiya y, en el camino de vuelta, el camión volcó sobre un puente angosto. Él y el que manejaba se mataron. Su hermana ha ido hoy a Omiya con uno de los empleados de la compañía, para ordenar la cremación".

Ryo se quedó mirando al vacío. Sin verlos, miraba a los dos hombres que apilaban las cosas de Tsuruishi. Sobre el estante, junto a la vela, logró distinguir las dos bolsitas de té que le había comprado aquel primer día, hacía apenas dos semanas. Una de ellas estaba a medio vaciar; la otra, todavía sin abrir.

"Supongo que usted sería amiga de él. ¡Era una gran persona Tsuru! Es curioso pensar que no tenía por qué ir a Omiya. El chófer no se sentía bien y Tsuru dijo que él iría a Omiya a ayudarle a descargar. Qué locura,

¿verdad? ¡Después de haber pasado la guerra, y Siberia, y todo lo demás, venir a morirse así!"

Uno de los hombres desclavó la postal de las Cincuenta Campanas de Yamada y le sopló el polvo que la cubría. Ryo estaba ahí, mirando las cosas de Tsuruishi apiladas sobre el piso: la caldera, la sartén, las botas de goma... Cuando sus ojos llegaron al pizarrón, descubrió que había un mensaje torpemente garabateado con tiza roja: "Ryo, te esperé hasta las dos. Vuelvo esta tarde".

Automáticamente saludó a los dos hombres y bamboleó la mochila hasta ponerla a la espalda. Se sentía entumecida al dejar la choza de la mano de Ryukichi, pero cuando pasaron el sitio de la bomba, lágrimas ardientes manaron de sus ojos.

"¿Murió ese hombre, mamá?"

"Sí, murió", dijo Ryo.

"¿Por qué murió?"

"Se cayó a un río".

Las lágrimas le rodaban ahora por las mejillas; brotaban incontrolables mientras se afanaba por las calles de la ciudad baja. Llegaron así a uno de los puentes sobre el río Sumida, lo cruzaron y siguieron por la ribera en la dirección de Hakuho.

"No te preocupes si quedas embarazada", le había dicho Tsuruishi aquella mañana en Asakusa. "¡Cuidaré de ti pase lo que pase, Ryo!" Y más tarde, en el preciso momento de separarse, él había dicho: "No tengo mucho dinero, pero tienes que dejarme que te ayude. Te puedo dar de mi paga, dos mil yen por mes". Y luego llevó a Ryukichi a una tienda que se especializaba en mercaderías extranjeras y le compró un casquete de baseball, con su nombre escrito. Y los tres caminaron luego alegremente a lo largo de las vías, orillando los enormes charcos que había dejado la lluvia. Cuando llegaron a una lechería, Tsuruishi les invitó y pidió un gran vaso de leche para cada uno...

Ahora un viento glacial parecía haber soplado sobre el río oscuro. En la orilla opuesta, una bandada de aves acuáticas parecía helada y miserable. Las barcazas iban y venían despaciosamente por el río.

"Mamá, quiero un cuaderno de dibujo. ¡Dijiste que podía tener uno!"

"Después", contestó Ryo. "Te lo compraré después".

"Pero mamá, acabamos de pasar por una tienda que tenía miles de cuadernos. Tengo hambre, mamá. ¿No podríamos comer algo?"

"¡Más tarde, un poco más tarde!"

Pasaban ante una hilera de edificios que parecían casernas. Deben de ser residencias privadas, pensó ella. La gente que allí vivía probablemente

tendría cada una su cuarto propio. Desde una de las ventanas colgaba un acolchado para ventilarse y dentro podía verse a una mujer que hacía la limpieza.

"¡Vendo té!" anunció Ryo sin levantar la voz. "¡Té Shizuoca de la mejor calidad!"

No hubo respuesta, por lo que Ryo repitió su anuncio un poco más alto.

"No necesito", dijo la mujer. Metió dentro el acolchado y cerró la ventana con estrépito.

Ryo fué de casa en casa, calle abajo, anunciando su mercadería, pero nadie quería comprar té. Ryukichi la seguía, musitando que estaba hambriento y cansado. La mochila de Ryo le apretaba penosamente en los hombros y de tanto en tanto tenía ella que detenerse para ajustar las correas. Pero hasta cierto punto bendecía aquel dolor físico.

Al día siguiente fué sola a la ciudad baja, dejando a Ryukichi en casa. Cuando llegó al lugar de la bomba, observó que ardía un fuego en el interior de la casilla. Corrió hasta la puerta y entró. Junto al hornillo de Tsuruishi estaba sentado un viejo, con un sobretodo corto de obrero, alimentando el fuego con leña. Toda la pieza estaba llena de humo que salía en oleadas por la ventana.

"¿Qué desea?" dijo el viejo, mirando por sobre el hombro.

"Vengo a vender té Shizuoca".

"¿Té Shizuoca? Tengo aquí bastante té, y del bueno".

Ryo se volvió, sin una palabra, y se apresuró a salir. Había pensado en pedir la dirección de la hermana de Tsuruishi y en ir a quemar una barrita de incienso en su memoria, pero de repente le pareció que esto no tenía sentido. Caminó de vuelta hacia el río que reflejaba el sol de la tarde y se sentó junto a una pila de fragmentos de hormigón. El cadáver de un gatito yacía patas arriba a poca distancia. Pensando en Tsuruishi, se preguntó por un momento si no hubiera sido mejor no haberlo encontrado nunca. ¡No, no, ciertamente, eso no! Jamás lamentaría haberle conocido, ni lamentaría nada de lo que juntos habían pasado. Tampoco se arrepintió de haber venido a Tokio. Cuando llegó —hacía más o menos un mes— había planeado volver al campo si su negocio no marchaba, pero ahora sabía que se quedaría en Tokio, sí, y probablemente aquí mismo, en la ciudad baja, en donde Tsuruishi había vivido.

Se levantó, cargó su mochila a la espalda, y se alejó de la ribera. Mientras andaba por una callejuela lateral, observó una casucha que parecía

hecha con viejos tablones clavados un poco al azar. Se dirigió a la puerta voceando: "¡Vendo té! ¿Alguien que quiera té?" Se abrió la puerta de entrada y apareció una mujer vestida mucho más pobremente que la propia Ryo.

"¿Cuánto cuesta?", preguntó. Y luego, al ver la mochila, agregó: "Entre y descanse un poco, si gusta. Veré cuánto dinero nos queda. Tal vez nos alcance para un poco de té".

Ryo entró y descargó su mochila. En la pequeña sala, cuatro mujeres que cosían estaban sentadas en el suelo alrededor de un calentador de aceite, trabajando en un amasijo de camisas y medias. Eran mujeres como ella, pensó Ryo mientras observaba el movimiento de las agujas que entraban y salían, atareadas, de las piezas de género. Y la invadió una sensación de cordialidad y amparo.

(Traducción de Miguel Alfredo Olivera)

HAYASHI FUMIKO

MARIPOSA

CIERTAMENTE, entonces sonreíste,
como quien emprende un viaje por algún lugar,
alejada ya de mí, y sin embargo más cerca,
como para grabar tu imagen en mis ojos.

No te olvido, tú, de púrpura,
alta, erguida,
tembloroso tu cuerpo todo bajo los suaves rayos
como una mariposa suspirando.

Sólo alrededor del sitio donde estabas
los árboles en flor se aquietaron, se hicieron transparentes,
y alejaron la ciudad del polvo y las multitudes.

Ciertamente, entonces sonreíste.
Desde ese instante permanezco inmóvil y maravillado,
tratando de recordarte con aquella sonrisa.

ANDO ICHIRO

TREN NOCTURNO

La pálida luz de amanecer.
En las puertas de vidrio las impresiones digitales están frías,
y los apenas blancos bordes de las montañas
están quietos como el mercurio.
Los pasajeros aún no se despiertan,
sólo la lamparilla eléctrica late cansadamente.
El nauseabundo olor dulzón del barniz
y el humo indistinto de mi cigarro
atacan ásperamente mi garganta en el tren nocturno.
Cuánto peor ha de ser para ella, esposa de otro hombre.
¿No hemos pasado Yamashina todavía?
Ella abre la válvula de su almohada de aire
y observa cómo se desinfla gradualmente,
y de pronto, en medio de la tristeza,
nos sentimos atraídos el uno por el otro.
Cuando miro por la ventana, próximo ya al amanecer,
en una aldea de montaña, en un lugar desconocido,
blancas, empiezan a brotar las aguileñas.

EL CADÁVER DE UN GATO

Como una esponja, el paisaje
es hinchado suavemente por la humedad.
No se ven señales de hombres o de bestias
y nos alejamos de las cosas de la realidad.

Una rueda hidráulica llora.
Desde la borrosa sombra de un sauce
veo la forma de una mujer esperando
envuelta en su delgado chal, arrastrando
su encantador, etéreo ropaje,
vaga calmosamente, como un espíritu.
¡Ah, Ura, mujer solitaria!
"Siempre llegas tarde, ¿no es así?"
Nosotros no tenemos pasado ni futuro,
y nos alejamos de las cosas de la realidad.
¡Ura!
¡Aquí, en este paisaje sobrenatural,
entierra el cuerpo del gato ahogado!

EL NUEVO CAMINO DE KOIDE

El camino que acaba de abrirse aquí
va, supongo, directamente a la ciudad.
Me detengo en uno de sus cruces,
indeciso ante el solitario horizonte.
Oscuro, melancólico día.
El sol cae sobre los tejados de las casas.
En el bosque, aquí y allá, los árboles no talados.
¿Cómo, cómo rehacer lo que fuí?
Me rebelo contra el camino y no viajaré,
todos los árboles nuevos fueron desmontados.

HAGIWARA SAKUTARO

UN PUÑO

Compadecido por un amigo más rico que yo,
vilipendiado por uno más fuerte,
rojo de ira, levanté mi puño,
cuando en una grieta de mi alma furiosa
encontré un alma que no lo estaba,
agazapándose, disimulando, mansa y culpable.
¡Miserable!

¡Esa angustia!
A quién atacarás
con ese infortunado puño:
¿a tu amigo, a ti mismo,
o a la inocente columna que hay a tu lado?

ISHIKAWA TAKUBOKU

NIEVE DE PRIMAVERA

Ha nevado
en un lugar donde raramente cae nieve,
sin parar, amontonándose con la ventisca.
La nieve lo cubre todo
y cuanto cubre es hermoso.
¿Está preparada la gente para la fealdad del deshielo?
Me gustaría saberlo.

KITAGAWA FUYUHIKO

CANCION SECRETA DE LOS HERÉTICOS

Creo en las heréticas enseñanzas de una edad degenerada, en la
[brujería del Dios cristiano,
en los capitanes de los barcos negros, en la maravillosa tierra
[de los pelirrojos,
en el vidrio escarlata, en el agudo perfume del clavel,
en el calicó, el raque, y el *vinho tinto* de los bárbaros del sur;
en los dominicos de ojos azules que cantan la liturgia que
[aun en sueños me cuenta
de un Dios de fe prohibida, o de la Cruz manchada de sangre,
en el sutil invento que hace a un grano de mostaza grande
[como una manzana,
en el extraño, plegable anteojo que ve hasta el Paraíso.

Ellos construyen su casa con piedra, la blanca sangre de mármol derramada en vasos de cristal; cuando cae la noche —dicen— estalla
[en llamas.
Este hermoso sueño eléctrico se mezcla con el incienso del
[terciopelo
reflejando el pájaro y las bestias del mundo de la luna.

He oído decir que sus afeites son extraídos de las flores de
[plantas venenosas,
y que las imágenes de María están pintadas con el aceite de
[piedras podridas;
las letras azules alineadas horizontalmente en latín o en portugués están llenas de un hermosa y triste música del cielo.

¡Oh santos padres del error, dadnos seguridad,
aunque nuestros cien años se reduzcan a un instante, aunque
[muramos en la sangrienta cruz,
no importará; rogamos por el Secreto, ese extraño sueño carmesí!
Jesús, rezamos por este día, cuerpos y almas aprisionados en el
[incienso del vehemente anhelo.

KITAHARA HAKUSHU

QUEROQUÉ LA RANA

Autobiografía

Nací en los suburbios de Bolonia,
en un estanque de lotos,
cabeza abajo y pataleando al cielo;
el cielo del somorgujo
era para mí una fuente de asombro.
Mi nombre es Queroqué,
título que yo misma me conferí, naturalmente.
Un día fuí atrapada en una red
y llevada sin demora a una universidad,
exactamente, al laboratorio Galvani.
Algunos estudiantes (como suele suceder),
susurrando una barcarola, lo pasaron por alto...
Aquella tarde, en el año 1780,
un escalpelo fué aplicado en mi abdomen
y el mundo concibió la idea de la corriente eléctrica.
Estaba muerta,
estaba fuera de este mundo,
el cielo italiano era muy, muy hermoso.

KUSANO SHIMPEI

TEMA 1063

Las nuestras son sencillas cercas estilo Ainu.
Parcelamos y volvimos a parcelar la morera
en nuestra pulgada de jardín,
pero aun así no pudimos mantenernos.
En abril
era negra el agua de los arrozales,
minúsculos remolinos de aire oscuro
cayeron del cielo como gránulos

y los pájaros
volaron con sus roncos llamados.
Estos campos llenos de agudas piedras
donde retoñaron colas de caballo y ajenjo
son cultivados por mujeres
que se alivian de sus cargas
remendando las ropas del hijo mayor,
que cocinan y hacen las tareas domésticas,
que cargan con los disgustos y deseos de la familia,
sólo con un puñado de comida ordinaria
y seis horas de sueño todo el año.
Y aquí
si uno planta dos arrobas de trigo salen cuatro.
¿Es esa gente —me gustaría saberlo—
tan diferente
de los revolucionarios encerrados en cárceles,
de los artistas que mueren de hambre por su sino,
esos héroes de nuestro tiempo?

MIYAZAWA KENJI

LA HORA DE LA MUERTE

OSCURO es el color del cielo en otoño,
una luz en los ojos de un caballo negro;
el agua se seca, los lirios se marchitan,
el corazón se vacía.

Sin dioses, sin ayuda,
junto a la ventana ha muerto una mujer.
El blanco cielo era invisible,
frío era el blanco viento.

Cuando lavó sus cabellos en la ventana
su brazo era como una ramita, y suave
se escurría el sol matutino,
y gota a gota caía el sonido del agua.

No había ruido en las calles,
se confundían las voces de los niños.
Pero, dime, ¿qué le sucederá a su alma?
¿Adelgazará hasta volverse nada?

NAKAHARA CHUYA

CANCIÓN

No cantes,
no cantes a los rojos pimpollos
o a las alas de las libélulas,
a las murmurantes brisas o al perfume
de una cabellera de mujer.
Todas las cosas débiles, delicadas,
las cosas falsas, mentidas,
las cosas lánguidas, omítelas.
Rechaza toda elegancia
y canta lo que es totalmente verdadero
y colma el vientre, inunda el pecho
en el momento de la desesperación,
canciones que cuando golpean repercuten,
canciones que extraen valor
del pozo de la vergüenza.
¡Esas canciones
cantan en un potente ritmo de gargantas hinchadas!
¡Esas canciones
martillean en el corazón de cuantos pasan a tu lado!

NAKANO SHIGEHARU

PENSAMIENTOS

El sueño vuelve siempre a la solitaria aldea de la montaña.
En los cardales se levanta el viento, y al mediodía
se calma el ininterrumpido canto de la cigarra
en el camino que atraviesa el bosque.
El sol brilla en el cielo azul, el volcán duerme.
...Y yo,
aunque sé que nadie me escucha, sigo hablando
de las islas, montes, olas, rayos de sol y de luna que he visto.

El sueño no va más allá de ese punto.
¡Si tan sólo pudiera olvidarlo todo, completamente!
Cuando pueda olvidar hasta el acto de olvidar
mi sueño se helará en recuerdos de invierno,
y abrirá una puerta en la soledad
para viajar por una ruta iluminada con fragmentos de estrellas.

TACHIRA MICHIZO

LA TIERRA DE NETSUKE

Pómulos salientes, labios gruesos, ojos triangulares,
rostro como el de un netsuke tallado por el gran Shuzan,
expresión vacía como si el alma hubiera sido desplazada,
ignorante de sí mismo, nervioso,
vida mezquina,
presuntuoso,
limitado, satisfecho de sí mismo,
mono, zorro, ardilla, globo,
pez para carnada, fragmento de olla, cara de gárgola,
¡japonés!

TAKAMURA KOTARO

AL CAER EL DÍA

Ya está del todo en la noche.
Ha cesado el clamor de mi amada ciudad, y mi dedo dejó de [volver
las páginas. Las pequeñas plumas del Tiempo se posan sobre mis [párpados.

Hago girar la llave, y me apoyo en la oscuridad, como si fuera el pecho de mi madre. Silenciosamente, me incorporo a la espesa [oscuridad.
Por un instante abandono a algún otro la forma que me fué dada...

Ese instante, como el del fin de una vida, me hace crecer, de pronto, inmenso, inmenso. Y entonces, con lentitud, empiezo a circundar la totalidad del globo...

TAKENAKA IKU

ENCUENTRO CASUAL

En 1910 apareció el cometa Halley,
(y yo nací al año siguiente);
como su órbita es de setenta y seis años y siete días
debe retornar en 1986...

Eso leí, y mi corazón se deprimió.
Es improbable que alguna vez vea la estrella...
y quizás eso mismo suceda con los encuentros humanos.

Es tan frecuente hallar un espíritu comprensivo,
y tan raramente conquistamos un amor apacible...
Sé que mi verdadero amigo aparecerá después de mi muerte,
y que mi amada murió antes que yo naciera.

TANAKA KATSUMI

MIS CANCIONES

Porque mis canciones son breves
la gente cree que atesoré palabras.
Nada he ahorrado en mis canciones.
No hay nada que pueda agregar.
Distinta de un pez, mi alma se desliza sin agallas.
Yo canto sobre un suspiro.

UNA NOCHE

En cada cuarto
en cada jarrón
enciende una brillante luz;
arregla amapolas y rosas.
Esto no es consolar
sino castigar;
porque aquí, una mujer
—olvidada de alabar
y de responder—
de pronto deseó llorar
por una nimiedad.

VINISTE AL FIN

Viniste al fin, y por eso
dejé ir a las libélulas
que conservaba cautivas
entre mis cinco dedos
este atardecer de otoño.

DE LOS INNUMERABLES ESCALONES

De los innumerables escalones
que conducen a mi corazón,
él subió tan sólo
quizás dos o tres.

YOSANO AKIKO

(*Versiones del inglés de Alberto Girri*)

EL TAMBOR DE DAMASCO

Obra en un acto, basada en el original de Ze-ami.

Personajes:

IWAKICHI	Anciano portero
KAYOKO	Oficinista
HARUNOSUKE FUJIMA	Profesor de baile japonés
TOYAMA	
KANEKO	Diplomático
MADAME	Modista
HANAKO	
CRIADA	

DECORADO: *En el medio de escenario, el cielo al fondo de una calle. A los costados de la calle, enfrentándose, las ventanas y carteles del segundo piso de dos edificios. A la izquierda, estudio de abogado. Habitación vieja: simboliza la habitación de la verdad. Hay una maceta con un laurel. A la derecha, el segundo piso de una casa de modas. La habitación de estilo muy moderno: simboliza el engaño. Hay un gran espejo.*

PRIMER CUADRO

Primavera. Atardecer.

(*En la habitación de la izquierda*).

IWAKICHI: (*Está barriendo. Al llegar a la ventana...*) Salga. Salga. Ni que quisiera proteger la basura.

KAYOKO: (*Saca un espejo de su modesta cartera y se pinta los labios a la luz de la ventana*). ¿Me espera un momento? En seguida termino. (IWAKICHI *levanta la pollera de* KAYOKO *con la escoba*). ¡Ah! ¡Pero qué hace! No me está gustando nada; usted se ha puesto muy erótico últimamente. (*Por fin se aparta*).

IWAKICHI (*Barre*): Pero también es algo serio el erotismo de las jovencitas. ¿No sería preferible que las niñas de 19 o 20 años no se pintaran los labios? Estoy seguro de que su novio piensa lo mismo.

KAYOKO (*Mira el reloj*): Sí, ya que una no puede coquetear con los vestidos, lo hace con los labios, ¿no le parece? (*Mira de nuevo el reloj*). ¡Ah, qué mala suerte! ¡Si por lo menos el horario de salida de él coincidiera con el mío! Podría esperarlo en algún lugar, pero eso cuesta dinero...

IWAKICHI: Yo hace tiempo que ni pongo los pies en las confiterías de Ginza. Pero en cuanto a los restaurantes económicos, en eso sí que soy todo un experto. Me sé al dedillo dónde sirven las mejores sopas. (*Señalando el escritorio*). Una vez invité al doctor y me dijo que la sopa era de primera; me alegré tanto como si hubiera sido hecha en mi casa.

KAYOKO: Parece que al doctor no le va bien últimamente...

IWAKICHI: Es que hay demasiadas leyes; por eso es que sobran abogados.

KAYOKO: ¿Le parece? ¿Y teniendo su oficina en un lugar tan céntrico como éste?

IWAKICHI: Usted sabe que al doctor no le gustan las cosas torcidas. (*Mirando el cuadro de la pared*). Hasta ese cuadro, no le gusta que esté torcido ni un milímetro. Es por eso que yo estoy dispuesto a pasar el resto de mi vida al lado del doctor para servirle.

KAYOKO (*Abre la ventana*): ¡Qué suerte, paró el viento!

IWAKICHI (*Acercándose a la ventana*): Es que no se aguanta este viento terroso de comienzos de primavera... Hum, qué atardecer... Bueno, parece que hay buen olor, ¿eh?

KAYOKO: Es del restaurant chino del primer piso.

IWAKICHI: Es caro, pero también de categoría.

KAYOKO: ¡Mire qué puesta de sol! Se refleja en todas las ventanas de los edificios.

IWAKICHI: Aquéllas deben de ser las palomas de los diarios. Ah, se desbandan; pero ahora forman de nuevo un círculo...

KAYOKO: Qué joven se ha vuelto usted. ¿Es el amor?

IWAKICHI: No diga eso; el mío es un amor no correspondido. Es muy distinto del suyo...

KAYOKO: Ella es una *dama*, cuyo nombre no se sabe...

IWAKICHI: Es la dama del laurel dentro de la luna.

KAYOKO (*Señalando la maceta*): Es aquél el laurel, ¿verdad? Me pregunto qué tiene de particular.

IWAKICHI: Caramba, me olvidé de regar el querido laurel. (*Sale*).

KAYOKO: ¡Qué pícaro! ¡Se escapa porque tiene vergüenza de explicar!

IWAKICHI (*Aparece con una regadera*): Mi laurel, perdona que no te haya dado agua. ¡Que tengas hojas más brillantes! (*Regando, acaricia tiernamente las hojas*). ¿No le parece magnífico ese dicho de "los cabellos negros de color verde"?

KAYOKO: ¿No recibió ninguna respuesta buena?

IWAKICHI: No.

KAYOKO: ¡Vaya! Es tiempo de que llegue alguna contestación, ¿no? Imagínese, ya da vergüenza ir a entregarle las cartas. Únicamente yo puedo hacer de mensajera gratuita. ¿Qué le parece? Ya van treinta cartas; ¡sí, con la de hoy son treinta!

IWAKICHI: ¡Ya antes escribí setenta cartas de amor, que nunca mandé! Diariamente, durante setenta días, ¡y las quemé todas! Ese fué el destino de mis cartas, hasta que usted se compadeció de mí y empezó a llevárselas. En total, las cartas escritas son... eh... (*Piensa*).

KAYOKO: ¿Qué le pasa? ¿Está en la luna? ¿No ve que en total son cien cartas?

IWAKICHI: Ah, qué triste es el amor no correspondido.

KAYOKO: Por lo visto, no quiere resignarse.

IWAKICHI: Desde luego, a veces pienso olvidar. Pero uno llega a comprender que es más penoso tratar de olvidar que no resignarse. Es decir, es preferible el sufrimiento de no olvidar que el de olvidar, aunque en definitiva sea el mismo sufrimiento.

KAYOKO: Pero, ¿cómo pasó todo esto? (*Se enciende la luz en la habitación de la derecha*).

IWAKICHI: Mire, se prendió la luz en ese cuarto. Todos los días a la misma hora... Cuando muere este cuarto, el otro empieza a vivir. A la mañana, cuando este cuarto renace, el otro muere... Fué hace tres meses.

Después de terminar la limpieza miraba, como ahora, hacia esa habitación... En ese momento la ví por primera vez. Entró acompañada por una criada, y la Madame la condujo a ese cuarto... No sabría definirlo, pero tenía puesto algo así como una piel de oro, y cuando se la quitó, llevaba un vestido completamente negro. El sombrero también era negro. Desde luego, el cabello era como el cielo nocturno... El rostro era bellísimo: como la luna. Todo a su alrededor resplandecía por su brillo... Pronunció dos o tres palabras, y sonrió. Yo me estremecí... Ella había sonreído... La seguí mirando desde aquí, hasta que entró en el probador... Así comenzó mi amor.

KAYOKO: Pero no es tan linda. Por supuesto, lleva vestidos maravillosos...

IWAKICHI: El amor es otra cosa. Es reflejar al otro en el espejo de nuestra fealdad.

KAYOKO: Si es así, puedo estar en condiciones de ser amada.

IWAKICHI: No se aflija; para su novio, usted es la mujer más hermosa de la tierra.

KAYOKO: Pero entonces, ¿quiere decir que hay tantas lunas como mujeres en este mundo?

IWAKICHI: Así es; lunas gordas, lunas flacas... Sí, lunas llenas o cuartos crecientes...

(*Aparecen tres hombres en la pieza de la derecha*).

IWAKICHI: Ya se acerca la hora. Tengo que terminar la carta de hoy.

KAYOKO: Apúrese, por favor; mientras, leeré algún libro.

(IWAKICHI *se sienta ante la mesa y escribe.* KAYOKO *lee, sentada en una silla*).

(*En la habitación de la derecha*).

PROFESOR DE BAILE (*Lleva un tamborcillo envuelto en una tela violeta*): Mucho gusto, soy Harunosuke Fujima.

KANEKO: Kaneko, mucho gusto.

FUJIMA: ¿El señor Toyama y el señor Kaneko se conocían desde antes...?

TOYAMA: Sí, él estaba en un curso superior en la Universidad...

FUJIMA: Ah, sí, qué bien. Bueno, quería decirles que próximamente mi grupo va a presentar una danza teatral. Por favor, estas entradas... Me dijeron que la Señora se iba a hacer cargo de cien.

TOYAMA (*Celoso*): Cosas de la Señora; seguramente sacará de esto algún provecho.

KANEKO: Ella es distinta de ti. Es una persona que nunca sale ganando, aunque no es frecuente que pierda.

FUJIMA: Sí, creo que es una persona así.

KANEKO (*Terminante*): Yo sé perfectamente qué clase de persona es ella.

FUJIMA (*Como si el asunto no le concerniera*): Es una buena bailarina.

TOYAMA (*Mirando el reloj*): Cómo tarda, habiéndonos citado. ¿No les parece que es de mal gusto hacer esperar a hombres en una casa de modas?

KANEKO: En la época de los Luises las visitas masculinas eran conducidas al dormitorio. Era frecuente dedicar a las señoras galanterías de este tipo: "¿Quién fué el afortunado que puso esa sombra bajo sus ojos?"

FUJIMA: ¿Cómo? ¿Cómo dijo?

(KANEKO *repite palabra por palabra.* TOYAMA *se hace el distraído*).

FUJIMA: La sombra debajo de los ojos de la mujer, es una expresión bonita. Como si dijéramos, la luna con nubes vaporosas, ¿verdad . . .?

KANEKO (*Se interesa solamente en lo que él dice*): La clave de la diplomacia radica en esa parte sutil. Aún cuando uno mismo haya sido el causante de esa sombra, se le pregunta a la mujer quién ha sido el autor, ¿comprende?

TOYAMA: Al señor Kaneko lo van a nombrar pronto embajador.

FUJIMA (*Saluda reverente*): Congratulaciones.

(*En la habitación de la izquierda*).

IWAKICHI: Ah, por fin la terminé, así está bien.

KAYOKO: Qué trabajo debe costarle emplear siempre distintas frases.

IWAKICHI: Entre las vicisitudes del amor, ésta es, por lo menos, una de las más agradables.

KAYOKO: Bueno, se la haré llegar como siempre.

IWAKICHI: No sé cómo agradecerle, Kayoko; le ruego que no la pierda.

KAYOKO: Pero si es sólo cruzar la calle . . . aunque quisiera, no la podría perder . . . Bueno, hasta mañana.

IWAKICHI: Hasta mañana.

KAYOKO (*Desde la puerta, agitando la carta*): Pero puede ser que me olvide; ¡yo también estoy apurada!

IWAKICHI: ¡No se maltrata a los ancianos!

(*En la pieza de la derecha*).

KANEKO: ¡Cómo tarda!

TOYAMA (*Frente al espejo, se arregla la corbata*): La Señora siempre tiene un gusto especial para elegir corbatas. A decir verdad, no son de mi gusto estas corbatas chillonas.

FUJIMA (*Serio*): Esta cigarrera me la obsequió ella en la fiesta, cuando me gradué en el Conservatorio. Más que la cigarrera, lo valioso del conjunto

es el *netsuké*. (*A la luz de la lámpara*). Vean si no parece rubí, en vez de madera.

KANEKO: Nosotros, los funcionarios públicos, no podemos recibir obsequios por temor al soborno. En ese punto, los artistas son envidiables.

FUJIMA: Todos lo dicen.

TOYAMA (*Con voz llorosa*): Ah, vieja del demonio, ¿por qué no me habrá invitado solamente a mí?

KAYOKO (*Jadeante*): Perdón, ¿está aquí Madame?

TOYAMA: Hace un momento estaba en el salón de ventas. Quizás ha ido a hacer alguna diligencia.

KAYOKO: ¡Qué contratiempo!

TOYAMA: ¿Algo urgente?

KAYOKO: No, es la carta que todos los días le entrego a Madame. A pedido de una persona...

KANEKO (*Aristocráticamente*): Yo se la entregaré a Madame.

KAYOKO (*Vacila*): Sí, pero...

KANEKO: Bajo mi entera responsabilidad

KAYOKO: Entonces, la dejo en sus manos. (*Se retira*).

TOYAMA: Qué muchacha tan ocupada.

KANEKO (*Leyendo el sobre*): Miren lo que dice: "A la señora del laurel dentro de la luna". Esto sí que es divertido.

FUJIMA: Qué romántico, ¿verdad?

KANEKO: ¿No la habrá escrito usted, maestro?

FUJIMA: ¡Por favor! Nosotros, los maestros de baile, antes de escribir una carta de amor, tomamos directamente la mano de la dama.

KANEKO: El remitente se llama Iwakichi Honda.

FUJIMA: Tiene muy buena letra.

TOYAMA: ¿Quiere decir que Madame es la "señora del laurel"? Nunca vi un laurel, pero debe ser bastante grande, ¿no?

FUJIMA: Por lo menos el tronco tiene que ser muy grande.

(*Aparece Madame. Sumamente robusta*).

MADAME: Buenas tardes, señores.

TOYAMA: Hay una carta de amor para usted, Madame.

MADAME: ¿De quién será? Tengo por lo menos cinco o seis caballeros que están por mandarme cartas de amor.

KANEKO: El asunto está a punto de estallar, ¿no es verdad?

MADAME: Así es. Yo nunca me olvido de armarme.

TOYAMA: Pero ha de necesitar bastante tela para su armadura. ¿No cree?

MADAME: Siempre bromeando este chico.

FUJIMA (*Cambiando de tono*): "Señora Laurel dentro de la luna", venid aquí... Acercaos... Acercaos...

MADAME: Ah, ¿ésa es la carta de amor? Entonces tiene otro destino.

KANEKO: No intente ocultarlo.

MADAME: De veras, es para la Señora.

TODOS: ¿Cómo?

MADAME (*Se sienta*): Realmente me fastidian estas cartas. Resulta que el portero de la oficina de enfrente que tendrá unos setenta años, se enamoró de la Señora viéndola a través de la ventana, ¿comprenden?

KANEKO: Claro, si dicen que los viejos ven las cosas que tienen lejos. (*Ríe solo de su chiste*). ¡Ah, cómo deseo la vejez! La presbicia es realmente cómoda.

MADAME: Y esas cartas de amor suman, hasta ahora, decenas; no, ¡cientos de cartas!

TOYAMA: Si mandase esa cantidad de cartas a distintas personas, podría acertar con alguna.

KANEKO: Tu teoría es razonable. Pero si consideramos que en definitiva el amor es un problema de posibilidad, las posibilidades de una mujer podrían resultar iguales a las posibilidades de muchas mujeres, ¿no te parece?

FUJIMA: ¿Y mostró esas cartas a la Señora?

MADAME: ¿Cómo quiere que se las muestre? Las usé para limpiar el peine.

TOYAMA: ¿Pero el peine es una cosa que se ensucia tanto?

MADAME: El peine es el peine, pero hablo del peine que uso para el perro, ¿entiende? Tengo cinco fox-terriers. Cuando les rasco la cabeza o la espalda con el peine, se alegran tanto que entrecierran los ojos.

KANEKO: ¿Cuál de los dos correrá más rápido, el amor o el perro?

FUJIMA: Yo pregunto, ¿cuál de los dos se ensuciará más rápido?

KANEKO: Bueno, volviendo al asunto, ¿qué pasa con esas cartas?

MADAME: Ocurre lo siguiente: la linda jovencita que trabaja en esa oficina hace el papel de mensajera.

TOYAMA: Ah, ¿la que vino hace un momento? ¿Qué tendrá de linda esa chica? Parece una ciruela verde...

MADAME: ¿Cómo dijo?

TOYAMA: Dije que es una muchacha que se pinta horriblemente los labios y que si uno la besara resultaría tremendamente ácida.

MADAME: Para mí es una buena muchacha. En realidad ella fué la que me convenció de que recibiera las cartas; pero de ahí a entregárselas a la Señora...

KANEKO: Desde el momento que dice eso, ya no puedo entregarle ésta. ¿No cree?

MADAME: Me la tiene que dar. Si la llegara a leer la Señora y se sintiera ofendida, mi situación...

TOYAMA: ¿De qué tamaño es la situación de Madame?

MADAME: ¿Cómo dice?

TOYAMA: Quiero decir, ¿qué espacio ocupa el lugar en que Madame está parada?

FUJIMA: El señor Toyama se refiere al tamaño de su tabi.

MADAME (*Seriamente, lloriqueando*): ¡Yo jamás uso medias japonesas! (*Golpean la puerta*).

MADAME: ¿Qué haremos? ¡Es la Señora!

KANEKO: ¡Todos de pie! (*Entra* HANAKO). ¡Salud!

TOYAMA (*Se prende de* HANAKO): ¡Qué mala! De nuevo ha llegado tarde.

FUJIMA: La esperábamos ansiosamente.

MADAME: Usted siempre tan elegante.

(HANAKO *sonríe sin decir nada y se quita los guantes*).

MADAME (*Trata de adelantarse*): Como todos la están esperando, ¿qué le parece si hilvanamos cuanto antes el vestido? (*Mira a* HANAKO *por delante y por detrás*). A la Señora le sientan bien las modas ceñidas, pues tiene un cuerpo muy elegante. Pero el saco de esta primavera lo haré de distinto gusto, ¿verdad? Porque, además, tiene una línea que se presta para destacar el estilo deportivo, ¿no le parece?... Dentro del corte actual, he tratado de hacerlo lo más simple posible. ¿Recuerda que por sugerencia suya habíamos puesto pliegues simples a los costados de la manga? Bueno, ese toque ha realzado el acento del vestido... ¿Quiere pasar al otro cuarto, señora? Después le haré servir el té.

KANEKO: Señora, le envían a usted cartas de amor. ¿Quiere decirnos qué edad podrá tener el autor de las cartas, si 20 o 30 años?

(HANAKO *muestra un dedo*).

TOYAMA: No, no. No es un estudiante secundario.

(HANAKO, *sonriente, muestra dos dedos. Todos niegan con la cabeza. Muestra sucesivamente los dedos hasta llegar a siete. Expresión de duda*).

KANEKO: Por fin acertó. Juventud de 70 años. Dicen que es el portero de la oficina de enfrente.

(MADAME, *turbada, baja las cortinas de la ventana. En la ventana cerrada de la pieza de la izquierda, está* IWAKICHI, *mirando con empeño. Mientras tanto,* KANEKO *le entrega la carta a* HANAKO, *que abre el sobre. Todos tratan de leer*).

TOYAMA: Voy a leerles: "Os ruego, señora, que leáis esta trigésima carta escrita con mi alma y mi vida para que se grabe en vuestro corazón . . ." Madame nos engañó. Usted dijo que eran cientos de cartas . . . Sabe una cosa, señora, Madame se guardó todas las cartas anteriores.

KANEKO (*Leyendo*): "Mi pasión aumenta día a día; os ruego, señora, para cerrar la herida que abre día y noche el látigo del amor, que concedáis a este viejo, que tiene sus días contados, sólo una vez . . . sólo una vez . . . un beso . . ." ¡Esto sí que es extraordinario! Dice, sólo un beso. (*Todos ríen*).

TOYAMA: ¿Qué? ¿Nada más que un beso? Qué pocos deseos tiene este hombre.

FUJIMA: Estoy asombrado. Los viejos de hoy resultan más jóvenes que nosotros.

MADAME: ¿De modo que escribe esas cosas? Yo nunca las había leído. (MADAME *toma la carta*). A ver qué dice: "El amor, señora, es un sufrimiento continuo y persistente". Un poco vulgar, ¿no? Es como decir "El forro del vestido no es como el azúcar, sino ácido".

KANEKO: Este viejo cree que es el único que sufre en este mundo. Esa vanidad, basta para odiarlo. También nosotros sufrimos. La diferencia está en que no lo exteriorizamos.

FUJIMA: Porque nosotros tenemos discreción.

TOYAMA: Yo también conozco todas estas cosas. Me parece insoportable el tono del viejo, como insinuando que nosotros somos superficiales y que él sólo conoce el auténtico amor.

KANEKO: Si nosotros, que vivimos en tan mala época, pudiéramos mostrar hasta qué punto debemos sufrir para engañarnos a nosotros mismos, ya lo creo que lo hubiéramos hecho.

FUJIMA: Los que viven con ideas antiguas, no tienen remedio. Tal vez estén convencidos de que en este mundo hay butacas especiales para el amor.

TOYAMA: Como las butacas que hay en los cines.

MADAME: Chicos, no bromeen. Creo que la discusión es bastante seria. (*Hace sonar la campanilla*). ¿No le parece, señora, que los caballeros se están acalorando demasiado?

KANEKO (*En tono de discurso*): En general, debemos repudiar la existencia de viejos como éste. No podemos permitir que este individuo siga existiendo. Es decir, la existencia que cree en los sentimientos auténticos. Por ejemplo, los auténticos bizcochuelos de Nagasaki se venden en cualquier región del país. Pero yo odio al comerciante que cree firmemente que el bizcochuelo que él vende es el auténtico fabricado en Nagasaki. Es prefe-

rible que lo venda sabiendo que es imitación. Esto es la estafa, el engaño; es decir, un impecable producto de la conciencia. Pero nosotros tenemos la lengua que sabe distinguir entre los auténticos y los falsos bizcochuelos. Por eso nuestro amor comienza por la lengua.

MADAME: Bastante sensual.

KANEKO: La lengua no tiene su casa matriz. La lengua se apoya en nuestro sentido general del gusto. La lengua puede decir: "Esto es sabroso", pero si no dice más que eso, es a causa de su gran modestia. El rótulo de auténtico se lo pegan los otros, y nada más. La lengua sólo distingue si este bizcochuelo es rico o no.

EMPLEADA (*Apareciendo*): ¿Llamaba, señora?

MADAME: Sí... los bizcochuelos... No, quiero decir... ¿Qué era? Ah, sí, cinco cafés, y tráigalos pronto.

EMPLEADA: Sí, señora.

KANEKO: Todos los problemas son relativos. El amor es la arquitectura del sentimiento, que no cree en lo auténtico. Y ahora qué me dicen: ese viejo impuro, es un usurpador. Nos cree idiotas a todos nosotros. Es un audaz. Un insubordinado.

FUJIMA: El difícil concepto que usted ha expresado es algo que está más allá de la comprensión de personas como yo, sin mayor instrucción; pero analizando el problema, la lucha por constituirse en los legítimos sucesores de las casas matrices, no tiene en verdad mayor relación con el camino del arte; es decir que lo importante en el baile japonés es aquel mundo en que lo único auténtico es el movimiento de la mano; bueno, eso es lo que me enseñó siempre mi maestro... En este caso el viejo se apresura en declarar su autenticidad, o sea en mostrar que él es el verdadero sucesor de la escuela, y olvida ese mundo del éxtasis amoroso (*gesto de danza con la mano*); quiero decir que ese mundo, señores, es el que ha dejado de lado, olvidado.

TOYAMA: Y la señora, ¿qué dice? No se quede así, tan callada. O tal vez no le disgusta del todo recibir mensajes amorosos de un viejo. ¿Por qué tan silenciosa, "señora laurel dentro de la luna"?

MADAME: Seguramente, la señora es tan discreta que no le agradan las discusiones.

TOYAMA: Pero a la señora le agrada hacer sufrir a los demás.

MADAME: Es un refinamiento corriente en las mujeres hermosas.

FUJIMA: También es un refinamiento que sólo sienta a las mujeres hermosas.

MADAME: Por ejemplo, a la señora le sientan colores como el verde, que es difícil de llevar.

KANEKO: Sí, pero esos colores no los usa en la ropa exterior. Los usa en los camisones, y se hace la desentendida.

TOYAMA: Yo declaro que la señora jamás usa camisones verdes.

KANEKO: Desde hace un rato estás diciendo cosas que debieras guardártelas.

MADAME: Bueno, bueno, chicos...

(EMPLEADA *entra con el café. Todos toman en silencio*).

(*En la habitación de la izquierda*).

IWAKICHI: ¿Qué habrá pasado? No se corre nunca esa cortina. ¡Ah, qué impaciente se vuelve uno! Sólo pude verla un instante... Pensar que creí que hoy, por fin, se compadecería de mí, apareciendo en esa ventana como una pintura en su marco, y me sonreiría... Pero no me puedo resignar... no me puedo resignar...

(*En la habitación de la derecha*).

KANEKO: Bueno...

FUJIMA: ¡Ah! (*Vuelca café en las rodillas y se limpia*).

KANEKO: ¿Qué le pasa?

FUJIMA: Hace un momento, tomando el café, se me ocurrió una idea genial.

KANEKO: Yo también pensaba en algo; en la forma de burlarnos de ese viejo... Señora, qué piensa, en general, de las personas como...

FUJIMA: Mi idea es...

KANEKO (*Sin hacerle caso*): En general, a individuos como ése hay que darles de una vez por todas una buena lección. No es necesario tener contemplaciones por el hecho de que sea un viejo. Es preciso hacerle saber que el lugar donde él vive es tan pequeño, que nadie más puede entrar en él.

TOYAMA: Hacerle saber que en las casillas de los perros no entra la gente...

KANEKO (*Cambiando de humor*): Sí, eso mismo.

FUJIMA: Mi idea es la siguiente: vean esto, señores. (*Muestra el tamborcillo envuelto en tela violeta*).

MADAME: ¿Un tamborín?

FUJIMA: Sí, lo usaremos en la danza teatral que vamos a dar ahora. Hablando de la función, muchas gracias por las entradas, señora... Como iba diciendo, ¿qué creen que es este tamborín? ¿Quieren que lo haga sonar? Oigan: ningún sonido. Este tambor es una perfecta imitación del verdadero; en lugar de cuero, lleva una tela de damasco, ¿comprenden?

TOYAMA: ¿Quiere decir que han fabricado un tambor que no suena?

FUJIMA: Nada de eso; es, simplemente, un tambor de utilería.

KANEKO: ¿Ah, sí?

FUJIMA: La idea es acompañar este tamborín con un escrito y tirárselo a la pieza del viejo, ¿entienden? Lo importante es escribir una nota ingeniosa.

MADAME: Parece interesante. Diga lo que piensa escribir.

FUJIMA: Le diremos lo siguiente: "Haga sonar este tamboril" ... ¿Está bien? "Haga sonar este tamboril. Si el sonido llega hasta esta ventana a través de los ruidos de la calle, su deseo será satisfecho". Eso es todo...

TOYAMA: ¡Buena idea! ¡El viejo se va a matar tocando!

KANEKO: ¿No habrá necesidad de agregar "Si no llega, su deseo no se cumplirá"?

FUJIMA: Hay cosas que se sobreentienden, ¿no le parece?

KANEKO: Sí, pero hay que ser prudente en los escritos diplomáticos.

FUJIMA (*Se excita solo*): Entonces, señora, ¿conforme? Ya ve que he dispuesto sacrificar un elemento de utilería para defender su persona.

TOYAMA: Es una clienta de cien localidades. ¿Qué le puede costar un tamboril cualquiera?

FUJIMA: No hable de ese modo. Señora, ¿está de acuerdo?

(HANAKO *sonríe, y asiente con la cabeza*).

MADAME: Esto me salva a mí también. Por fin, ese viejo tendrá que resignarse.

FUJIMA: Bueno, lápiz y papel.

(*Todos empiezan los preparativos.* FUJIMA *escribe el mensaje.* MADAME *descorre la cortina.* HANAKO *es conducida al lado de la ventana.* KANEKO *la abre*).

KANEKO: No se ve luz. ¿Estará el viejo en el cuarto?

MADAME: Por lo que me contó la muchacha, permanece pegado a la ventana hasta que la señora se retira.

KANEKO: Pero ¿llegará la voz?

TOYAMA: Yo me encargaré de llamarlo. ¡Qué lindos son los neones vistos desde aquí!

FUJIMA: ¿Quién le tirará el tambor?

KANEKO: Yo lo puedo hacer. Así como me ven, en mis tiempos de estudiante fuí un famoso pitcher en baseball. (*Gira el brazo como practicando*).

TOYAMA: ¡Eh, señor Honda! ¡Abra la ventana!

(*Se abre la ventana.* IWAKICHI, *tímidamente, asoma por ella la mitad del cuerpo*).

TOYAMA: Escuche. Le vamos a tirar esto; recíbalo, ¿eh?

(IWAKICHI *asiente.* KANEKO *arroja el tamboril.* IWAKICHI *lo sujeta apenas. Lo lleva hasta la mesa.*)

IWAKICHI: ¿Qué será? Me ha obsequiado un tamboril. Ella está junto a la ventana y mira fijamente hacia aquí. ¡Extraño! Ay, si me observa de frente siento la urgencia de esconder mi cuerpo. ¿Sería por mi insistencia en contemplarla que la señora se ocultaba hasta ahora? ...Pero hay un mensaje... *(Lee.)* ¡Ah, por fin se cumplirá mi deseo! El sonido del tambor llega muy lejos. Debe ser una expresión sumamente refinada... En vez de decir simplemente "sí", lo hace con rodeos... Siento que mi pecho se oprime... Como que jamás tuve una alegría semejante; es como si el estómago de un pobre fuera débil para los manjares... Será por eso que sufro en medio de mi dicha... Los señores de la otra ventana están esperando. Parece que quieren divertirse. ¿Acaso será interesante escuchar el sonido del tambor tocado por un anciano inculto? *(Se arrodilla ante el árbol de laurel.)* Mi laurel, mi precioso, precioso laurel, perdóname; poso en tus cabellos verdes este tamborcillo... ¿Te pesa mucho? Un poco de paciencia, ¿eh? Ah, pero te sienta bien así. Parece un enorme y hermoso peine llovido del cielo que ha venido a descansar en tus cabellos... Escucha: aunque suene el tambor, no hagas temblar las hojas. Nunca fuí tan feliz como ahora, frente a ti. Cada vez que te miraba, pensaba: que mi desdicha haga crecer hojas verdes más hermosas y más apretadas. Es la verdad, mi querido laurel, es la verdad.

TOYAMA: ¡Toque pronto el tambor! ¡No ve que nos hace esperar en medio de este frío con la ventana abierta!

IWAKICHI: ¡Eh! ¡Escuchen, que voy a tocar!

(Toca el tambor. No suena. Toca del lado contrario. Tampoco suena. Bate desesperadamente. No suena.) ¡No suena! ¡Me ha mandado un tambor que no suena! Fuí burlado. Fuí engañado. *(Se tira al suelo y llora.)* ¿Qué haré? ¿Qué haré? ¡Una persona tan noble como ella, se burla de manera tan baja! ¡No puede ser! ¡No puede ser! *(Las personas del cuarto de la derecha ríen. La ventana es cerrada estrepitosamente.)* ¡Ríanse! ¡Ríanse! ¡Ríanse cuanto quieran!... Ustedes morirán riéndose. Se pudrirán riéndose... pero yo no... *(Camina hacia el fondo del escenario.)* Yo no. El hombre burlado no morirá... El hombre burlado no se pudrirá... *(Abre la ventana, y monta en ella. Montado, cabizbajo y triste. Se tira como desplomado. Grito desde abajo. Se oye un momento el murmullo de la multitud.)*

(En la habitación de la derecha, todos conversan sonrientes. La ventana por la que se ha arrojado el viejo está en el lado opuesto, de modo que nadie sabe de la tragedia. De repente se abre la puerta.)

EMPLEADA: Dicen que el portero de enfrente acaba de tirarse por la ventana. Ha muerto.

(Todos lanzan exclamaciones y se levantan, caminando a derecha e izquierda. Unos abren la ventana, otros corren escaleras abajo. Sólo HANAKO *queda de pie, en actitud soberbia, en medio de la habitación.)*

SEGUNDO CUADRO

(Medianoche. Cambia el decorado del fondo de la calle. Se ve un cielo estrellado. En la habitación de la derecha, el reloj toca elegantemente dos campanadas. La pieza está a oscuras; al cabo de un momento, se oye el sonido metálico de una llave abriendo una puerta. La puerta se abre. Entra HANAKO, *vistiendo traje largo de noche y un tapado; las llaves en una mano, en la otra la linterna. Guarda las llaves en la cartera. Se acerca a la ventana, y la abre. Mira fijamente la ventana de la pieza de la izquierda.)*

HANAKO: *(En voz baja, como si hablara a alguien.)* He venido, sabe, he venido hasta aquí, porque usted me dijo que viniera. Me escapé a medianoche de la fiesta para poder llegar, ¿me entiende?... Conteste, por favor... ¿No está allí?

(En la habitación de la izquierda se abre la ventana del fondo. El espíritu del viejo portero sube por la ventana de donde se arrojó. Camina hacia la derecha. La ventana se abre a medida que se aproxima el viejo.)

Ha venido... Sabía que vendría.

ESPÍRITU: Desde mi muerte, vago entre su almohada y esta pieza.

HANAKO: He venido llamada por usted. Sin embargo, usted no me conoce aún. Ni siquiera sabe cómo he podido venir hasta aquí...

ESPÍRITU: Porque yo la he atraído.

HANAKO: No, no es cierto; sin ayuda humana, no es posible abrir las puertas por donde pasan los seres mortales.

ESPÍRITU: ¿Es que todavía trata de burlarse de los espíritus?

HANAKO: Cómo puede suponer que yo tengo semejante fuerza. Para lo único que alcanza es para matar a un pobre anciano. Y eso con sólo mover la cabeza. Sin que yo misma haya ejecutado su muerte.

ESPÍRITU: ...

HANAKO: ¿Me oye usted? *(El* ESPÍRITU *asiente con la cabeza)*. La voz penetra, ¿verdad?... Esta voz tan baja... Pensar que cuando se habla entre los hombres hay que levantar sin cesar la voz para poder entenderse... Aunque pensándolo bien, estuvo mejor que nuestras voces no se comunicaran entre su cuarto y éste.

ESPÍRITU: ¡Ah, está lleno de estrellas! No se ve la luna. La luna cayó

al suelo, sucia de barro. Yo me arrojé siguiendo a la luna. Es decir, me he suicidado con la luna.

HANAKO: *(Mirando la calle.)* ¿Se ven en alguna parte los restos de la luna? Nada de eso se puede ver. Sólo los taxímetros de medianoche. Hay un vigilante que está caminando. Se detiene. Pero parece que no es porque haya descubierto el cadáver. El vigilante no se encuentra con nadie. Únicamente se encontrará con el otro vigilante que viene caminando desde allá. Entonces, es el espejo.

ESPÍRITU: ¿Quiere decir usted que el espíritu sólo se encuentra con el espíritu y la luna con la luna?

HANAKO: A medianoche todo sucede así. *(Enciende un cigarrillo.)*

ESPÍRITU: Pero yo ya no soy un fantasma. Mientras viví fuí un fantasma. Ahora sólo queda lo que yo había soñado. Ya nadie podrá desilusionarme.

HANAKO: Pero, por lo visto, aún no ha conseguido transformarse en el fantasma del amor. No me refiero en particular a su barba, a su uniforme de portero, a su sucia camisa. Pero, de cualquier manera, para que su amor adquiera forma hace falta una cosa. Estoy segura de que para afirmar el amor en este mundo en que vivimos algo hace falta; algo más que la simple muerte por amor.

ESPÍRITU: ¿Pretende exigirle pruebas a un espíritu? *(Ademán de limpiarse los bolsillos)*. Mire, el espíritu no tiene un centavo. Yo he perdido la fortuna llamada "prueba".

HANAKO: En cambio, yo estoy lleno de pruebas. Una mujer está llena de pruebas de amor. Pruebas que una vez mostradas dejan de ser de amor. Pero los hombres pueden amar a las mujeres sin necesidad de pruebas, porque ellas las tienen.

ESPÍRITU: ¡No me muestre esas pruebas!

HANAKO: Acabo de entrar abriendo la puerta, ¿verdad? ¿Dónde piensa que conseguí la llave de esa puerta?

ESPÍRITU: ¡Ah, no me haga oír esas cosas!

HANAKO: Esa llave la robé del bolsillo de Madame. Mis dedos son muy ágiles. Me alegré mucho de que mi "mano" de ladrona no se hubiera malogrado.

ESPÍRITU: Comprendo. Usted teme mi persecución. Seguramente se ha propuesto hacerme desistir.

HANAKO: Bien, se lo voy a demostrar entonces. Usted me puso un buen nombre. Antes yo era conocida por "Media luna". En el vientre tengo tatuada una media luna, ¿sabe?

ESPÍRITU: Ah...

HANAKO: No es que la haya hecho por gusto. Un hombre me la grabó a la fuerza. Siempre está pálida como una muerta, pero se pone roja cuando bebo *sake*.

ESPÍRITU: ¡Prostituta! Ya se ha burlado dos veces de mí. Una sola no le bastaba...

HANAKO: Una sola vez no era suficiente... Sí, es así. Una sola vez no era suficiente... para que nuestro amor se realizara, o para que nuestro amor desapareciera...

ESPÍRITU: Usted ha sido envenenada por hombres malignos.

HANAKO: Mentira. Los hombres malignos, los hombres sin conciencia, me hicieron fuerte.

ESPÍRITU: Yo, en cambio, fuí burlado por tener conciencia.

HANAKO: No es verdad. Usted fué burlado, simplemente, porque es viejo.

(La pieza de la izquierda se torna rojiza por la ira del ESPÍRITU. *El laurel con el tambor también tiene un resplandor rojizo y se percibe claramente.)*

ESPÍRITU: ¿No tiene vergüenza? La voy a maldecir.

HANAKO: No tengo miedo. Ya soy fuerte, puesto que he sido amada.

ESPÍRITU: ¿Por quién?

HANAKO: Por usted.

ESPÍRITU: Ah, fué por la fuerza de mi amor que usted empezó a decir la verdad.

HANAKO: ¿Qué le parece?... Y sin embargo, usted no ama mi verdadero yo. *(Ríe.)* ¿Quiere maldecirme? Los hombres sin tacto siempre son así.

ESPÍRITU: No, yo la amo ardientemente. Lo saben todos en el mundo de los espíritus.

HANAKO: Pero en este mundo, nadie lo sabe.

ESPÍRITU: ¿Porque no sonó el tambor?

HANAKO: Sí, porque el sonido no llegó a mis oídos.

ESPÍRITU: ¡Fué por culpa del tambor! Un tambor de damasco no puede sonar.

HANAKO: Sabrá que no es culpa del tambor el que no haya sonado.

ESPÍRITU: Todavía la amo.

HANAKO: ¿Todavía? Si desde que murió, ha pasado apenas una semana.

ESPÍRITU: La amo. Y voy a hacer sonar el tambor.

HANAKO: Hágalo sonar. Vine a escucharlo.

ESPÍRITU: Lo voy a hacer sonar. Mi amor hará sonar el tambor de damasco.

(El espíritu toca el tamboril. Suena alegremente.)

¡Suena! ¡Suena! ¿Ha visto cómo se oye el sonido del tambor?

HANAKO: *(Sonríe traviesamente.)* No lo oigo.

ESPÍRITU: ¿No oye esto? No es posible. Escuche, voy a tocar. Tocaré la cantidad de cartas que le escribí. Una, dos. ¿Lo oyó? Tres, cuatro. ¡El tambor sonó! *(El tamboril suena.)*

HANAKO: No oigo. ¿Dónde suena el tambor?

ESPÍRITU: ¿No oye? Ah, está mintiendo. ¿No oye esto? Diez, once... ¿No oye esto?

HANAKO: Nada. No oigo ningún tambor.

ESPÍRITU: ¡Es mentira! *(Se enfurece.)* No voy a dejar que diga que lo que oigo no le llega a usted. Veinte, veintiuno... ¡Está sonando!

HANAKO: No oigo nada, no oigo nada.

ESPÍRITU: Treinta, treinta y uno, treinta y dos... No puede ser que no lo oiga. El tambor suena. Suena el tambor que no debía sonar.

HANAKO: Ay, hágalo sonar pronto. Mis oídos esperan impacientes.

ESPÍRITU: Sesenta y seis, sesenta y siete... ¿Será posible que únicamente mis oídos recojan el sonido del tambor?

HANAKO: *(Se desespera. Monologa.)* Ah, también este hombre es igual a los de este mundo.

ESPÍRITU: *(Desesperado. Monologa.)* ¿Quién podrá probar que ella está oyendo?

HANAKO: No oigo, todavía no oigo.

ESPÍRITU: *(Sin fuerzas.)* Ochenta y nueve, noventa, noventa y uno... Ah, es el fin. ¿No se oirá el sonido de este tamboril? *(El tambor sigue sonando.)* Es inútil, es inútil. ¡De modo que no suena! Por más que toque y toque, este tamboril de damasco...

HANAKO: ¡Pronto, para que lo oiga! ¡No se desanime! ¡Pronto, que llegue a mis oídos pronto! *(Extiende los brazos desde la ventana.)* ¡No se desanime!

ESPÍRITU: Noventa y cuatro, noventa y cinco... Ya no puedo más. El tambor no suena. Para qué sirve tocar este tambor que no suena... Noventa y seis, noventa y siete... Adiós, Dama del Laurel, adiós... noventa y ocho, noventa y nueve... Adiós; he tocado las cien veces... Adiós... *(Desaparece el* ESPÍRITU*; el tambor calla.)*

(En la pieza de la derecha, HANAKO *está de pie, ausente. Aparece* TOYAMA*, abriendo la puerta estrepitosamente.)*

TOYAMA: ¡Señora! ¿Estaba usted aquí? Bueno, bueno, todos la estábamos buscando. ¿Qué le pasó? ¡Desaparecer a medianoche! ¿Qué le ha sucedido? *(Agita el cuerpo de Hanako.)* ¿Se siente bien?

HANAKO: *(Como en sueños.)* Pensar que yo lo oía . . . Si hubiera tocado una vez más . . .

TELÓN

(Traducción de Kazuya Sakai)

MISHIMA YUKIO

LA MÚSICA DE OKINAWA

DEBEMOS contemplar la música oriental y su contenido estético desde el punto de vista en que la enfocan sus cultores. No existe otra manera de valorizarla. Nuestra música occidental representa una modalidad estéticamente definida, técnicamente delineada, muy amplia, pero sólo una modalidad. Oriente se ha decidido, a través de miles de generaciones de músicos y oyentes, por una modalidad distinta de la nuestra, aunque no menos compleja y amplia. Está regida por leyes propias cuya importancia no debemos subestimar.

Nuestra música ha crecido a partir del Medioevo hacia una formulación sonora simultánea y por lo tanto vertical, adquiriendo un elemento estético que podría compararse a la perspectiva en la pintura. Los occidentales hemos preferido llegar a una mayor esquematización de la línea sonora propiamente dicha, mientras hemos ganado —en compensación— una gran cantidad de elementos de simultaneidad sonora que deciden para nosotros el color, el clima, el ambiente musicales. Además de la línea sonora, hemos ordenado nuestro ritmo hacia una simetría casi excesiva, caracterizándose nuestra música por su ordenamiento vertical y horizontal cada vez más estricto que llega a su cúspide en el estilo que conceptuamos clásico. Además, en tal ordenamiento concomitantemente vertical y horizontal (o "perspectívico"), en esa suma del factor melódico más el rítmico y más el armónico, hemos preferido abandonar los elementos diferenciales del lenguaje sonoro que integraban también en el seno de la música occidental el ámbito claramente circunscripto de sonoridades limitadas en sí, pero múltiples

como posibilidades diferenciales. En esa delimitación que llamamos "modo", vale decir el ámbito claramente diferenciado, pero de múltiples posibilidades de diversa integración, se movía el canto de los griegos y también el canto de la Iglesia Católica. El sentido modal fué suplantado en Occidente por el concepto diatónico tonal con sus únicos dos modos mayor y menor. La enorme riqueza diferencial que distingue la línea ornamental pura y riquísima de una melodía sin "perspectivas" concomitantes, tal como la conocían los griegos, tal como se manifiesta en el canto gregoriano y tal como vive en la música de Oriente, se ha perdido por completo en el ámbito de la música occidental.

La música oriental ha evolucionado y perfeccionado su sentido modal hasta una complejidad casi inabarcable. Es inmensa la cantidad de sutilezas sonoras que se extienden desde las escalas pentafónicas chinas hasta las escalas eptatónicas hindúes y arábigo-persas. Cada país tiene sus modos típicos. Más aún: existen diferenciaciones entre las diversas zonas de cada país y también entre las diversas capas sociales. El cuadro es, por lo tanto, sumamente abigarrado.

En la práctica occidental el intérprete vierte el pensamiento del compositor dentro de los cánones de una tradición establecida, y de acuerdo con indicaciones esencialmente inmutables. En la práctica oriental el intérprete se atiene a una práctica diferente. Existe, sí, una tradición interpretativa, un estilo. La melodía es subjetivizada de acuerdo con un canon estético que deja un amplio margen para las sutilezas del intérprete, quien, más que un "vertidor", es un "recreador" de la melodía. La melodía, casi siempre heredada por vía oral, es objeto de una interpretación muy personal; quien la canta o toca procura enriquecerla de acuerdo con un estilo igualmente heredado, pero vivo y mutable. La música del Japón pertenece a ese tipo de arte hondamente subjetivo. La línea propiamente dicha que da origen a tal interpretación es una melodía descarnada, esquemática. Al ser interpretada, adquiere rasgos nuevos. Cuanto más rica en ornamentaciones imprevistas (dentro de los cánones de un "estilo" conocido por los iniciados) se torna tal o cual línea melódica, tanto más grande puede considerarse el arte del intérprete. La melodía preestablecida adquiere de esa manera un nuevo significado y un nuevo ropaje. Dado que la música tiene un sentido primordialmente expresivo y subjetivo, y con frecuencia esotérico y simbólico, este canto resultará, con sus oscilaciones de tono, con sus "glissandi" y portamentos, con sus adornos y calderones, en sus múltiples sutilezas rítmicas, una metáfora acerca de una serie de estados de ánimo y de pensamientos. Arte sin perspectiva, sin duda, pero matizado hasta la saturación en sus alcances expresivos. Es por lo tanto manifestación de una cultura infinita-

mente rica, pródiga en los motivos más variados, y en que cada detalle puede adquirir la fuerza suprema del símbolo.

Al sur de las grandes islas del Japón, entre la isla de Kiusim y la de Formosa se extiende una cadena de doscientas islas pequeñas que integran el archipiélago de Ryu-Kyu. Entre ellas, la mayor es la isla de Okinawa, donde se hallaba la antigua sede real. Los habitantes de Ryu-Kyu son gente sencilla, pescadores de perlas y navegantes, tenaces, laboriosos, acostumbrados a vencer los peligros. Entre ellos, todo gira en torno a sus trabajos dignos y humildes y a la música y la danza, que cultivan con cariño y predilección emocionantes. En las más pequeñas islas de Ryu-Kyu, inclusive en aquellas que siempre se hallan en constante peligro de ser arrasadas por tempestades e inundaciones, el canto y la danza florecen. Es fácil encontrar allí un folklore singularmente rico y variado.

Okinawa posee una historia muy agitada. Ha tenido, como todo el archipiélago, las más diversas influencias culturales, principalmente las de China, Indonesia y Japón. Pertenece hace trescientos años al Japón. Antes, fué dominio chino. Y también ha tenido sus propios reyes, entre los cuales el más destacado fué Shoshin, que reinó desde 1479 hasta 1526. Se considera su reinado como la edad de oro de la música okinawense. Marca una tradición clásica a la que siempre se han referido las generaciones posteriores. Esta tradición vive aún —por herencia directa— entre los descendientes de los músicos reales de la época de Shoshin. Shoshin fué un rey de la paz. Implantó el sistema del "rei-gakú", o sea del "camino recto por la música" ("Rei": camino recto; "gakú": música). Por medio del "rei" se mantiene la armonía y el orden en la sociedad, por medio del "gakú" se mejora a los hombres. Shoshin no emprendió guerras, desterró las armas y creó un verdadero paraíso terrenal en donde todo tendía a la perfección y espiritualización por el cultivo de las artes. El héroe nacional de Okinawa fué entonces el músico Aka-Inko, la más alta encarnación de esa práctica artístico-filosófica.

La implantación del sistema del "rei-gakú" coincide con el mayor florecimiento de la práctica del San-shin, instrumento de cuerdas llamado Shami-zen en las islas centrales del Japón. Probablemente entró en Okinawa hace unos seis siglos desde China. La aproximada coincidencia de la llegada del "San-shin" con la adopción del sistema "rei-gakú" hace pensar en otro hecho concomitante. Es la relación directa que existe entre este sistema de paz y meditación con las doctrinas contenidas en el "Li-ki", vale decir en el memorial de los ritos que expone el pensamiento chino acerca de la música y que data del primer siglo antes de Cristo. En el "Li-ki" se lee: "La virtud es el principio de la naturaleza humana, pero la música es la flor de

la virtud". "La música es la suprema armonía; los ritos, la suprema conveniencia. Aquel que conoce la verdad de los ritos y de la música, los establece y los consolida; para él no existe dificultad aquí abajo". Esta teoría se amplía hacia una visión trascendental de las relaciones armoniosas entre el Cielo y la Tierra, que son regidas por la música, ya que "al igual que la sociedad humana la naturaleza no llega a un estado perfecto sino por el equilibrio de los ritos y de la música". Los chinos fueron rigurosos durante dos mil años en la aplicación de este sistema casi pitagórico de la "armonía celestial".

El "rei-gakú" okinawense significó, pues, un principio de elevada moralidad en lo que atañe al significado del arte musical. Eso explica la concentración subjetiva y la "castidad" que se aduce de este ejercicio musical, cuyas consecuencias perduran hasta la actualidad y hacen que el ancestral "san-shin" y su estilo gocen de singular veneración y respeto.

Los modos usados en Okinawa se acoplan a las escalas típicas de China, Japón e Indonesia. Ésa es la inmensa riqueza musical de Okinawa, pues allí se produce una síntesis y combinación de las diversas corrientes artísticas del Extremo Oriente. Es menester considerar que estas corrientes son todas muy vetustas. Los orígenes de la gama china se pierde en la noche de los tiempos y las diversas gamas japonesas son, en su mayoría, modificaciones nacionales de esa gama china. Cobran hoy significado doblemente clásico. Quien no está interiorizado del problema no puede imaginarse cuán grande es la riqueza de las diversas escalas modales, tanto por su estructura como por el efecto sonoro que causan. Las diversas transformaciones sufridas con el tiempo por la gama pentáfona china y sus cuatro inversiones, la sensibilización de tales modos por medio del aumento o disminución de alguno o de varios de sus grados, originando así nuevas gamas, son infinitas. Ellas viven en Okinawa, junto a otra que es más típicamente autóctona. Esta última es la que ha sido denominada "Ei-in", típica para el elevado arte del San-shin y que está en relación directa con la tradición del "Rei-gakú". En la múltiple aplicación de tales gamas se pone de manifiesto el inmenso refinamiento, el tenue carácter simbólico de los cánticos y de las piezas instrumentales concebidos en ellas. Es preciso no olvidar que el intérprete oriental revela su sensibilidad en grado extremo a través de sus propias interpretaciones, siempre muy personales. Es, en esencia, música realizada por el músico para sí mismo, donde la línea del canto único, apoyada en la sonoridad del instrumento acompañante —el que sólo a veces se separa en heterofonía casi involuntaria de la del canto—, pone en evidencia una manera insuperable de subjetividad artística. Es un arte del diseño, un arte conciso e íntimo que rehuye todo efecto grandilocuente y

procura representar elementos inefables de la vida interior de quien cultiva esta especie de música.

Las gamas típicas de Okinawa, según Seihin Yamanuchi, son el Ryuryo (Do-Re-Mi-Sol) que corresponde al modo fundamental chino (Fa-Sol-La-Do) y al Ryosen japonés (Sol-La-Si-Re), típico del estilo Gagakú, vale decir el de la música samurai; el Ryoin (Do-Re-Mi b-Sol) emparentado con el Hirajoshi japonés (Sol-La-Si b-Re) y que representaría la afinación hacia "menor" del modo Ryuryo-Ryosen; el modo Ryu-yo (Re-Mi-Sol-La), emparentado con la tercera inversión de la gama china y el modo Ritsu-sen del estilo "gagakú" japonés (cabe destacar que es el modo del "koto" clásico); el Ritsuin (Re-Mi b-Sol-La), relacionado con el Genin o el Kumoi japoneses (Mi-Fa-La-Si), modo en cierto sentido "dórico" entre los modos japoneses con el semitono entre el primer y segundo grado; el Kakuyo (Mi-Sol-La-Si), transposición de la quinta gama china; y el modo más típico okinawense que es el modo "Ei-in" (Mi-Sol sostenido -La-Si) con el semitono entre el segundo y tercer grados y una tercera mayor entre el primero y segundo. Este es, pues, el modo en que se expresaba preferentemente la música de estilo "rei-gakú" de Shoshin y es por lo tanto el modo clásico de la música culta de las islas. No es posible relacionarlo directamente con gamas niponas o chinas, pero sí con el canto "pelog" javanés e indonesio. En este modo existen composiciones aún vivas atribuídas a Akainco que se manifiestan con toda la rica gama de portamentos y "glissandi" y los refinamientos rítmicos tan típicos para la interpretación musical oriental.

JUAN PEDRO FRANZE

Bibliografía consultada: Seihin Yamanouchi: *The music of the Ryukyus.* Guido Adler: *Musikgeschichte.* Louis Laloy: *La música china.* Robert Lachmann: *La música de Oriente.*

NOTICIA SOBRE LOS COLABORADORES

AGUTAGAWA, RYÒNOSUKE (1892-1927). Uno de los escritores japoneses modernos más brillantes y leídos. Muchas de sus obras son redacciones nuevas de los cuentos clásicos, pero también escribió una novela corta a la manera de *La isla de los pingüinos*, y sus últimos libros eran de naturaleza morbosamente autobiográfica. Se suicidó.

ANDO, ICHIRO (nació en 1907). Poeta, miembro del VOU club de poetas modernos. Sus obras son por lo común de inspiración surrealista o abstracta.

DAZAI, OSAMU (1909-1948). Aunque bien conocido antes de la guerra, se hizo famoso como escritor de posguerra. Sus novelas *El sol poniente* (1947) y *No humano ya* (1948) han sido traducidas al inglés. Se suicidó.

HAGIWARA, SAKUTARO (1886-1942). Importante poeta y crítico de poesía. Lo sedujo particularmente la música del idioma japonés y fué de los primeros en utilizar con éxito para sus poemas el moderno lenguaje coloquial.

HAYASHI, FUMIKO (1904-1951). Una de las mujeres que más se ha destacado como novelista y cuentista. En su obra describe principalmente las clases trabajadoras, que trata con gran comprensión y simpatía.

ISCHIKAWA, TAKUBOKU (1885-1912). Poeta y novelista. Sus *waka* son, probablemente, los poemas más populares escritos en el Japón durante este siglo; sus poemas largos, aunque menos afortunados, suelen ser muy conmovedores. La desnutrición lo condujo a enfermarse y morir.

KAWABATA, YASUNARI (nació en 1899). Importante novelista. Sus obras son, primordialmente, estudios de psicología femenina, y las caracteriza una combinación de delicadeza y sensualidad. *País de nieve* (1935-1947) ha sido traducida al inglés.

KITAGAWA, FUYUHIKO (nació en 1900). Poeta de vanguardia, especialmente influído por Max Jacob y Paul Eluard.

KITAHARA HAKUSHU (1885-1942). Poeta. El exotismo contamina sus primeras obras; a medida que pasa el tiempo, escribe con más simplicidad y vigor.

KUSANO, SHIMPEI (nació en 1903). Poeta moderno, lleno de color, especialmente conocido por sus poemas sobre las ranas, que considera las "adoradoras de la grandeza de la naturaleza".

MISHIMA, YUKIO (nació en 1925). Novelista y comediógrafo extremadamente dotado y versátil. Sus *Cinco piezas modernas No* y *Rumor de olas* han sido traducidas al inglés.

MIYAZAWA KENJI (1898-1933). Poeta y autor de cuentos infantiles. Su visión cósmica de la poesía y su peculiar estilo narrativo le confieren una posición única en las letras japonesas.

NAKAHARA, CHUYA (1907-1937). Un poeta cuya vida disipada lo hizo morir prematuramente de un ataque de meningitis. En su poesía es de advertir la influencia francesa, sobre todo la de Verlaine y Rimbaud.

NAKANO, SHIGEHARU (nacido en 1902). El poeta de izquierda más importante. También ha escrito novelas y obras de crítica.

SHIGA, NAOYA (nació en 1883). Uno de los escritores japoneses más venerados e imitados. Sus obras más características están escritas en estilo autobiográfico, pero algunos de sus cuentos, como *El crimen de Han,* que incluímos en este número, revelan el poder de su imaginación.

TACHIHARA, MICHIZO (1914-1939). Poeta. Sus versos, de un cálido lirismo han logrado captar mejor que los de ningún otro la poesía de lo japonés moderno.

TAKAMURA, KOTARO (1883-1956). Poeta y escultor. Vivió varios años en Europa y América. En uno de sus libros más famosos relató cómo, al volver a su país y encontrar por doquiera el descontento y la desilusión, el amor de su mujer lo salvó de caer en la desesperación.

TANAKA, KATSUMI (nació en 1904). Poeta y erudito en literatura germánica. Ha traducido la poesía de Novalis y de Heine.

TAKENAKA, IKU (nació en 1904). Poeta y editor. Sus primeros poemas eran epigramáticos, satíricos, pero el tono de sus obras actuales es más sombrío.

TANIZAKI, JUNICHIRO (nació en 1886). Considerado por muchos como el más grande novelista japonés viviente. Sus obras abarcan un período de cincuenta años e incluyen novelas, piezas de teatro y poemas. *Algunos prefieren las ortigas* (1928) y *Las hermanas Makioka* (1946-8) se han traducido al inglés. "En alabanza de las sombras", que incluimos en este número, ha sido traducida del inglés según la adaptación de Edward Seidensticker, aparecida en *The Atlantic Monthly* (enero de 1955).

YOKOMITSU, RIICHI (1898-1947). Importante novelista y cuentista. Se opuso por igual a quienes preconizaban la literatura proletaria y a los que escribían ficciones autobiográficas, dando preferencia en sus escritos a un uso más noble de la psicología.

YOSANO, AKIKO (1878-1942). El más notable poeta femenino del Japón moderno. Ha escrito *waka* tradicionales así como versos libres, infundiendo a unos y otros una calidad femenina y romántica.

ÍNDICE

Pág.

Introducción, por *Octavio Paz* 1
La literatura japonesa moderna, por *Donald Keene* 3
El diario romaji, por *Ishikawa Takuboku* 12
En alabanza de las sombras, por *Tanizaki Junichiro* 18
Kesa y Morito, por *Agutagawa Ryonosuke* 27
El crimen de Han, por *Shiga Naoya* 33
Tiempo, por *Yokomitsu Riichi* 42
El lunar, por *Kawabata Yasunari* 57
La mujer de Villon, por *Dazai Osamu* 65
En los bajos de Tokio, por *Hayashi Fumiko* 79

ANTOLOGÍA POÉTICA

Mariposa, por *Ando Ichiro* 90
Tren nocturno; El cadáver de un gato; El nuevo camino de Koide, por *Hagiwara Sakutaro* 91
Un puño, por *Ishikawa Takuboku* 93
Nieve de primavera, por *Kitagawa Fuyuhiko* 93
Canción secreta de los heréticos, por *Kitahara Hakushu* 94
Queroqué la rana, por *Kusano Shimpei* 95
Tema 1063, por *Miyazawa Kenji* 95
La hora de la muerte, por *Nakahara Chuya* 96
Canción, por *Nakano Shigeharu* 97
Pensamientos, por *Tachira Michizo* 98
La tierra de Netsuke, por *Takamura Kotaro* 98
Al caer del día, por *Takenaka Iku* 99
Encuentro casual, por *Tanaka Katsumi* 99
Mis canciones; Una noche; Viniste al fin; De los innumerables escalones, por *Yosano Akiko* 100
El tambor de Damasco, por *Mishima Yukio* 101
La música de Okinawa, por *Juan Pedro Franze* 118
Noticia de los colaboradores 123

Este número 249
de SUR terminó-
se de imprimir
el día 23 de diciembre de
mil novecientos cincuen-
ta y siete, en la Im-
prenta López, Pe-
rú 666, Buenos
Aires. Repúbli-
ca Argen-
tina.

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos o traducidos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial y sin mencionar su procedencia. No se devuelven las colaboraciones enviadas espontáneamente ni se sostiene correspondencia sobre ellas.

Los originales deben ser enviados a la Dirección: San Martín 689
Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 246.807
Título de marca Nº 229.356

O.S.K. Line

(OSAKA SHOSEN KAISHA)

Establecida en 1884

Casa matriz: 1, Soze-cho, Kita-ku, Osaka, Japón

☆

LINEA SUDAMERICANA JAPON

Vía Canal de Panamá

Servicio de pasajeros

con escalas en:

Paranagua
Santos
Río de Janeiro
Vitoria
Ilheus
Cristóbal
San Francisco
Los Angeles
Yokohama
Kobe

M. N. BRAZIL MARU

M. N. SANTOS MARU

M. N. AMERICA MARU

M. N. AFRICA MARU

M. N. MONTEVIDEO MARU

y muy pronto...

"ARGENTINA MARU"

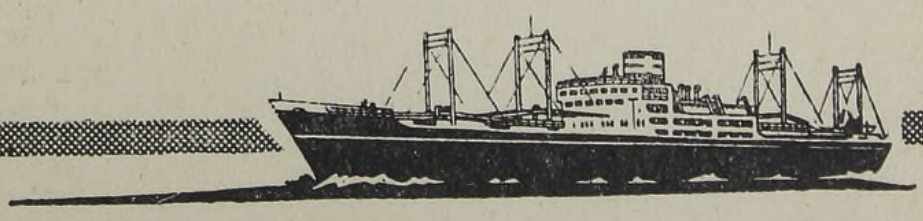
Agentes Generales en la Argentina
FLOTA MERCANTE DEL ESTADO

Representante Gral.
HITOSHI IRIE

T. E. 32 - 6311

25 DE MAYO 459
Buenos Aires

T. E. 32 - 8983



J. HUIZINGA

HOMO LUDENS

Huizinga, estudioso de reputación mundial, profesor de historia de la Universidad de Leyden y Presidente de la Sección de Humanidades de la Real Academia de Ciencias de Holanda, dió cima, poco antes de morir, a esta obra, una de las más sugestivas y originales de su vasta producción.

Huizinga comparte la opinión de quienes ven en las expresiones "homo sapiens" y "homo faber" designaciones poco adecuadas e insuficientes para caracterizar en toda su dimensión la imagen del hombre. Por eso acude al calificativo de "homo ludens", el hombre que juega. "Cuando examinamos hasta el fondo, en la medida de lo posible, el contenido de nuestras acciones —dice—, puede ocurrírsenos la idea de que todo el hacer del hombre no es más que un jugar".

A través de los años fué cuajando en el autor la convicción de que la cultura humana brota del juego (como juego), y en él se desarrolla. Para Huizinga no se trata del lugar que al juego corresponde entre las demás manifestaciones de la cultura, sino del grado en que la cultura misma ofrece un carácter de juego.

Con su sagacidad y erudición características, el ilustre profesor de Leyden trata, en primer término, de la esencia y significación del juego como fenómeno cultural para referirse en seguida al concepto de juego y a sus expresiones en el lenguaje. Después, en capítulos sucesivos, aborda las relaciones del juego con el derecho, la guerra, el saber, la poesía, la filosofía y el arte, para entrar finalmente en el estudio de las culturas bajo el signo lúdico.

Todo ello en una forma a la que, considerado el profundo interés del tema, puede calificarse de apasionante.

EMECE EDITORES, S. A

SALÓN DE VENTAS EN: **MITCHELL'S, CANGALLO 570 - 34**
DEPARTAMENTO DE EDICIONES: **BOLÍVAR 17, 6º P. - 33**
VENTAS AL POR MAYOR Y ADMINISTRACIÓN: **LUZURI**
T. E. 23-7739

PRE

H0008048
S1CJ.15.1.